Raúl Fuentes Navarro
Carlos Vidales Gonzáles

Fundaciones y fundamentos del estudio de la comunicación

Directorio

Rodrigo Medina de la Cruz
Gobernador Constitucional del Estado de Nuevo León

José Antonio González Treviño
Secretario de Educación del Estado de Nuevo León y Presidente de la H. Junta Directiva del CECyTE NL

Luis Eugenio Todd Pérez
Director General del Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de Nuevo León (CECyTE NL)

Personal del CAEIP

Ismael Vidales Delgado
Editor

Linda Estrada Rodríguez
Preedición, formatación y diseño de portada

Rosa Aidé Pérez Alcocer,
Jessica Alejandrina González Contreras
Revisión y corrección de textos

Autores
Raúl Fuentes Navarro
Carlos Vidales Gonzáles

Portada
Mandala. Imagen localizada en la página electrónica:
http://wwworientar.blogspot.com/2010/05/de-arte-psicologia-y-mandalas.html

Fundaciones y fundamentos del estudio de la comunicación
CECyTE NL-CAEIP, Andes N° 2720, Colonia Jardín
CP 64050, Monterrey, N. L., México. Teléfono 0181-83339476
Telefax 0181-83339649 e-mail: centroinv@gmail.com
Primera edición: octubre de 2011
Colección. Altos Estudios N°. 32

ISBN: 978-607-7516-50-7

Impreso en Monterrey, N. L., México
Distribución gratuita. Prohibida su venta. Se autoriza la reproducción con fines educativos y de investigación, citando la fuente. La versión electrónica puede descargarse de la página www.caeip.org

Índice

Introducción / 5

Capítulo I. Las fundaciones del estudio de la comunicación: un marco para analizar la historia y estructuración del campo académico como objeto teórico y análisis empírico / 15

1.1 Tradiciones y rupturas en la sociología de la ciencia / 18
1.1.1 La revolución kuhniana / 20
1.1.2 Algunas secuelas sociológicas / 24
1.1.3 El constructivismo y el estado reciente de la cuestión / 30
1.2 La institucionalización de la producción de conocimiento / 35
1.3 Marco para el análisis del campo académico de la comunicación / 44

Capítulo II. Los fundamentos del estudio de la comunicación desde una mirada epistemológica al pasado: problemas, paradojas y rutas posibles / 63

2.1 El origen matemático y cibernético de la comunicación: la información, los sistemas y la carencia de una teoría de la significación / 65
2.2 Las perspectivas críticas e interpretativas en los estudios de la comunicación y la emergencia de la cultura como objeto de investigación y enclave sociocultural / 73
2.3 Pensar la comunicación desde la comunicación y comunicar sobre la comunicación: los metaniveles de reflexión y la emergencia de los "lugares comunes" / 80
2.4 El espacio contemporáneo de la producción teórica en los estudios de la comunicación: integraciones, invenciones y reformulaciones / 87

Capítulo III. Una perspectiva de futuro en los estudios de la comunicación / 93

3.1 Entre el Occidente y el Oriente: el reto de los campos y contextos emergentes de producción científica / 94

3.2 Lo institucional y lo teórico como campos especializados de investigación / 97

Referencias / 101

Acerca de los autores / 113

Introducción

Una parte fundamental en el desarrollo de todo campo de conocimiento es el recuento de su propia historia y la formalización de los supuestos que se encuentran detrás de los procesos particulares de investigación, formación y práctica profesional. Es decir, la historia de toda empresa científica aparece no sólo como una necesidad para la construcción de la identidad de un campo académico, sino como una oportunidad para observar su propio desarrollo, sus alcances y limitaciones, así como para hacer evidentes los procesos de objetivación de una narratividad que construye subjetivamente una identidad académica de la que en más de alguna ocasión no se tiene evidencia empírica. Sin embargo, esta no es para nada una tarea sencilla, dado que todo intento por reconstruir la historia de un campo se enfrenta a la vastedad de lo producido, a su dispersión, a su disparidad y a los propios límites del observador como sujeto-objeto de observación. Por lo tanto, la historia de los estudios de la comunicación enfrenta los mismos problemas que cualquier otro campo de reflexión académica cuando intenta reconstruir su propia historia, una situación que ya reconocía Wolfgang Donsbach (2006) unos años atrás, al argumentar que todo intento por dar cuenta del estado de una disciplina, es de entrada limitado por la velocidad con que crece su producción, al tiempo que es tendencioso dado que no hay un único criterio para determinar qué es lo que se debe de integrar o no en la reconstrucción.

Por otro lado, no sólo se trata de un problema de reconstrucción, sino de la naturaleza de lo que se está reconstruyendo. Por ejemplo, según Donsbach (2006), pese a que la comunicación como campo de investigación ha visto el mayor crecimiento de probablemente todos los campos durante los últimos treinta años, éste aún carece y pierde identidad con el paso del tiempo, inclusive pese a los debates que ponían al centro la pregunta por saber si la comunicación era o no una disciplina. Tenemos entonces una estrecha relación entre la historia de un campo académico y la posibilidad de construir una identidad académica particular sobre dicho campo, un supuesto que pone en tensión tres elementos: la historia, la teoría y el proceso de

institucionalización de un campo académico, precisamente los tres elementos que desarrollamos en este libro.

Para historiadores y teóricos de la comunicación como Hanno Hardt (2008), la madurez que anuncia el campo de la comunicación a nivel internacional, le ha exigido la construcción y reconstrucción de la genealogía de sus prácticas de tal manera que explique y confirme las identidades intelectuales que la fundamentan para poder asegurar su lugar entre las ciencias sociales. Desde su punto de vista, "los estudios de la comunicación han descubierto a la historia, no sólo como un instrumento esencial con el cual forjar el relato de su propia significación, sino también como una forma deseable de autentificación y legitimación en la comunidad intelectual, a través de los procesos de diferenciación" (Hardt, 2008:xi). Sin embargo, ante estos argumentos nos preguntamos ¿para qué es la historia de los estudios de la comunicación? ¿cuál historia y bajo cuáles intereses?

Para Hardt (2008), la historia de la comunicación que ha sido contada sólo confirma la creencia dominante de que su presencia se encuentra fundamentada en una serie continua de prácticas asociadas con el establecimiento y con la representación creíble de la comunicación como un campo de investigación sobre lo social, lo político o los procesos culturales de una sociedad. Por lo tanto, la historia contada se convierte en un constructo ideológico basado en formas tradicionales de hacer historia, es decir, un proceso que consiste en juntar hechos y establecerlos en orden cronológico, lo que invita a una clasificación de los periodos y a la producción de una narrativa particular. Si bien, no es posible identificar una sóla forma de hacer historia, sino distintas aproximaciones a la historia, las narrativas que se han producido en los estudios de la comunicación han generado un efecto de "continuidad" en su propia historia, una continuidad que tiende a poner detrás de sí la posibilidad de pensar en rupturas o discontinuidades. Por lo tanto, se genera la ilusión de *un* origen, *un* desarrollo y *un* estado actual, todo lo cual ha funcionado para confirmar una y otra vez las "ficciones" y mitos fundacionales que se encuentran en esa narración histórica como es el caso de los padres fundadores que propusiera décadas atrás Wilbur Schramm (1963). Así, lo que nos interesa en este libro es poder observar esas ficciones en la historia de los estudios de la comunicación para contravenir de alguna manera los mitos fundacionales y poder así identificar qué es lo que está ofreciendo cierta estabilidad

académica en la actualidad y cuáles son las versiones de la historia que hasta ahora han prevalecido ocultas en el tiempo.

Para Hardt (1992), no tiene sentido buscar padres fundadores en los estudios de la comunicación, pues la influencia en la investigación de la comunicación es muy dispersa y diversa, por lo que el resultado ha sido un agregado de información sobre productores, canales y consumidores que generó un campo de estudio de la comunicación sin comunicación. Esta noción histórica de la comunicación implica que toda teoría estudiada sea puesta en su justo contexto sociohistórico de emergencia, dado que las teorías no son otra cosa que la expresión histórica de ciertas condiciones sociales. Esto ha generado que las teorías de la comunicación en sus inicios sean separadas de los contextos de producción y, en muchos casos, que las teorías sean aisladas del contexto cultural en el que fueron producidas. El resultado ha sido la emergencia de la investigación de la comunicación como un campo técnico cuyas capacidades metodológicas han atraído el interés de especialistas en casi todas las áreas de conocimiento, mientras ha sido incapaz de avanzar en explicaciones teóricas sobre su propia consistencia académica.

Adicionalmente, para Hardt (1992), la naturaleza profesionalizante de los posgrados ha llevado a la especialización y a la sistemática aplicación de sofisticadas técnicas metodológicas, lo que ha obscurecido aún más la visión cultural o política de la propia teoría, redireccionando el campo de estudio fuera de los cambios propios de la teoría y la historia. De esta manera, la propuesta es que un entendimiento histórico de la comunicación como práctica humana y como medio de producción simbólica es también un prerrequisito para una crítica informada de las condiciones contemporáneas de la sociedad, particularmente cuando es necesario trascender el estado actual de las prácticas sociales. En este contexto, la teoría se presenta a sí misma como histórica, es decir, es una crítica social que es en sí misma histórica en su articulación de la relación entre prácticas sociales y la historia. Por lo tanto, la historia es más que la reconstrucción del pasado, es la experiencia de los efectos y una articulación de esa confrontación con el pasado, y lo que presentamos precisamente en este libro es una breve historia de ese pasado.

Para autores como Francisco Varela (2005), una ciencia que no haga el ejercicio histórico está condenada a repetir sus errores, y en el caso de los estudios de la comunicación, "el resultado es la construcción de una visión estrecha [...] fundamentada en las

ciencias sociales tradicionales pero con reclamos de liberación e independencia, lo que se ha vuelto manifiesto en la idea expresada de los estudios de la comunicación como disciplina" (Hardt, 2008:xiii). Se trata, entonces, de recuperar lo histórico de la narratividad reconstructiva en los estudios de la comunicación para poder deconstruir los lugares comunes sobre su emergencia y desarrollo, pero también sobre sus fundamentos como un campo especializado de saberes. Por lo tanto, es imprescindible tomar una posición internacional en el recorrido y, sobre todo, voltear a ver lo que ha sucedido en el campo de estudio de la comunicación estadounidense, sobre todo porque es en este campo en donde este tipo de debates ha tenido mucho mayor desarrollo. Así, el primer antecedente lo tenemos a finales de los años cincuenta con la famosa discusión entre Bernard Berelson (1959), para quien el campo de la comunicación moría, y Wilbur Schramm y sus colegas (1959), para quienes el campo de la comunicación recién estaba naciendo, una discusión que parece no haber sido resuelta pero que pone desde entonces a la institucionalización, la legitimidad académica y la fundamentación teórica como temas de la agenda internacional, debates que se materializaron en la discusión de la consideración de la comunicación como campo, ciencia o disciplina desde finales de los años cincuenta.

Una ruta genealógica de este debate comienza con la discusión Berelson-Schramm, pero se extiende a los años ochenta y noventa con dos números especiales del *Journal of Communication* y podemos decir que tiene su expresión más contemporánea con la aparición de la *International Encyclopedia of Communication* (IEC) coordinada por Wolfgang Donsbach y publicada en 2008. Este recuento es central para poder entender el recorrido que planteamos en este libro. De hecho, Robert T. Craig (2008b) recupera este debate en el marco de la IEC, poniendo de manifiesto el tema del estatuto de la comunicación como disciplina o como campo interdisciplinario. Así, en seguimiento de la discusión Berelson-Schramm, el "Ferment in the Field", número especial del *Journal of Communication* de 1983, estuvo principalmente centrado en la emergencia de los estudios culturales críticos y la economía política como dos frentes que se contraponían a la tradición establecida del funcionalismo de la comunicación de masas (Gerbner, 1983). El tema primario implicado por el título y los contenidos del número especial, aunque no era aceptado con el mismo entusiasmo por todos los participantes, tenía unidad en la diversidad. "Los disidentes

estaban ahora 'en' el campo. El campo sería redefinido para incluirlos" (Craig, 2008b:684).

Por otro lado, siguiendo el recorrido que plantea Craig (2008b), el espíritu de inclusión estaba de alguna manera en tensión con un segundo tema también presente en el "Ferment in the Field", el cual implicaba que la búsqueda de la unidad en la diversidad de los estudios de la comunicación configuraba en realidad una disciplina académica distinta más que un área interdisciplinaria. Estas discusiones ya anunciaban los elementos del modelo científico de la comunicación donde se entendía a la comunicación como una disciplina de las ciencias sociales. Sin embargo, si bien el modelo se extendía a través de diversas áreas académicas y acercamientos teórico-metodológicos, afirmaba la existencia de, o al menos el potencial para, una disciplina de la comunicación marcada por métodos característicos, líneas de investigación y teorías científicas particulares[1]. El modelo científico de la comunicación anunciaba las bases para la inclusión y la integración de la comunicación interpersonal y la masiva. Sin embargo, su identidad central como una ciencia social empírica tendía a marginar los estudios críticos y humanistas cuya entrada masiva a los estudios de la comunicación habían producido precisamente ese "fermento" en el campo, y no todos los académicos estaban de acuerdo en que la comunicación podía o debería convertirse en una disciplina independiente. Por ejemplo, un estudio de Beniger, basado en la citación de autores en revistas especializadas, muestra que ninguno de los teóricos más importantes de la comunicación estaba asociado con la disciplina de la comunicación en sí misma, por lo que el autor sostenía que la investigación de la comunicación podía crecer intelectualmente sólo si se estudiaba como un campo interdisciplinario y no como una disciplina aislada (Beniger en Craig, 2008b).

[1] Específicamente, el modelo científico de la comunicación describía la disciplina en términos de cinco características importantes: "(1) su origen histórico en el movimiento de la investigación interdisciplinaria de la comunicación en la mitad del siglo veinte, (2) su rápido crecimiento y consolidación institucional en la última década del mismo siglo, (3) su identidad central como una ciencia social empírica, (4) su lugar apropiado como una disciplina "variable" abarcando diferentes "niveles de análisis" en el esquema de las disciplinas académicas y, (5) su urgente necesidad de re-unir la "separación" entre la comunicación interpersonal y la masiva" (Craig, 2008:685).

Este mismo argumento tendría una consecuencia aún mayor años después, puesto que para autores como John Durham Peters (2008), una gran variedad de intelectuales en el siglo XX plantearon a la comunicación como el gran problema de nuestra era pero, casi todos ellos, lo hicieron en completa ignorancia del campo académico que clama tener un conocimiento especializado sobre este asunto, lo que genera entonces una enorme brecha entre la dimensión institucional y la dimensión intelectual, un problema que se manifiesta de manera interna en el interés de los académicos por la comunicación como tema y no por la comunicación como campo. Por lo tanto, se pregunta Peters (2008): ¿por qué definir a los académicos de la comunicación por sus departamentos y no por sus contribuciones intelectuales? Ya a mediados de los años ochenta, en su emblemático trabajo *Communication in the Communication Sciences*, William Paisley (1984) había demostrado que los académicos de la comunicación citaban a otros académicos de las ciencias sociales pero que esas otras ciencias sociales no citaban a los académicos de la comunicación. Por lo tanto, para Peters (2008), la conclusión lógica era pensar nuevamente el tema de la institucionalización académica y es precisamente esto lo que lo llevaría a identificar a la institucionalización como la culpable de la pobreza de la investigación en los estudios de la comunicación. Esta confusión en el origen mismo de la reflexión sobre la comunicación generó que la comunicación fuese definida administrativamente pero no conceptualmente, por lo que la teoría ha fracasado como principio de definición, lo mismo que todo intento por determinar a la comunicación como un objeto distinto y propio de un campo particular de reflexión científica (Peters, 1986).

Diez años después de la publicación del "Ferment in the Field", en 1993 el *Journal of Communication* revisó nuevamente el estatuto disciplinario de la comunicación en dos números especiales titulados "The Future of the Field". Sin embargo, de acuerdo con Craig (2008b), los cuarenta y ocho artículos presentados no revelaron ningún consenso. Muchos autores se referían casualmente a "la disciplina" como si no hubiera ningún cuestionamiento sobre la identidad o el estatuto disciplinario, mientras algunos otros argumentaron, en ocasiones enfáticamente, que el campo de la comunicación *no* era una disciplina, aunque su actitud variaba enormemente sobre éste hecho y sobre qué hacer al respecto. "Algunos otros fueron optimistas sobre el hecho de que el campo estaba emergiendo a través del estatuto disciplinario; otros

estaban seguros de que algo así no estaba sucediendo. Algunos vieron la fragmentación continua del campo como un problema; otros celebraron la fragmentación como una fuente invaluable de fuerza adaptativa. Algunos llamaron urgentemente por esfuerzos para definir intelectualmente el centro de la disciplina; otros insistieron igualmente de forma urgente que cualquier esfuerzo por definir un núcleo teórico no sólo sería inútil, sino contraproducente. Además, otros fueron poco claros sobre la posibilidad o el deseo de convertirse en una disciplina, y sin embargo, propusieron varias definiciones conceptuales del campo de la comunicación" (Craig, 2008b:686). Como se puede observar, tanto el debate por el estatuto disciplinario como el debate por la construcción teórica y el proceso de institucionalización han permanecido desde entonces en un *impasse* que parece prolongarse y olvidarse detrás del crecimiento exponencial de la comunicación como campo, al menos en lo que a la matrícula y programas académicos se refiere a nivel nacional e internacional.

Para Craig (2008b), el balance en la primera mitad del siglo XXI no es muy prometedor, pues desde su punto de vista, la desconexión entre la investigación de la comunicación interpersonal y masiva sigue siendo un problema, como lo es igualmente el continuo crecimiento institucional del campo sin ningún consenso sobre un núcleo teórico y una epistemología científica rigurosa. La visión pluralista del "diálogo de paradigmas" también continúa, así como los intentos por definir un núcleo teórico disciplinar que todavía se pueda acomodar al pluralismo del campo, lo cual lo lleva a preguntarse, "¿es la comunicación verdaderamente un campo interdisciplinario en el que el progreso del conocimiento es sólo posible a través de la cooperación cercana y sinergia entre las varias y distintas disciplinas que componen el campo?, ¿es la comunicación de hecho (además de su aparente fragmentación), o por lo menos potencialmente, el objeto de una disciplina intelectual distinta en su propio derecho?, ¿puede ser en algún respecto verdadera alguna de estas interpretaciones sobre el campo?" (Craig, 2008a:675). En síntesis, las preguntas de Craig ponen al centro las dos grandes rutas que guían el contenido de este libro, puesto que lo que proponemos es un recorrido histórico por las fundaciones y fundamentos del estudio de la comunicación, lo que necesariamente pone sobre la mesa el tema del proceso de institucionalización, el tema del estatuto disciplinario y el tema de la fundamentación teórica de los estudios de la comunicación.

Si bien el tema de los fundamentos del estudio de la comunicación tiene sus raíces en un trabajo de reconstrucción genealógico y conceptual, el tema de las fundaciones toma como base la propuesta que Eliseo Verón (1998) realizara en los años setenta como un intento por diferenciar lo ideológico de lo científico. En esta tarea el autor sugería la necesidad de una teoría de las fundaciones que fuera capaz de diferir de las perspectivas inspiradas por la noción de "ruptura epistemológica" y de los puntos de vista "progresivos" o "continuistas" sobre los procesos de surgimiento y desarrollo del conocimiento científico. Su propuesta, centrada en la conceptualización del conocimiento como un "sistema de efectos de sentido discursivos", permite localizar la discusión por el conocimiento en un contexto más amplio que incluye de manera general al sistema productivo de los discursos sociales, el cual es, a su vez, un fragmento del campo de producción social de sentido. Para Verón, la concepción de "ciencia" o de "actividad científica", lo que está designando es un conjunto de instituciones y de sistemas de acciones y de normas que se encuentran en el interior de lo social, de ahí que sostenga que "la 'cientificidad' es el efecto de sentido por medio del cual se instaura, en relación con un dominio determinado de lo real, lo que se llama el 'conocimiento científico'; puede tener lugar en el interior de un cierto tipo de discurso (el de la ciencia o de las ciencias) que está (como todo discurso socialmente producido) determinado ideológicamente en el nivel de sus condiciones de producción" (Verón, 1998:22).

De acuerdo con lo anterior, Verón (1998) reconoce la necesidad de una teoría de las fundaciones como un proceso sin fundador, dado que el proceso mismo de fundación tiene la forma de un entramado complejo de múltiples discursos, es decir, la forma de una red intertextual que se despliega en un periodo temporal dado. Así, es posible sostener que en una disciplina dada –y en nuestro caso, en los límites discursivos de lo que define el estudio de la comunicación– ha habido con certeza una *primera* fundación pero también es posible reconocer que han habido y habrán *varias* fundaciones. Este es un punto central para nuestro trabajo, dado que hace emerger una pregunta central que aquí intentamos responder, a saber ¿cuáles son esas *varias* fundaciones y fundamentos del estudio de la comunicación? Dado que la noción de fundación no se aplica únicamente al momento de surgimiento, Verón (1998:29) argumenta que "la respuesta a la cuestión del porqué del comienzo, no se encuentra en los discursos, está

contenida en las condiciones de producción de los discursos sociales". En síntesis argumenta Verón,

> [...] si una fundación es un sistema de relaciones de generación por un lado, y de reconocimiento por el otro, entonces una *fundación no tiene fundador*. El (o los) sujetos concretos, históricos, que allí intervienen, son atravesados por el tejido intertextual del que está hecha la historia social de los discursos de las ciencias. Y el sujeto enunciador del texto de fundación (el que se puede describir en producción) no es más el sujeto que reconoce. La noción de fundación no está en el nivel de los sujetos concretos de la historia, tampoco en el nivel (más abstracto) de los sujetos enunciadores de los discursos. Los sujetos no son, hablando con propiedad, ni fuente ni "efecto": La noción de fundación pertenece al nivel del proceso productivo, un proceso que atraviesa los sujetos de la historia" (Verón, 1998:35).

Con lo anterior es posible entonces sintetizar los objetivos del presente libro, los cuales implican recuperar de la historia las *varias* fundaciones y fundamentos del estudio de la comunicación más allá de los sujetos propios de la enunciación y los contextos particulares de producción científica. Se trata de recuperar los ámbitos teóricos, epistemológicos e institucionales de una práctica académica particular cuya naturaleza también posee las particularidades de toda disciplina científica, por lo menos en lo que a la historia de sus fundaciones y fundamentos se refiere. Se trata entonces implícitamente de un proceso de investigación de la producción social de sentido sobre la producción social de sentido (Fuentes, 2003).

Finalmente, resulta importante comentar que cerca de tres décadas separan las edades de los autores de este libro, lo cual genera un gran reto pero también una gran oportunidad, dado que los puntos de vista de observación se vuelven complementarios. Para un punto de vista todo es novedad y emergencia, dado que lo histórico aparece como un espacio a reconstruir. Sin embargo, para el otro punto de vista la historia del campo académico de la comunicación es parte de la historia personal y de la trayectoria académica, e incluso podríamos decir que ambas se encuentran íntimamente relacionadas en el caso del campo de la comunicación en México, así que más que reconstrucción, en este segundo caso se trata de la recuperación de la memoria. Aparecen entonces dos miradas que complementan lo que una de ellas no alcanza a ver, ya sea por novedoso o por haber aparecido en la historia como un lugar común.

Por lo tanto, el presente libro es un ejercicio que intenta cruzar dos miradas sobre las fundaciones y los fundamentos del estudio de la comunicación para recuperar con la historia, la identidad del campo académico de la comunicación que entrado el siglo XXI parece no tener respuestas claras a los problemas con los que nació más de seis décadas atrás.

-Raúl Fuentes Navarro
-Carlos Vidales Gonzáles
Guadalajara, agosto de 2011

Capítulo I

Las fundaciones del estudio de la comunicación: un marco para analizar la historia y estructuración del campo académico como objeto teórico y análisis empírico

> *El conocimiento científico no podría ser aislado de sus condiciones de elaboración. Pero tampoco podría ser reducido a esas condiciones. La ciencia no podría ser considerada como una pura y simple "ideología" social, pues sostiene un diálogo incesante en el campo de la verificación empírica con el mundo de los fenómenos. Es necesario, pues, que toda ciencia investigue sus estructuras ideológicas y su enraizamiento sociocultural.*
>
> **-Edgar Morin (1984:42)**

El problema de la constitución de un campo científico puede enfocarse científicamente de diversas maneras, desde distintos marcos descriptivos y explicativos y mediante métodos diferentes. Cuando se trata de abordar el estudio del campo académico de la comunicación, como es el caso, las complicaciones en la construcción del objeto se multiplican, ya que éste no ha sido ni siquiera reconocido plenamente como un campo "científico" (y en todo caso lo sería dentro del ámbito de las ciencias sociales, cuyo estatuto también permanece en debate con respecto a las ciencias naturales). En última instancia, se trata de operar sobre el conocimiento del conocimiento (Morin, 1988), problema filosófico fundamental que ha sido ampliamente debatido a lo largo de la historia reciente desde perspectivas sociológicas, con referencia a su modalidad científica (Remmling, 1982; Duvignaud, 1982; Martin, 2003).

Según León Olivé, una condición previa para la formulación de un estudio integrado del conocimiento humano en general –y científico en particular– es el reconocimiento de la escisión histórica del problema en marcos explicativos divergentes, ante la cual propone una sociología del conocimiento amplia, y por medio de ella "la defensa de una posición que pueda integrar coherentemente una teoría social del conocimiento y una posición

realista en epistemología y en filosofía de la ciencia" (Olivé, 1988:10).

> La actitud tradicional, asumida tanto por filósofos como por científicos sociales, ha sido que los problemas de la dimensión social del conocimiento y los de la naturaleza y validez del conocimiento son muy diferentes y deben tratarse por separado; los primeros deberían constituir el legítimo objeto de estudio de la *sociología del conocimiento*, mientras que los segundos deberían ser exclusiva preocupación de la *teoría del conocimiento* (Olivé, 1988:9).

Aunque esta "actitud tradicional" sigue presente en muchos estudios tanto filosóficos como sociológicos, no es ya la predominante. Casi cinco décadas de debate transdisciplinario han permitido reconocer la pertinencia de enfoques que consideran a la ciencia como "una empresa interpretativa, de modo que los problemas de significado, comunicación y traducción adquieren una relevancia inmediata para las teorías científicas" (Giddens y Turner, 1991:11), por lo que los factores socioculturales de su producción, circulación, reproducción y aplicación se han vuelto centrales. Las consecuencias para las ciencias sociales de esta transformación (en curso) de la filosofía de la ciencia natural han sido muy amplias. Entre ellas sobresale la "proliferación de enfoques del pensamiento teórico" que, al combatir el dogmatismo fomentado por el compromiso dominante con un solo marco de pensamiento, ha fertilizado el estudio y planteado el desafío de la convergencia y la integración (Giddens y Turner, 1991:12-13).

Con respecto a los estudios sobre la comunicación, entre los interminables debates internacionales sobre su naturaleza como disciplina científica y como *campo académico*, sobresale la postura mantenida desde hace al menos veinte años por Robert T. Craig, quien ha desarrollado ampliamente el argumento de considerar al estudio de la comunicación como una "disciplina práctica" (Craig, 1989; 1999; 2008), tomando como base la "doble hermenéutica" postulada por Giddens (1984) para la teoría de la estructuración, que responde a la condición de la ciencia social de interpretar hechos ya interpretados por los sujetos sociales. El concepto de "disciplina académica" en esta perspectiva es el de una "formación discursiva" cuyas fuentes de construcción y legitimación provienen de tres contextos histórico-sociales:

> *Contextos intelectuales*, de textos clásicos y corrientes, teorías, problemas, métodos y modos de análisis; contextos *institucionales*, de universidades y departamentos, organizaciones profesionales, agencias de financiamiento, editoriales, bibliotecas, bases de datos y esquemas de

> clasificación asociados; y contextos *socioculturales*, de conceptos y prácticas ordinarias, más o menos profundamente amalgamados en los sistemas culturales de creencias y hábitos de la sociedad en general (Craig, 2008:8-9).

Si bien las claves para evaluar y proyectar la articulación de los estudios académicos sobre la comunicación en términos de "campo" y de "disciplina" suelen ser epistemológicas, hay también fuertes componentes sociológicos en juego, indispensables para problematizar e historizar los procesos de institucionalización de estos estudios, especialmente si se adopta una escala de análisis "internacional" para esta meta-investigación; es decir, si se pretende dar cuenta de las particularidades locales y nacionales de la institucionalización, y al mismo tiempo explorar en búsqueda de explicaciones de mayor alcance (incluso epistemológico) sobre sus condiciones y posibilidades "globales". Craig justifica así su propuesta:

> El carácter específico de la Comunicación como disciplina se puede comprender en términos de su contribución al conocimiento en ciertas tradiciones intelectuales, sus cambiantes formas institucionales y su relevancia para la "comunicación" entendida como una categoría socioculturalmente constituida de problemas y de prácticas, pero el tercero de estos factores –el contexto sociocultural de la disciplinariedad– tiene, según sostengo, un papel primordial. La Comunicación como una disciplina práctica ha sido construida (incluso cuando reflexivamente lo reconstruye) sobre el fundamento de la comunicación como una categoría cada vez más central en las sociedades modernas y la cultura global (Craig, 2008:9).

Este trabajo se ubica en esa misma línea de pensamiento, tratando de integrar los elementos constitutivos de las dimensiones institucional y sociocultural (que permiten incorporar variables contextuales muy diversas) a la problematización de la dimensión intelectual de la constitución del campo o disciplina de la comunicación, tratando al mismo tiempo de dejar al margen los cuestionamientos propios de la filosofía del conocimiento, aunque no de la epistemología. El punto de partida se busca en primera instancia en la sociología del conocimiento científico para fundamentar, justificar y exponer un acercamiento propio a los procesos de estructuración del campo académico de la comunicación. Tres de los recursos conceptuales y metodológicos que se hace en consecuencia necesario desarrollar son el principio de la reflexividad, la centralidad de las relaciones entre prácticas y estructuras, y los conceptos de significación y comunicación como modelos de articulación entre la cognición y la agencia social, entre

la acción intersubjetiva y los sistemas sociales en los que se desarrolla[2].

En este capítulo se recuperan, en consecuencia, tres discusiones de escalas progresivamente más concretas y específicas en relación con el objeto a construir, si bien se conserva un espíritu de exploración heurística (Abbott, 2004). En la primera sección se ubican las tradiciones y rupturas de la sociología del conocimiento científico generadas en los últimos cincuenta años a partir de la obra de Thomas S. Kuhn. En la segunda se revisan estudios sobre los sistemas universitarios y las disciplinas académicas y los procesos de su institucionalización, que sirven de base para articular el análisis de las dimensiones social y cognoscitiva de estos procesos. En la tercera, finalmente, se revisan algunos estudios específicamente del campo académico de la comunicación que se han realizado en las últimas décadas como marco de análisis de sus fundaciones.

1.1 Tradiciones y rupturas en la sociología de la ciencia

En la búsqueda de la construcción de un marco teórico-metodológico pertinente a los objetivos del presente trabajo, se hace necesaria, en primer lugar, la revisión crítica, aunque inevitablemente parcial, de la amplísima literatura disponible en la sociología de la ciencia[3] sobre la constitución histórica de los sistemas de producción de saberes especializados, tanto en el nivel de sus *estructuras* como, sobre todo, en el de sus prácticas institucionalizadas. Los debates sostenidos en las últimas décadas entre filósofos, historiadores y sociólogos de la ciencia han fortalecido la convicción de que el estudio *empírico* de la "dimensión social" del conocimiento (científico y de otros tipos) y,

[2] El primer esfuerzo sistemático de Raúl Fuentes para realizar tal proyecto fue desarrollado como tesis doctoral entre 1991 y 1995, uno de cuyos productos es el libro publicado en 1998 con el título *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*.

[3] En su contribución a la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales* sobre la "Sociología de la Ciencia", Bernard Barber plantea de una manera muy clara el lugar de esta disciplina en el campo de los saberes, al menos desde el punto de vista de la corriente dominante en las ciencias sociales a principios de los años setenta. Esta ubicación sigue siendo útil: "La sociología de la ciencia es... una rama de la sociología del conocimiento: la que se ocupa de la naturaleza de las ideas científicas y de sus relaciones, tanto con otras clases de ideas (por ejemplo, filosóficas, políticas, estéticas y religiosas) como con distintos factores de personalidad e institucionales (o socioestructurales)" (Barber, 1978:75).

especialmente, de los procesos de *construcción social* de ese conocimiento, tiene un lugar legítimo y fundamental para la comprensión sistemática de esa característica esencial de la acción humana.

Aunque el propósito positivista de considerar a la ciencia como un dominio privilegiado y por principio diverso (separado) del conocimiento ordinario ha dejado de ser dominante, persisten ciertas reservas ante el riesgo de "disolver" la epistemología en la sociología, en lugar de integrar sus respectivos aportes. Alan Chalmers expresa con precisión esas reservas: "si los sociólogos de la ciencia han de argumentar la determinación social del contenido cognitivo de la ciencia de una manera que ofrezca bases sólidas al escepticismo sobre la objetividad y el status epistemológico distintivo que típicamente se le atribuye a la ciencia, deben hacer algo más que combatir filosofías de la ciencia extremistas y muy pasadas de moda" (Chalmers, 1990:86).

Por ello se impone revisar los trayectos históricos de los principales aportes al estudio sociológico de la ciencia. Entre otras opciones posibles, se ha tomado el concepto de paradigma de Kuhn como eje para esta revisión inicial, puesto que permite articular a su alrededor las diversas rupturas (y continuidades) y los principales desplazamientos (y reiteraciones) de los debates en ese campo en las últimas cinco décadas[4]. Esta revisión se organiza en tres secciones: en la primera se establece la lectura operada sobre la

[4] Rafael Farfán ha hecho la interesante observación de que, al mismo tiempo que *La Estructura de las Revoluciones Científicas* provocaba "una pequeña pero segura revolución en la filosofía de las ciencias anglosajonas de los años sesenta" (Farfán, 1988: 46), cobró auge y difusión una escuela de filósofos e historiadores de la ciencia provenientes de Francia, sobre todo representada por Louis Althusser y otros autores que comparten con él esa tradición alterna. Dominic Lecourt agrupó a estos autores (Gaston Bachelard, Georges Canguilhem y Michel Foucault), a pesar de la heterogeneidad de sus obras, bajo el nombre de la epistemología francesa, dado que mantenían en común un "no-positivismo radical y deliberado" (Lecourt, 1978:8). Para Farfán, "parecía desprenderse así, de manera casi espontánea, un programa de investigación para las ciencias, en el que la confluencia entre marxismo y epistemología francesa era el punto de partida. Varios indicadores señalaban que las cosas marchaban en este sentido (pero...) de todas las expectativas puestas en este posible programa pocas se cumplieron, y las que lograron llevarse a cabo no fueron tan espectaculares en sus resultados como se esperaba" (Farfán, 1988: 47). No es difícil reconocer en la historia de las ciencias sociales latinoamericanas en los últimos treinta años las huellas de esas "expectativas" y de su frustración. La influencia francesa ha sido muy considerable, y quizá al menos en los años setenta, mucho más fuerte entre nosotros que la del positivismo anglosajón (que para entonces, a su vez, se había puesto ya en cuestión en sus propios "bastiones").

"revolución kuhniana"; en la segunda se rastrean algunas secuelas sociológicas de ésta; y en la tercera se presenta de la manera más actualizada posible un estado de la cuestión en los estudios sobre la estructuración del conocimiento científico.

1.1.1 La revolución kuhniana

En febrero de 1962 fecha Thomas S. Kuhn el prefacio de una obra, *La Estructura de las Revoluciones Científicas* (Kuhn, 1970a), que para él representa "la primera publicación de un proyecto concebido originalmente casi quince años atrás" cuando pasó de la física teórica a la historia de la ciencia, siguiendo "un antiguo interés recreativo por la filosofía de las ciencias", campo dentro del cual la obra representa un verdadero hito. Durante los casi cincuenta años transcurridos desde entonces, la polémica y el desarrollo alrededor de varias de las estimulantes ideas presentadas en ese libro han abundado tanto en los terrenos epistemológicos como en los de diversas ciencias[5].

La Estructura... es esencialmente un estudio histórico del desarrollo de las ciencias (físicas, aunque Kuhn sostiene la validez de sus premisas para las biológicas, no así para las sociales). A pesar de que el título parece dar prioridad a las "revoluciones", el concepto fundamental de Kuhn es el de *ciencia normal*: "investigación firmemente basada en uno o más logros científicos pasados, logros que alguna comunidad científica particular reconoce por un tiempo como fundamento de su práctica" (Kuhn, 1970a:10). A esas realizaciones o logros científicos reconocidos, que al mismo tiempo que alejan a sus adherentes de modos alternativos de realizar la actividad científica, dejan muchos problemas para ser resueltos por la investigación, Kuhn les llama paradigmas. Después de la introducción en que define "Un papel para la historia", Kuhn dedica cuatro capítulos a esta estructura "normal" de la práctica científica, la basada en "paradigmas":

> Una de las cosas que una comunidad científica adquiere con un paradigma es un criterio para seleccionar problemas que, mientras el paradigma sea aceptado, puede suponerse que tienen solución. En gran medida éstos son los únicos problemas que la comunidad admitirá como científicos o

[5] Aunque, como se ha evidenciado sobradamente, el texto ha dado lugar a múltiples *lecturas* interpretativas, muchas de ellas divergentes ("aberrantes", en términos de Umberto Eco [1976]) con respecto al pensamiento, las intenciones y los marcos de referencia de Kuhn.

> que animará a sus miembros a enfrentar. (...) Una de las razones por las que la ciencia normal parece progresar tan rápidamente es que sus practicantes se concentran en problemas que sólo su falta de ingenio les impediría resolver (Kuhn, 1970a:37).

En los siguientes cuatro capítulos, Kuhn desarrolla su interpretación de lo que sucede en una ciencia que en un momento dado no puede ya ser practicada "normalmente": cuando se presentan anomalías, la comunidad científica entra en crisis y responde ante ella, después de agotar todos sus recursos, con un cambio de paradigma, es decir, generando una revolución científica. En estos casos, la transición según Kuhn es una "reconstrucción del campo a partir de bases nuevas, una reconstrucción que cambia algunas de las generalizaciones teóricas más fundamentales y muchos de sus métodos y aplicaciones paradigmáticas. [...] Al completarse la transición, la profesión habrá cambiado su visión del campo, sus métodos y sus metas" (Kuhn, 1970a:85).

En los cinco capítulos restantes de *La Estructura*..., Kuhn desarrolla el concepto de revolución científica: "aquellos episodios de desarrollo no-acumulativo en los cuales se reemplaza un paradigma antiguo, total o parcialmente, por uno nuevo, incompatible con él" (Kuhn, 1970a:92). Las revoluciones, entonces, como "rupturas" o "discontinuidades" de un paradigma a otro, en el desarrollo histórico de las ciencias, son descritas no sólo como el "patrón" general que explica el progreso del conocimiento, sino como verdaderos cambios de visión del mundo de los científicos. Con ello, Kuhn abrió nuevas perspectivas de investigación no sólo histórica y filosófica sobre la ciencia, sino también psicológica y sociológica sobre los sujetos que la hacen. Para Stewart Richards, "el punto de vista de Kuhn es que la ciencia piensa en términos de comunidades de científicos más que de individuos aislados. Hasta este punto es una teoría sociológica" (1987:75)[6].

El origen de esta concepción kuhniana de las comunidades científicas, según su propio relato (Kuhn, 1979:vii-viii), está en que "descubrió" en una nota de pie de página de Robert K. Merton a Jean Piaget y en otra, de Hans Reichenbach, a Ludwik Fleck, un

[6] Al margen de que el estudio de la comunicación, en todo caso, no podría ser considerado como basado en paradigmas, a pesar de los muchos intentos que se han documentado para proponerlo así, quizá basados en una lectura superficial de Kuhn, habría argumentos para interpretar la propuesta kuhniana no sólo como una teoría sociológica, sino incluso como una de la "comunicación científica".

médico polaco que en 1935 publicó en alemán, en Suiza, una monografía titulada *Génesis y desarrollo de un hecho científico* (1979), un estudio histórico y epistemológico de la sífilis. Kuhn reconoce que la lectura del texto de Fleck lo ayudó a darse cuenta de que los problemas que lo preocupaban "tenían una dimensión fundamentalmente sociológica" (Kuhn, 1979:viii). En efecto, en sus dos capítulos epistemológicos, Fleck sugiere una teoría del conocimiento científico que da primacía a los factores sociales:

> En la historia del conocimiento científico, no existe ninguna relación formal de lógica entre concepciones y evidencia. La evidencia se conforma a las concepciones tan frecuentemente como las concepciones se conforman a la evidencia. Después de todo, las concepciones no son sistemas lógicos, no importa cuánto aspiren a ese estatus. Son unidades estilizadas que se desarrollan o se atrofian tal como son o se mezclan con sus pruebas con otras. Análogamente a las estructuras sociales, cada época tiene sus propias concepciones dominantes tanto como remanentes de las pasadas y rudimentos de las futuras (Fleck, 1979:28).

Fleck identifica el conocimiento científico con las creencias u opiniones, cuyos "sistemas" muestran tal "tenacidad" que debemos considerarlos "hasta cierto punto" como unidades independientes, como "estructuras permeadas de estilo que no funcionan como meros agregados sino que armónica y holísticamente muestran ciertas características de ese estilo". El método para analizar la cognición desde esta "epistemología comparada", rechaza el dualismo del sujeto cognoscente y el objeto a conocer, incluyendo un tercer elemento, el colectivo: "la cognición no es un proceso individual de alguna teórica 'conciencia particular'. Más bien es el resultado de una actividad social, ya que el acervo existente de conocimiento rebasa el rango disponible a cualquier individuo" (Fleck, 1979:38). De ahí parte para proponer sus conceptos centrales: "Si definimos 'colectivo de pensamiento' como una comunidad de personas que intercambian mutuamente ideas o mantienen interacción intelectual, encontraremos por implicación también el 'portador' especial para el desarrollo histórico de cualquier campo de pensamiento, así como para el acervo dado de conocimiento y nivel de cultura. A esto le hemos llamado estilo de pensamiento. Así, el colectivo de pensamiento provee el componente faltante"[7] (Fleck, 1979:39).

[7] Los editores de la versión en inglés advierten de las grandes dificultades de traducción de la obra, que se incrementan al traducir del inglés al español. Los términos "colectivo" y "estilo de pensamiento" son también arduos en inglés

La propuesta triádica de Fleck para la construcción del concepto de *cognición*, que incluye "lo individual, lo colectivo y la realidad objetiva" se presenta en términos empíricamente investigables, según el estudio sobre la sífilis que se entreteje en el libro con la reflexión epistemológica. Aunque, además de las dificultades de traducción, Kuhn señala "algunos puntos muy discutibles en la propuesta" de Fleck (Kuhn, 1979:x-xi), alaba y aprovecha decididamente esa "sociología de la mente colectiva":

> Aunque el colectivo de pensamiento consiste en individuos, no es simplemente la suma de ellos. El individuo dentro del colectivo nunca, o casi nunca, es consciente del estilo de pensamiento prevaleciente, que casi siempre ejerce una fuerza absolutamente compulsiva sobre su pensamiento y con el cual no es posible discordar. La presencia del estilo de pensamiento hace necesario, y de hecho indispensable, construir el concepto "colectivo de pensamiento" (Fleck: 1979:41).

Más adelante, este concepto es definido más específicamente, al relacionarlo con el tema de la obra, la génesis y el desarrollo de un hecho científico ejemplarizado ("paradigmáticamente", diría Kuhn) por la sífilis, en el libro de Fleck:

> Podemos por tanto *definir el estilo de pensamiento como* [la disposición hacia] *la percepción dirigida, con la correspondiente asimilación mental y objetiva de lo que ha sido así percibido*. Se caracteriza por rasgos comunes en los problemas de interés para un colectivo de pensamiento, por el juicio que el colectivo de pensamiento considera evidente, y por los métodos que aplica como medios de cognición. El estilo de pensamiento puede también acompañarse de un estilo técnico y literario característico del sistema de conocimiento dado (Fleck, 1979:99).

Aunque se ha considerado que el aporte de Fleck no va más allá del que pudiera reconocerse, digamos, en Mannheim, su carácter sugerente y heurístico para el análisis de "sistemas de conocimiento" científico menos estructurados que los "paradigmas" de la "ciencia normal" impulsa a recuperarlo y relacionarlo con desarrollos posteriores. Por su parte, el propio Kuhn resumió espléndidamente un problema centrado en las interacciones sociales comunicativamente mediadas:

> ¿Cómo elige uno y cómo es elegido miembro de una determinada comunidad, científica o no? ¿Cuál es el proceso y cuáles las etapas

("*thought collective*" y "*thought style*"), así como lo son en el original alemán ("*Denkkolektiv*" y "*Denkstil*"). Trenn especifica que "el empleo de los términos más familiares 'estilo cognoscitivo' y 'comunidad cognoscitiva', basados en el latín *cognoscere*, sería desorientador, ya que tanto Denkstil como Denkkolektiv se basan en el afín pero diferente *cogitare*" (en Fleck, 1979:xvi).

> de socialización en el grupo? ¿Cuáles son las metas que el grupo ve colectivamente como suyas y cómo controla las aberraciones intolerables? Una comprensión más plena de la ciencia dependerá de respuestas a otro tipo de preguntas también, pero no hay área en la que se necesite más trabajo que en ésta. El conocimiento científico, como el lenguaje, es intrínsecamente la propiedad común de un grupo o no es nada. Para comprenderlo debemos conocer las características especiales de los grupos que lo crean y lo usan (Kuhn, 1970a:209-210).

1.1.2 Algunas secuelas sociológicas

Barry Barnes, sociólogo de la ciencia, explica que *La Estructura de las Revoluciones Científicas* provocó tantas controversias porque "se apartaba tajantemente de las interpretaciones académicas de la naturaleza general de la investigación científica, que en esa época eran producidas casi completamente por los filósofos de la ciencia. Estas interpretaciones, así como los mitos y las imágenes generales, carecían de la dimensión social que caracteriza a la obra de Kuhn" (1986:40). Y así contribuyó a la apertura de un doble proceso, probablemente para él mismo insospechado. Por una parte impactó el propio campo filosófico-epistemológico: "Al introducir la dimensión social y relacionar la categoría del conocimiento científico con los juicios contingentes de comunidades humanas concretas, Kuhn socavaba toda una serie de argumentos filosóficos tendientes a asegurarle a la ciencia una privilegiada categoría epistemológica u ontológica" (Barnes, 1986:41-42). Pero además, en el campo de la sociología de la ciencia produjo una profunda ruptura metodológica con respecto a la epistemología positivista. El mismo Barnes señala la "oportunidad" del aporte de Kuhn a mediados de los años sesenta:

> En ese momento los sociólogos de Estados Unidos empezaban a intensificar el aumento de los lentes con que estudiaban la ciencia y a examinar la *especialidad* como la unidad social característica de la investigación, la unidad encargada de desarrollar organizadamente un determinado cuerpo de conocimiento y competencia. En Inglaterra y el resto de Europa, mientras tanto, la sociología de la ciencia comenzaba a establecerse por primera vez, y aquí el interés por el conocimiento científico en sí era muy vigoroso, tanto como el dedicado a la naturaleza y la organización de las especialidades (Barnes, 1986:43-44).

Barnes creó y sostuvo, junto a David Bloor y otros miembros de la Unidad de Estudios de la Ciencia de la Universidad de Edimburgo, el "programa fuerte para la sociología del conocimiento", cuya tesis central fue formulada como sigue por Mendelsohn:

> La ciencia es una actividad de seres humanos que actúan e interactúan, y por tanto una actividad social. Su conocimiento, sus afirmaciones, sus técnicas, han sido creadas por seres humanos, y desarrollados, alimentados y compartidos entre grupos de seres humanos. Por tanto el conocimiento científico es esencialmente conocimiento social. Como una actividad social, la ciencia es claramente el producto de una historia y de un proceso que ocurre en el tiempo y en el espacio y que involucra actores humanos. Estos actores tienen vidas no sólo dentro de la ciencia, sino en sociedades más amplias de las cuales son miembros (Mendelsohn, 1977:3).

El "programa fuerte" se atribuye una posición "naturalista", que sostiene que la sociología debe habérselas con lo que "la gente toma como conocimiento, no con el juicio evaluativo de lo que merece ser tomado como tal" (Barnes, 1977, citado por Olivé, 1988:31). Desde este naturalismo, la sociología de la ciencia debe proporcionar explicaciones causales para todo tipo de creencias, independientemente de sus valores de verdad o falsedad, que son asumidas como sociológicamente irrelevantes. Para David Bloor, la sociología del conocimiento debería ser causal, imparcial con respecto a la veracidad, simétrica en su estilo de explicación y reflexiva: en principio sus patrones de explicación tendrían que ser aplicables a la misma sociología. "Igual que el requisito de simetría, ésta es una respuesta a la necesidad de buscar explicaciones generales. Es obviamente necesario requerir este principio, pues de otro modo la sociología se erigiría como una refutación de sus propias teorías" (Bloor, 1976:4-5).

En contraste con el programa fuerte, algunos "programas débiles" en la sociología del conocimiento se caracterizan porque "una vez que se ha mostrado que ciertas creencias son falsas, aunque alguna vez se les considerara verdaderas, entonces admiten como pertinentes las explicaciones sociológicas para dar cuenta de por qué esas falsas creencias fueron vistas como verdaderas, erróneamente, en contextos históricos y sociales específicos" (Olivé, 1988:22). Pero, "desde la perspectiva de los programas débiles, no hay lugar en realidad para una sociología del conocimiento. El auténtico conocimiento, creencia verdadera y justificada, se debe explicar sobre fundamentos puramente epistemológicos" (Olivé, 1988:24). Entre los autores que sostienen, de diversas maneras,

programas débiles en sociología del conocimiento, Olivé menciona a Parsons, Merton, Durkheim, Gurvitch y Mannheim, e incluso a Marx. Pero tanto los programas "fuertes" como los "débiles" se basan en una concepción estrecha de la sociología del conocimiento, contra la que argumenta Olivé, del lado de Berger y Luckmann, y de alguna manera Habermas, lo cual refuerza su argumento de que hay maneras de plantear y tratar de resolver la escisión que se ha producido entre la sociología y la filosofía de la ciencia.

Aquí habría que observar que la sociología del conocimiento es un campo relativamente poco explorado –y explotado– en México y América Latina en general, a pesar de que obras como *La Construcción Social de la Realidad* de Peter Berger y Thomas Luckmann (1968) han sido extensamente leídas, trabajadas y citadas. Y a pesar también de que el "programa" planteado por estos autores parece ser centralmente pertinente para el estudio de condiciones de dependencia:

> La necesidad de una 'sociología del conocimiento' está dada por las diferencias observables entre sociedades, en razón de lo que en ellas se da por establecido como 'conocimiento'. Además de esto, sin embargo, una disciplina digna de ese nombre deberá ocuparse de los modos generales por los cuales las 'realidades' se dan por 'conocidas' en las sociedades humanas. En otras palabras, una 'sociología del conocimiento' deberá tratar no sólo las variaciones empíricas del 'conocimiento' en las sociedades humanas, sino también los procesos por los que cualquier cuerpo de 'conocimiento' llega a quedar establecido socialmente como realidad. (...) Sostenemos que la sociología del conocimiento se ocupa del análisis de la construcción social de la realidad (Berger y Luckmann, 1968:15).

Berger y Luckmann reconocen de entrada los antecedentes de la "sociología del conocimiento" (expresión acuñada en los años veinte por Max Scheler) y delimitan las diferencias que su propuesta sostiene con quienes trabajaron antes que ellos. Así, refieren que "los antecedentes intelectuales inmediatos de la sociología del conocimiento son tres corrientes del pensamiento alemán decimonónico: la marxista, la nietzscheana y la historicista" (Berger y Luckmann, 1968:18-21). De Marx, según Berger y Luckmann, la sociología del conocimiento derivó "su proposición básica, a saber, que la conciencia del hombre está determinada por su ser social"; el anti-idealismo de Nietzsche "introdujo perspectivas adicionales en cuanto al pensamiento humano como instrumento de lucha por la supervivencia y el poder"; mientras que del historicismo de Dilthey proviene "un sentido abrumador de

la relatividad de todas las perspectivas sobre el acontecer humano, vale decir, de la historicidad inevitable del pensamiento humano".

Berger y Luckmann revisan también los aportes de Scheler, como el concepto de "concepción relativo-natural del mundo" de una sociedad; de Karl Mannheim, cuya "preocupación clave (...) era, significativamente, el fenómeno de la ideología"; y de Alfred Schütz, su maestro más directo (Berger y Luckmann, 1968:22, 23, 11), a su vez influido por Weber y Husserl en la fundamentación de una "sociología comprensiva" (Schütz, 1993). Definiéndose a sí mismos como sociólogos, Berger y Luckmann ubican en "dos de las 'consignas' más famosas y más influyentes de la sociología" los fundamentos de su propuesta:

> Una fue impartida por Durkheim en *Reglas del Método Sociológico* y la otra por Weber en *Wirtschaft Und Gesselschaft*. Durkheim nos dice: 'La regla primera y fundamental es considerar los hechos sociales como cosas.' Y Weber observa: 'Tanto para la sociología en su sentido actual, como para la historia, el objeto de conocimiento es el complejo de significado subjetivo de la acción.' Estas dos aseveraciones no se contradicen. La sociedad, efectivamente, posee facticidad objetiva. Y la sociedad, efectivamente, está construida por una actividad que expresa un significado subjetivo. Y, de paso sea dicho, Durkheim sabía esto último, así como Weber sabía lo primero. Es justamente el carácter dual de la sociedad en términos de facticidad objetiva y significado subjetivo lo que constituye su 'realidad *sui generis*', para emplear otro término clave de Durkheim. La cuestión central para la teoría sociológica puede, pues, expresarse así: ¿cómo es posible que los significados subjetivos se vuelvan facticidades objetivas? o, en términos apropiados a las posiciones teóricas aludidas: ¿cómo es posible que la actividad humana produzca un mundo de cosas? o sea, la apreciación de la 'realidad *sui generis*' de la sociedad requiere indagar la manera en que esta realidad está construida. Sostenemos que esa indagación es la tarea de la sociología del conocimiento (Berger y Luckmann, 1968:35).

Por otra parte, en contraste con la propuesta fenomenológica de Berger y Luckmann, Robert K. Merton abordó desde los años treinta la integración de una sociología del conocimiento, y luego de la ciencia, con la teoría estructural-funcionalista. Preocupado porque "la sociología del conocimiento –así como el campo más restringido de la sociología de la ciencia– estaba siendo severamente obstaculizada por la ausencia de un marco conceptual para pensar la estructura social y cultural de la propia ciencia", se esforzó "por encontrar una vía metodológica para pensar la ciencia como *ethos* institucionalizado (su aspecto normativo) y como

organización social (sus patrones de interacción entre científicos). Sólo entonces podría haber un fundamento adecuado para instituir e investigar nuevos problemas de interacción social y cognitiva en la ciencia" (Merton, 1977:22).

Dentro de la corriente estructural-funcionalista, los métodos o procedimientos de investigación empleados en la sociología de la ciencia eran muy limitados. Merton señaló los principales en el origen de este campo: el análisis de contenido, "transferido" de la investigación de la comunicación de masas y la prosopografía, "transferida" a su vez de la historia; por otro lado, como desarrollos "específicos de la especialidad", el "análisis de citas" [citation analysis], los "parámetros de la ciencia" (Price, 1963) y los "índices científicos" (Merton, 1977:24-58). Más tarde, desde otras corrientes y tradiciones, se han incorporado la observación etnográfica, la historia de vida, el análisis semiótico (de los textos científicos) y el análisis de redes de comunicación, entre otros. Es decir, métodos que apuntan, de diversas maneras, hacia enfoques socioculturales de análisis, que no eran concebibles en el marco de Merton y sus seguidores.

En ese sentido, es relevante que Diana Crane, autora de *Invisible Colleges* (1972), un estudio sobre la "difusión del conocimiento en comunidades científicas", propusiera hace más de treinta años una innovación notable, al concluir que la fragmentación metodológica del campo impide su desarrollo teórico: "la sociología del conocimiento sólo emergerá como área útil de indagación si puede desarrollarse un modelo teórico común para explicar el repertorio completo de productos culturales" (Crane, 1972:129)[8]. El enfoque de Crane parte de una crítica a las teorías y métodos que "miden" el crecimiento del conocimiento, pero conserva un concepto de comunicación científica proveniente de la investigación sobre difusión de innovaciones, por cierto uno de los "círculos sociales" o comunidades científicas que investiga empíricamente. Presta mucha atención a las redes de intercambio de información científica y relaciona su funcionamiento con el desarrollo del conocimiento, pero aún para ella misma, este enfoque conceptual resulta insuficiente: "Es claro que el enorme crecimiento del nuevo conocimiento está exigiendo mayor flexibilidad en el sistema formal de comunicación. El progreso en el

[8] La misma sentencia, prácticamente, ha sido aplicada, reflexiva y recurrentemente al campo académico de la comunicación, especialmente en el número especial (doble) del *Journal of Communication* dedicado al "Futuro del Campo" en 1993.

manejo de este sistema puede ser el resultado de una mejor comprensión de las formas como los científicos usan las ideas y de los tipos de ideas que les son más útiles. El rango completo de innovaciones en el sistema formal de comunicación tiene todavía que ser explorado" (Crane, 1972:128).

La influencia de Derek Price, su tutor (Crane, 1972:ix), es apreciable en Crane, especialmente en cuanto a que los desarrollos sociométricos y bibliométricos introducidos por el primero (Price, 1963) impiden una consideración más amplia del aspecto comunicacional de la dinámica sociocultural constitutiva de las comunidades científicas. Además, la influencia directa de Everett Rogers (Crane, 1972:ix), líder de la investigación sobre difusión de innovaciones, antes de que ésta fuera críticamente reformulada por el propio Rogers (1976) ante su insuficiencia para impulsar la modernización de la agricultura en el Tercer Mundo (Sánchez Ruiz, 1986), genera una concepción de la "sociología de la cultura" y de la ciencia que señala certeramente lagunas, pero es incapaz de formular adecuadamente la alternativa:

> El problema de la relación entre la estructura interna de una determinada institución cultural y los productos desarrollados y aceptados dentro de ella no ha sido explorado por la sociología del conocimiento. La tendencia a ver a los grupos sociales como entidades abstractas más que como conjuntos de individuos cuyos modos de interacción pueden ser observados con precisión es la causa probable de esta falla. Similarmente, los factores sociales que influyen la difusión de ideas sólo han sido tratados superficialmente en la tradición de la sociología del conocimiento. Para comprenderlos se necesita una teoría de las comunicaciones y de la transmisión de innovaciones, y la sociología del conocimiento no la ha proporcionado (Crane, 1972:130).

El carácter sociocultural de los problemas centrales de la sociología de la ciencia parece estar claramente establecido desde entonces, aunque no los instrumentos metodológicos para resolverlos. Esto quizá se deba a que el origen reconocido está en la obra de Kuhn, cuyo interés era histórico y no sociológico, y que la controversia desatada a propósito de su obra fue, más que nada, con filósofos de la ciencia, que habían rechazado siempre la relevancia de la dimensión social de la producción y el desarrollo del conocimiento científico. Mientras tanto, en otra "divergencia" disciplinaria, los sociólogos desarrollaban un aparato descriptivo hoy ampliamente informatizado, en conjunción con la antiguamente llamada Biblioteconomía, y hoy "Ciencia de la Información".

En síntesis, la sociología norteamericana, a pesar de algunos acercamientos a los mecanismos psicológicos y de comunicación utilizados por los científicos, se había centrado, hasta recibir el impacto de la obra de Kuhn, en el estudio de la ciencia como institución, de donde pasaría a concebirla como acción a partir de los años setenta. No obstante, este cambio,

> (...)no se produjo a partir de una relación evolutiva, sino más bien tangencial, acompañada de una fuerte carga de antagonismo académico derivado de la completa hegemonía que, durante tres décadas, el programa mertoniano había mantenido en la sociología de la ciencia. En concreto el proceso se produjo (...) cuando un heterogéneo grupo de estudiosos de diversa procedencia intelectual vieron en ese campo sociológico el terreno ideal para desarrollar sus puntos de vista teóricos y sus estudios empíricos en torno al axioma de la dependencia social del conocimiento científico (Lamo et al, 1994:519).

Esta nueva ruptura en las tradiciones de la sociología de la ciencia, además de la fundamental aportación de Kuhn[9], se sostuvo en dos avances de la propia filosofía de la ciencia: la *Tesis Duhem-Quine* sobre la infradeterminación de las teorías científicas por la evidencia, y la tesis de la carga teórica de la observación, formulada por Hanson. "En definitiva, gracias a estos dos supuestos que fueron asumidos por completo tras la recepción de la obra de Kuhn, comenzó a gestarse la posibilidad de una sociología de la ciencia que fuera capaz de penetrar en la cámara sagrada de la ciencia, esto es, en los procesos de generación y validación del conocimiento científico" (Lamo et al, 1994:516)[10].

1.1.3 El constructivismo y el estado reciente de la cuestión

Desde la década de los ochenta, la sociología de la ciencia ha diversificado sus enfoques, aunque la mayor parte de los estudios, buscando analizar las prácticas constitutivas de la ciencia como

[9] Quien, por cierto, reformuló su concepto de "paradigma" para definirlo mejor como matriz disciplinaria, que comprende "generalizaciones simbólicas, modelos y ejemplares" entre otros elementos (1970b; 1982).

[10] La filosofía de la ciencia "post-positivista" ha avanzado en tres direcciones: hacia versiones "más sofisticadas" del empirismo; hacia el realismo científico; y hacia el constructivismo social (*a la* Kuhn). "Los realistas y los constructivistas difieren en que los primeros sostienen, mientras que los últimos niegan, que los fenómenos que estudian los científicos existen y tienen las propiedades que tienen, independientemente de nuestra adopción de teorías, marcos conceptuales o paradigmas", aunque ambos se oponen a los empiristas (Boyd, 1992: 131). Pero estos intrincados debates quedan fuera del interés de este trabajo.

acción situada, dejó de lado los aspectos estructurales (ciencia como institución) y las preocupaciones epistemológicas. Prevalecieron, como rasgos característicos del programa fuerte, el naturalismo, el relativismo, el constructivismo y el empleo de métodos cualitativos de investigación.

La línea impulsada por el programa fuerte fue desarrollada desde los años setenta en la Gran Bretaña por la Escuela de Edimburgo, a una escala principalmente macrosocial, "buscando detectar las conexiones causales entre las variables sociológicas clásicas, como los 'intereses' de grupos relevantes y el contenido del conocimiento sostenido por esos grupos" (Pickering, 1992:1)[11]. No obstante, en la Universidad de Bath, Harry Collins (1985), comenzó pronto a abordar aspectos microsociales como las "negociaciones" entre actores científicos mediante el "programa empírico del relativismo", mientras en York, Michael Mulkay formaba otro grupo de investigadores, centrado en el análisis del discurso científico (Gilbert & Mulkay, 1984), y comprometido internacionalmente con el estudio del surgimiento de las disciplinas (Lemaine, et al, 1976).

Woolgar y Ashmore (1988:8) resumen la "evolución" operada en las perspectivas de los estudios sociales de la ciencia contrastando una "primera fase" (pre-kuhniana) en que tanto la ciencia (objeto) como su estudio social se concebían desde una postura realista, con una "segunda fase" (relativista-constructivista), en que la estrategia metodológica siguió siendo realista, pero la ciencia (objeto) se relativizó: dejó de considerarse como una forma "especial" de producción de conocimiento, ajena a las determinaciones socioculturales. Los trabajos de la primera fase "tendieron a ignorar el contenido del conocimiento científico, y se concentraron en la elucidación de los 'factores sociales' en casos de ciencia aparentemente 'errónea' o en que el impacto y efectos del escándalo y la intriga fueran más evidentes". En la segunda fase, las prioridades se invirtieron, aunque las estrategias de deconstrucción utilizadas "para construir una nueva realidad *meta*científica" no fueron analizadas en sí mismas. De ahí que el carácter predominante de los estudios se volviera mucho más descriptivo que normativo, y que por tanto el aporte teórico decreciera, coincidiendo con la "crisis de los programas estructural-

[11] Los mejores ejemplos son *Conocimiento Científico y Teoría Sociológica* (1974) e *Interests and the Growth of Knowledge* (1977) de Barry Barnes, y *Knowledge and Social Imagery* (1976) de David Bloor.

funcionalista y marxista" en la teoría sociológica (Lamo et al, 1994:540).

Por otra parte, a fines de los setenta hicieron su aparición los estudios etnográficos de las prácticas científicas, inaugurados por Latour y Woolgar (1979), Karin Knorr-Cetina (1981) y Michael Lynch (1985). El programa "antropológico" de la producción de conocimiento en los laboratorios es resumido por Karin Knorr-Cetina en términos de un proyecto empírico constructivista, que relaciona los productos de la ciencia "con procesos sociales de negociación situados en el tiempo y el espacio, en vez de con una lógica individual de toma de decisiones" (1981:152). Los procedimientos científicos se conciben desde la indeterminación y contingencia contextual, por lo que el cambio científico se puede explicar a partir de una "lógica oportunista de investigación", que es orientada por un "razonamiento analógico";

> Postulamos que los campos trans-científicos de variable, atravesados y sostenidos por las relaciones de provisión y uso de recursos, más que la membresía profesional a las 'comunidades científicas', constituyen las redes de relaciones sociales en que los científicos de laboratorio sitúan su acción. [También] hemos ilustrado, en el caso del artículo científico, el proceso de conversión (o perversión) que se asocia a la circulación de los objetos científicos en una realidad marcada por líneas de acción local, contextual, socialmente situadas. (...) Este proceso de conversión puede verse como un mecanismo de conexión social –mediado por la fisión y la fusión de intereses– que opera en los campos trans-científicos (Knorr-Cetina, 1981:152).

Knorr-Cetina señala dos dimensiones del problema de la organización contextual de la acción científica: la que tiene que ver con las unidades organizativas o "comunidades científicas", y la relativa a los mecanismos de integración que caracterizan a tales unidades. Tanto Merton (1980) como Hagstrom (1965), así como la mayor parte de los sociólogos de la ciencia con trabajo más reciente, han empleado analogías económicas (intercambio de "dones" o de "reconocimiento") para explicar estos mecanismos. Pero es Pierre Bourdieu (1975) quien acude a analogías referidas a la economía de mercado capitalista, y no al intercambio comunitario. "El campo científico ya no es visto como una comunidad de especialistas que compiten por logros creativos, sino como el espacio de una lucha competitiva por el monopolio del crédito científico. El concepto de 'crédito' no debe confundirse con el 'reconocimiento' definido en estudios anteriores" (Knorr-Cetina, 1981:70). "Lo que es de interés [para los científicos] es la aceleración y expansión del ciclo reproductivo que genera

información nueva y creíble; esto es, información para la cual los costos de sostener una objeción sean lo más altos posible. La reproducción por la reproducción misma es la marca del capitalismo científico puro" (Knorr-Cetina, 1981:71).

El modelo "económico" de Bourdieu, para Knorr-Cetina, define consistentemente sus objetivos para explicar el sistema social de la ciencia, pero no para dar cuenta del comportamiento individual de los científicos. Más allá del *habitus*, "describir un sistema en términos de acumulación de capital o de competencia y monopolización supone conductas individuales correspondientes, o bien especificar algún mecanismo para explicar por qué la descripción del sistema no tiene las mismas implicaciones con respecto a las unidades (los científicos) que lo constituyen" (Knorr-Cetina, 1981:74). Problemas como éste llevan a Knorr-Cetina a postular los "campos trans-científicos de variable" ("redes de relaciones simbólicas que en principio van más allá de las fronteras comunitarias") como modelo alterno al de "comunidad científica", pues "en contraste con cualquier interpretación que identifique la producción científica con una actividad teórica (abstracta) orientada a describir el mundo, propongo que consideremos los productos científicos, antes que nada, como resultados de un proceso de construcción" (Knorr-Cetina, 1981:81).

> En su nivel más general, los campos trans-científicos aparecen como el espacio de una lucha percibida por la imposición, expansión y monopolización de lo que bien puede llamarse relaciones de provisión y uso de recursos. Estas relaciones entran en juego, por ejemplo, cuando está vacante una plaza para un científico, cuando debe distribuirse dinero entre investigadores o grupos de investigación, cuando se elige un orador para una conferencia científica, o cuando un resultado producido por un científico es incorporado a la investigación de otros. Las respectivas decisiones generalmente son relativas al valor del recurso prospectivo (sea un candidato o el trabajo de un candidato), en el devenir del juego de quienes hacen la selección (Knorr-Cetina, 1981:83).

Aquí, la obra de Knorr-Cetina –como la de Bourdieu– conecta directamente con los estudios de la institucionalización académica, pues "hablar de campos trans-científicos constituidos por relaciones de provisión y uso de recursos es decir que esas relaciones son básicamente las mismas, sin importar si establecen un nexo entre científicos del mismo grupo de especialidad o entre científicos y no científicos, según el rol y la adscripción institucional" (Knorr-Cetina, 1981:84). El "contenido cognoscitivo" del trabajo científico, desde esta perspectiva, queda entonces

subordinado a dimensiones de negociación y ejercicio del poder que poco o nada tienen que ver ya con "paradigmas teóricos" o normas filosóficas para la "producción del conocimiento". De ahí la importancia de analizar el discurso científico (en los productos publicados), en relación con el discurso de los científicos (en los procesos de "manufactura" de esos productos), para ubicar los factores determinantes de su concreción.

La obra de Knorr-Cetina remata, significativamente, en un análisis del "proceso de conversión y la idea de una economía del cambio" mediante el estudio de caso de una publicación científica, producida en el laboratorio donde realizó su trabajo de campo. Junto a algunos aportes de los analistas del discurso científico (Greimas, 1976; Gilbert y Mulkay, 1984; Collins, 1985; Gross, 1990), trabajos etnográficos como el de Knorr-Cetina contribuyeron de una manera muy importante al cambio en la conceptualización de los estudios sociológicos de la ciencia: de la ciencia como conocimiento a la ciencia como práctica (lo que los científicos realmente hacen) y el consecuente movimiento hacia el estudio de la cultura científica (Pickering, 1992:2):

> 'Cultura' denota el campo de recursos que los científicos emplean en su trabajo, y 'práctica' remite a los actos de hacer (y deshacer) que ellos realizan en ese campo. 'Práctica', entonces, posee un aspecto temporal del que carece 'cultura', por lo que ambos términos no deben entenderse como sinónimos (Pickering, 1992:3).

Como advierte Pickering, "el estudio de la práctica puede tener implicaciones de largo alcance para la disciplinaridad" y desafíos de fondo a distinciones básicas como sujeto/objeto y naturaleza/sociedad, en el contexto del pensamiento "post-moderno" (Pickering, 1992:7-8). Para Woolgar y Ashmore, es ahí donde se ubica "el siguiente paso" de la sociología del conocimiento, la "tercera fase" evolutiva de los estudios sociales de la ciencia: la exploración de la reflexividad del conocimiento, y el abandono del realismo en la relativización tanto de la ciencia (objeto) como de su propio estudio social (1988:7-9). Además de la obra emblemática de Malcolm Ashmore, *The Reflexive Thesis. Wrighting Sociology of Scientific Knowledge* (1989), son una excelente y muy ilustrativa muestra de esta "vanguardia" contemporánea en el campo los textos de Woolgar (1988), Potter (1988), Walker (1988), Mulkay (1988), Wynne (1988), Ashmore (1988), Latour (1988) y Pinch (1988) editados por Woolgar (1988). No obstante que este trabajo se ubica "antes" de ese "siguiente paso", la exploración de la reflexividad (y más aún, de la auto-

reflexividad) es un componente ineludible (y muy iluminador), que se integra en la construcción de un modelo del campo académico de la comunicación, cuyos fundamentos teórico-metodológicos, especialmente los "ejes centrales" de su estructuración (los procesos de institucionalización social y cognoscitiva), son expuestos en la siguiente sección.

1.2 La institucionalización de la producción de conocimiento

> *Un área nueva puede llegar a ser establecida más fácilmente si su creación coincide con la expansión del sistema universitario. Pero los sistemas de educación superior no se expanden en un vacío social. Más bien, tienden a responder a los cambios en la situación económica nacional y a los cambios en el contexto político. Los modos de incidencia de los procesos económicos y políticos sobre el desarrollo científico son variados, frecuentemente de alta complejidad, y en general no bien entendidos. (Lemaine et al, 1976:10).*

Las actividades de producción de conocimiento científico, como prácticas sociales especializadas, no pueden entenderse al margen de las modalidades de su institucionalización, que para Berger y Luckmann es el proceso dialéctico fundamental de constitución de la sociedad como realidad objetiva:

> La relación entre el hombre, productor, y el mundo social, su producto, es y sigue siendo dialéctica. Vale decir, que el hombre (no aislado, por supuesto, sino en sus colectividades) y su mundo social interactúan. El producto vuelve a actuar sobre el productor. La externalización y la objetivación son momentos de un proceso dialéctico continuo. El tercer momento de este proceso (...) es la internalización (por la que el mundo social objetivado vuelve a proyectarse en la conciencia durante la socialización). (...) La sociedad es un producto humano. La sociedad es una realidad objetiva. El hombre es un producto social (Berger y Luckmann, 1968:83-84).

Las instituciones (que se definen en su acepción más amplia como "tipificaciones recíprocas de acciones habitualizadas por tipos de actores") implican historicidad y control. "Decir que un sector de la actividad humana se ha institucionalizado ya es decir que ha sido sometido al control social" (Berger y Luckmann, 1968:77). La institucionalización impone así al individuo una facticidad objetiva que ejerce autoridad sobre él: las definiciones institucionales de las

situaciones son prioritarias sobre los significados subjetivos en la medida en que, a través del lenguaje, se constituye la legitimidad del orden institucional (Berger y Luckmann, 1968:85-87). La dialéctica de la institucionalización gira en torno al conocimiento:

> Lo que en la sociedad se da por establecido como conocimiento llega a ser simultáneo con lo cognoscible, o en todo caso proporciona la armazón dentro de la cual todo lo que aún no se conoce llegará a conocerse en el futuro. Este es el conocimiento que se aprende en el curso de la socialización y que mediatiza la internalización dentro de la conciencia individual de las estructuras objetivadas del mundo social. En este sentido, el conocimiento se halla en el corazón de la dialéctica fundamental de la sociedad: 'programa' los canales en los que la externalización produce un mundo objetivo; objetiviza este mundo a través del lenguaje, vale decir, lo ordena en objetos que han de aprehenderse como realidad. Se internaliza de nuevo como verdad objetivamente válida en el curso de la socialización. El conocimiento relativo a la sociedad es pues una realización en el doble sentido de la palabra: como aprehensión de la realidad social objetiva y como producción continua de esta realidad (Berger y Luckmann, 1968:89-90).

La ciencia como institución implica entonces el establecimiento socialmente legítimo de "tipificaciones de comportamiento objetivadas", que se pueden llamar "roles" especializados en la producción de conocimiento científico, y que representan el orden institucional. "El análisis de 'roles' tiene particular importancia para la sociología del conocimiento porque revela las mediaciones entre los universos macroscópicos de significado, que están objetivados en una sociedad, y las maneras como estos universos cobran realidad subjetiva para los individuos" (Berger y Luckmann, 1968:103). La especialización en la producción de conocimiento y su reproducción es una consecuencia necesaria de la constitución de la sociedad:

> Dada la acumulación histórica de conocimientos en una sociedad, podemos suponer que, a causa de la división del trabajo, el conocimiento de 'roles' específicos aumentará en una proporción más rápida que el conocimiento de lo que es relevante y accesible en general. La multiplicación de tareas específicas que resulta de la división del trabajo requiere soluciones estandarizadas que puedan aprenderse y transmitirse fácilmente. Estas a su vez exigen un conocimiento especializado de ciertas situaciones y de las relaciones entre medios y fines, según las cuales se definen socialmente las situaciones. En otras palabras, surgirán especialistas, cada uno de los cuales tendrá que saber lo que se

> considere necesario para el cumplimiento de su tarea particular (Berger y Luckmann, 1968:102).

El conocimiento es así "un producto social y un factor de cambio social" (Berger y Luckmann, 1968:113-114). Por ello el estudio, desde la sociología del conocimiento, de la institucionalización de un campo científico, exige el análisis articulado de dos dimensiones fundamentales: el proceso de su constitución social como un "universo simbólico" específico (institucionalización cognoscitiva) y el proceso de la organización objetiva de las instituciones especializadas en su producción y reproducción (institucionalización social), que en las sociedades contemporáneas son sobre todo las universidades.

Un texto clave de la "sociología de las universidades" parte de la hegemonía sectorial de ciertos ámbitos sociales: "La ciencia, la investigación y la educación superior, por ejemplo, ostentan autonomías que son inconcebibles en la escuela primaria o la educación secundaria moderna. Funcionan con mayor libertad respecto de la familia, la comunidad, la iglesia y, generalmente, de las autoridades públicas y del control secular locales. El último siglo ha sido testigo de la maduración del sistema de educación superior, en tanto sector relativamente independiente en las sociedades modernas" (Clark, 1992:19). En ese contexto, el conocimiento es la "materia prima" en torno a la cual todo sistema de educación superior organiza su actividad:

> El conocimiento avanzado moderno tiene varias características distintivas cuyos efectos se irradian a lo largo de las organizaciones académicas. En primer lugar, tiene un carácter especializado, históricamente compuesto de especialidades que se multiplican continuamente. (...) La segunda propiedad fundamental de las sustancias académicas es su autonomía creciente, un continuo distanciamiento de las especialidades entre sí y respecto del conocimiento general impartido en la escuela primaria y media. (...) En tercer lugar, el descubrimiento del conocimiento es una actividad abierta. Es un compromiso con lo desconocido, con lo incierto, y como tal, es difícil de sistematizar mediante las estructuras organizacionales normales erigidas aparentemente como medios racionales para alcanzar fines conocidos y definidos. (...) En cuarto término, el conocimiento es portador de herencias ancestrales. Las materias vienen heredadas a lo largo del tiempo, expandiéndose y adquiriendo prestigios diferenciales (Clark, 1992:35-39).

Si el conocimiento, así caracterizado, es el componente esencial del sistema, se sigue la "natural ambigüedad de los fines", cuyas declaraciones formales no pasan de ser "mitos de integración", sin

que entre objetivos y operación haya relaciones directas. Por el contrario, "al evolucionar las instituciones educativas, las personas y los grupos desarrollan categorías de conocimiento, determinando así la existencia y la legitimidad de ciertos tipos de saber. También definen las categorías de individuos que tendrán el privilegio de poseer estos cuerpos de conocimiento y de ejercer la autoridad que otorga dicha propiedad" (Clark, 1992:53)[12].

El trabajo es, para Clark, la segunda categoría central de los sistemas académicos, como proceso de producción y reproducción institucionalizadas del conocimiento:

> En todos lados, la educación superior organiza el trabajo con base en dos modalidades que se entrecruzan: la disciplina y la institución, la primera como una modalidad que atraviesa las fronteras de los establecimientos locales, mientras las instituciones, a su vez, recogen subgrupos disciplinales [*sic*] para hacer de ellos conglomerados locales. La naturaleza metainstitucional de las disciplinas y los campos de estudios profesionales es un rasgo distintivo y prominente del carácter del sistema de educación superior (Clark, 1992:24).

La primacía de la disciplina se conjuga en cada institución con las formas básicas de organización académica: "el departamento, la cátedra o el instituto son simultáneamente parte de la disciplina y parte del establecimiento, fundiéndolos y derivando de esta combinación su fuerza" (Clark, 1992:61). La peculiar fragmentariedad de la "profesión académica" y las diversas formas de división del trabajo en las instituciones académicas (por secciones y niveles) originan un campo de estudios complejo y especializado: "Estudiar la diferenciación académica implica no sólo identificar la división del trabajo académico en sus contextos operativos, sino también examinar la expresión de los valores académicos y las bases del poder académico" (Clark, 1992:111).

[12] Esta apropiación del conocimiento científico legítimo por la institución universitaria y esta tendencia a monopolizar su producción y reproducción, son también subrayadas por Berger y Luckmann, quienes consideran a la ciencia moderna como "un paso extremo" del tránsito histórico de los mecanismos conceptuales para definir la realidad a convertirse en "propiedad de las elites de especialistas cuyos cuerpos de conocimiento se alejaban cada vez más del conocimiento común de la sociedad en general" (Berger y Luckmann, 1968:144). Otros sociólogos, como Bourdieu, coinciden también, así sea en sus propios términos: "Al analizar científicamente el mundo académico, uno toma como su objeto a una institución que ha sido legitimada socialmente para operar la objetivación que se pretende objetiva y universal" (Bourdieu, 1988a:xii).

Las creencias son, por tanto, el tercer elemento constitutivo de la organización académica, según Clark, en cuanto sistemas simbólico-culturales específicos. Las creencias cumplen un papel fundamental en la integración del sistema académico, al operar como mediadores de las presiones externas. La cultura operante en una institución determinada en un momento dado, proviene de cuatro fuentes: las culturas de las disciplinas, tradiciones cognitivas y conductuales más o menos codificadas; la cultura del establecimiento, que genera la identidad y la lealtad de sus miembros; la cultura de la profesión académica, que se traslapa con las culturas de las disciplinas pero mantiene un sustrato común en la dimensión ética; y la cultura del sistema nacional, que aporta los marcos ideológicos más generales. Este conjunto de campos simbólicos es lo que mantiene, al mismo tiempo, la identidad y la dinámica del sistema:

> Los sistemas académicos se integran de múltiples maneras. Discrepan los individuos y no obstante comparten la creencia de servirse mutuamente. Se encaminan por rutas disciplinales [*sic*] distintas, pero pertenecen a la profesión académica. Se identifican con un establecimiento al mismo tiempo que son miembros de un sistema nacional. Simbólicamente, los sistemas académicos modernos constituyen vastos cúmulos de líneas de integración entrecruzadas y de unidades de conjunto. Puesto que en los contenidos de conocimiento y los significados asociados a las materias académicas la fragmentación es la fuerza dominante, hay muchas tendencias centrífugas por contrarrestar. La naturaleza de los sistemas académicos es el creciente pluralismo en la producción de patrones de conocimiento y en las definiciones de comportamientos apropiados. Pero los factores específicos de disgregación se alojan en el seno de generalismos unificadores, y el proceso de constitución sistémica marcha por la vía de la cultura y del procedimiento administrativo (Clark, 1992:157).

La autoridad es así el cuarto concepto fundamental. Clark distingue los niveles "infraestructurales" del sistema: la autoridad en la unidad académica básica (cátedra, departamento) y en el agrupamiento primario de ellas en cada establecimiento (facultad), donde suele darse una combinación de autoridad personal y colegiada. Sin embargo, esta última tiende a predominar (Clark, 1992:167). Pero en el nivel "estructural" (establecimiento) y los "superestructurales" (coordinaciones, sistema global), tiende a

predominar una autoridad burocrática[13], en diversas combinaciones y grados de complejidad para resguardar, por ejemplo, la "autonomía universitaria" según las estructuras y formas de los sistemas nacionales.

La administración del poder en los sistemas académicos, en suma, más que en casi cualquier otra institución social, presenta un conjunto de formas y tensiones que impiden su consideración al margen de los otros elementos constitutivos, a los que otorga mayores o menores espacios de expresión: el conocimiento, el trabajo y las creencias. Los parámetros de la integración y el cambio sintetizan el modelo institucional propuesto por Clark:

> La división del trabajo en el mundo académico, como en otras partes, es una división de los compromisos y de los cometidos asumidos por los individuos. Estos cometidos laborales traen asociadas ciertas orientaciones de valoración. El compromiso y la orientación, el trabajo y las creencias, constituyen intereses, un compuesto de lo material y lo ideal. Los grupos de interés que de ello resultan se atribuyen autoridad y buscan modos compatibles de integración. A su vez, la estructura de intereses dotada de poder se convierte en el primordial condicionamiento del cambio en el sistema. También determina, en considerable medida, el modo y el grado en que el sistema llega a expresar ciertos valores sociales globales (Clark, 1992:29).

La integración del sistema combina las tensiones provenientes del Estado, del mercado y del sistema profesional, aunque en general, más allá de las variantes nacionales, tiende a la coordinación por éste último: "La coordinación profesional sobrevive saludable y vigorosamente en el seno de la academia, y se resiste a ser sometida por los políticos y burócratas. Pese a la oposición montada en su contra, se desplaza hacia adelante impulsada por la fuerza de la capacidad. Circula desde la base hacia arriba como resultado de los vínculos forjados entre académicos –al interior y entre disciplinas, instituciones y sectores– y de su búsqueda de hegemonía en el conjunto del sistema. La coordinación profesional es menos visible que la burocrática y la política, pero siempre opera y a menudo con fuerza" (Clark, 1992:232).

[13] La burocracia, para Clark, "refiere a una jerarquía formal que delega explícitamente la autoridad de diversos puestos y oficinas, codifica la coordinación de dichas unidades y se basa en criterios impersonales para reclutar a sus empleados, elevar la capacidad individual y asignar tareas. La autoridad burocrática es la antítesis del dominio personalista y colegiado y también está en los antípodas del control no profesional y la autoridad carismática. En la forma pura de burocracia, el gerente experto deriva su poder exclusivamente de un cargo explícitamente definido" (Clark, 1992: 175).

Sin embargo, la coordinación por el mercado tiene una importancia central, mucho mayor que la burocrática o la política. En la educación superior se pueden identificar tres mercados principales: el de los consumidores, el ocupacional y el institucional. La consideración estructural permite vincular la determinación inducida por el mercado de "los consumidores" y los otros dos, especialmente el "ocupacional", que define los puestos académicos y media en la posición relativa en el mercado institucional, en función del prestigio:

> La reputación se vuelve la principal mercancía de intercambio; el prestigio norma los criterios no sólo de los consumidores y trabajadores, sino también de las mismas instituciones. Un establecimiento altamente valorado puede llegar a colocarse en la cima de toda la estructura y, al hacerlo, genera movimientos de marejada en el mundo académico que hacen que los establecimientos prestigiosos sean imitados y buscados por los demás y pesen fuertemente en las preferencias de los consumidores y el personal (Clark, 1992:238).

Obviamente, los parámetros del cambio, sus límites y posibilidades, están implícitos en la propia integración del sistema, cuyas características estructurales definen la dinámica global a través de la interacción continua de prácticas orientadas por diversas lógicas (burocrática, política, de mercado, académica), ninguna de las cuales puede imponerse totalmente sobre las otras. El modelo de "niveles de autoridad" de Clark, además de explicar la distribución del poder en el sistema, sirve también para analizar el cambio:

> La infraestructura se rige por la lógica de la disciplina, el saber especializado y el desorden profesionalizado. La resistencia al cambio se presenta con fundamentos disciplinales [*sic*], pero éstos también son generadores del cambio. Hay una continua mutación y proliferación de los grupos disciplinales [*sic*], una nerviosa expansión generada fundamentalmente por el compromiso con la investigación. Este desasosiego no caracteriza a todas las disciplinas, los establecimientos y los sistemas, pero en general tiende a fluir desde los centros dinámicos hacia las plácidas periferias siguiendo los ejes funcionales que vinculan a aquellos que se caracterizan por una membresía común en un campo determinado. En contraste, los grupos ubicados en la cúpula del sistema académico operan con orientaciones, fuentes y vehículos de cambio muy distintos (Clark, 1992:292).

Si el cambio académico proviene de las "infraestructuras", de los pequeños grupos y unidades especializadas, y es contrapuesto a la lógica burocrática, homogeneizadora y simplificadora, de las "superestructuras" de control del sistema, el papel determinante se desplaza hacia las autoridades de las instituciones: "La estructura

intermedia opera como mediadora de los flujos naturales de la base y la cúpula." (Clark, 1992:293). En los sistemas donde predomina el orden burocrático superestructural, o en las instituciones con autoridades cuyas creencias están orientadas hacia esta lógica, el cambio académico, y por ende, el desarrollo del conocimiento, se verán entorpecidos. Por el contrario, el poder intermedio de las autoridades institucionales puede corresponder con un conjunto de creencias académicas, que con apoyo en las "bases" podrá contrarrestar relativamente el impulso burocrático.

> Los sistemas académicos producen continuamente operaciones ordenadas y procesos de desorden que interactúan y se estimulan. Las formas académicas condicionan el cambio en parte porque inducen y reafirman las tendencias contrarias. Quizá estas contradicciones sean un requisito para la adaptabilidad del sistema a las tensiones entre orden y desorden que impiden la inmovilidad (Clark, 1992:300).

Pero "cambio", "innovación" o "reforma", aplicados a los sistemas académicos, son términos relativamente opacos. Más allá de que no pueden concretarse a no ser en relación con un conocimiento muy detallado de las estructuras en que se dan, y de que no puede reconocerse en ellos la acción de una sola lógica, de una sola fuerza impulsora (ordenadora o desordenadora), son procesos históricos, difíciles de controlar y hasta de percibir:

> Una buena parte del cambio académico es invisible. Como material y producto, el conocimiento es relativamente invisible. La elaboración del pensamiento (la investigación), su transmisión (la enseñanza) y la absorción del mismo (el aprendizaje), son muy difíciles de ver y evaluar en el momento en que ocurren. Los informes de investigación nos proporcionan algunas pistas sobre lo que sucedió en la investigación; pero los libros de texto, los exámenes y las calificaciones no son sino representaciones parciales de los procesos de enseñanza y aprendizaje. Estas operaciones son tanto más difusas cuanto que son diversas y misteriosas y están encubiertas por varias capas organizacionales. En los sistemas académicos es difícil percibir desde dentro aquello que se mantiene constante y lo que está en proceso de cambio (Clark, 1992:330).

Sin embargo, los cuatro elementos del modelo de Clark (conocimiento, trabajo, creencias y autoridad) y la dialéctica propuesta entre "integración" y "cambio" en los sistemas universitarios permiten fundamentar análisis empíricos, específicamente orientados a interpretar los procesos de estructuración de un campo académico determinado en un entorno institucional delimitado, propósito para el cual es necesario

incorporar también otros aportes conceptuales, como los que Teresa Pacheco extrae de "la sociología y la antropología, en su respectiva vertiente sociocultural" (1990:9), pues para ella,

> Poco se ha investigado acerca de los procesos socioculturales que median en el campo científico en su conjunto. Indagar sobre procesos de índole cultural requiere de la definición de niveles de análisis y metodologías específicas que nos permiten incorporar a los estudios macrosociales elementos de conocimiento acerca de las prácticas concretas y de las mediaciones que condicionan la continuidad o, en su caso, el cambio de tales procesos; en particular, nos referimos a los procesos de institucionalización de la actividad científica y de profesionalización de la investigación en el contexto de los centros de enseñanza, tanto para el caso de México como de los otros países de América Latina (Pacheco, 1990:11-12).

Se concibe entonces que la actividad científica como generadora de productos simbólicos se caracteriza como un proceso social, cultural e ideológico fundado en la trama de las relaciones sociales. Sobre la conceptualización de Raymond Williams, puede afirmarse que "la integración de los estilos de organización de toda formación sociocultural con el orden social puede ser explicada a partir de la relación entre procesos y prácticas, en tanto formas culturales propias del espacio institucional y las tendencias de los procesos macrosociales" y que tales procesos "configuran incluso mecanismos de carácter legitimador de la cultura y, por ende, de legitimación social e ideológica de la producción científica" (Pacheco, 1990:17-18). A partir de ahí, la conceptualización sigue de cerca a Bourdieu y a Habermas, intentando especificar los conceptos centrales en términos de investigación concreta:

> La conformación histórica y social del campo y de sus formas socioculturales particulares es el resultado de procesos continuos de interacción que se establecen no sólo entre las instancias de la vida social y su trayectoria, sino fundamentalmente entre las formas socioculturales que son resultado de la producción simbólica. Entendidos así, los procesos de producción sociocultural de la ciencia se encuentran influidos por el conjunto de intereses puestos en juego en el respectivo marco de condiciones de reproducción y de auto-constitución de su propio campo (Pacheco, 1990:18).

1.3 Marco para el análisis del campo académico de la comunicación

> *¿Qué provecho científico puede haber en tratar de descubrir lo que implica el hecho de pertenecer al campo académico, ese lugar de permanente pugna por la verdad del mundo social y del campo académico mismo, y el hecho de ocupar una determinada posición dentro de él, definida por un cierto número de propiedades, una educación y un entrenamiento, cualificaciones y estatus, con todas sus formas concomitantes de solidaridad o membresía? En primer lugar, es una oportunidad para neutralizar conscientemente las probabilidades de error que son inherentes a una posición, entendida como un punto de vista que implica un cierto ángulo de visión y por ello una forma particular de introspección y de ceguera. Pero sobre todo, revela los fundamentos sociales de la propensión a teorizar o a intelectualizar, inherente a la postura misma del académico que se siente libre de apartarse del juego para conceptualizarlo y asumir el objetivo, que atrae el reconocimiento social de ser científico, de lograr una panorámica del mundo obtenida desde un punto de vista externo y superior (Bourdieu, 1988[a]:xiii).*

Siguiendo el ejemplo del espíritu inquisitivo de Pierre Bourdieu sobre "las categorías de pensamiento con las que pensamos", conviene referir el objetivo principal de este trabajo, fundamentar un marco conceptual y metodológico para el análisis de los procesos de constitución del campo académico de la comunicación, y sus condiciones de desarrollo como proyecto académico-social en México, en el reconocimiento de la propia categoría bourdiana de "campo", aunque esto refuerce el desplazamiento de fundamentos teóricos de disciplinas relativamente más "sólidas" (como las sociologías) hacia un campo con acusada debilidad disciplinaria (el de la comunicación).

El término "campo", como muchos otros empleados en las ciencias sociales y las humanidades, y en la revisión misma de las condiciones de desarrollo de sus especialidades, es peligrosamente polisémico. Entre sus diversas acepciones, se ha utilizado traducido del inglés (*field*) para denominar simplemente, "territorialmente", un área de estudio o una "disciplina". Pero para apoyar procesos analíticos más profundos, resulta preferible el empleo de la acepción que en francés (*champ*) le ha dado Bourdieu, como "espacio" sociocultural de posiciones objetivas donde los agentes luchan por la apropiación del capital común.

Los "campos", estructuradores y reproductores de la vida social en las sociedades modernas, son para Bourdieu espacios estructurados en los que hay reglas del juego y objetos por los que se juega. Es decir, en cada campo hay *intereses* específicos que son irreductibles a los objetos e intereses propios de otros campos, y que sólo son percibidos por quienes están dotados del *habitus* correspondiente, o cultura (de una época, de una clase o de un grupo) en tanto que interiorizada ("incorporada") por el individuo bajo la forma de "disposiciones duraderas" que constituyen el principio de su acción (Bourdieu, 1988b:22). De manera que, al considerar los campos científicos como campos de producción simbólica, no pueden entenderse sus productos (conocimiento) sin tomar en cuenta a los agentes productores (investigadores) y las condiciones sociales (institucionalizadas) de su producción (Bourdieu, 1975, 2000). En este sentido, el *habitus* es a la vez un "oficio", un capital de técnicas, de referencias, y un conjunto de *creencias* que comparten los investigadores que integran el campo.

El *habitus* es a la vez un sistema de esquemas de producción de prácticas y un sistema de esquemas de percepción y de apreciación de las prácticas y, en los dos casos, sus operaciones expresan la posición social en la cual se ha construido. En consecuencia, el *habitus* produce prácticas y representaciones que están disponibles para la clasificación, que están objetivamente diferenciadas; pero que no son inmediatamente percibidas como tales más que por los agentes que poseen el código, los esquemas clasificatorios necesarios para comprender su sentido social (Bourdieu, 1988b:134).

La "teoría de los campos" concibe, entonces, a la actividad científica como generadora de productos simbólicos cuyo sentido compartido es la clave primordial de su propia transformación, y la caracteriza como un proceso sociocultural e ideológico fundado en la trama de las relaciones sociales (Bourdieu, 1988a), es decir, como una red de prácticas de comunicación. La especificidad del campo científico radica en el "interés" que pone en juego: en él se lucha por el "monopolio de la competencia científica", según proyectos que son a la vez teóricos y políticos. En otras palabras, no pueden distinguirse determinaciones de las prácticas que sean puramente científicas o puramente sociales: "La lucha por la autoridad científica es necesariamente una lucha al mismo tiempo política y científica; su única singularidad es que opone entre sí a productores que tienden a no tener otros clientes que sus mismos competidores" (Bourdieu, 1975:117).

La relación entre "*habitus*" e "instituciones" (historia encarnada e historia objetivada del campo, respectivamente) según Bourdieu, así como la relación entre "actores" y "estructuras" según Giddens (1984), permiten sustentar teóricamente, por un lado, el carácter dialéctico de la mutua constitución entre prácticas e identidades subjetivas y los campos o sistemas objetivos, es decir, la dinámica de la reproducción sociocultural, y por otro, la posibilidad de objetivar esas relaciones mediante el análisis de las formaciones discursivas con que los sujetos se las representan como "significados" (que son el producto de la interpretación subjetiva de la información del entorno) y las comparten como "sentido" (que es el producto pragmático de la interacción comunicativa entre sujetos).

De esta manera, el concepto de "campo académico" (homologable al de "campo científico"), operado auto-reflexivamente desde su correspondiente *habitus* en un proceso de "objetivación participante" (Bourdieu, 1989), sirve para captar analíticamente las relaciones entre los sistemas de representaciones que subyacen a las prácticas de sujetos empíricos. Estas prácticas, a su vez, constituyen el propio campo como "espacio" de tensiones entre sujetos, entre sujetos y estructura, y entre la estructura y el entorno sociocultural en que se constituye el campo.

Así, el estudio realizado por Fuentes (1998) sobre la emergencia del campo académico de la comunicación en México, como un análisis sociológico realizado "desde adentro" del propio campo y con pretensiones de influir (praxeológicamente) sobre él, supuso un ejercicio de apropiación crítica de los aportes teórico-metodológicos de Bourdieu, –junto a los de dos sociólogos británicos: Anthony Giddens (1984) y John B. Thompson (1998)– y se desarrolló mediante la construcción de modelos heurísticos, uno de los cuales definió nueve procesos de estructuración (Fuentes, 1998:73), sobre los cuales había que acopiar información empírica:

Escala individual de estructuración:

- Procesos de constitución de los sujetos (trayectorias académicas, opciones vocacionales, orígenes sociales).
- Procesos de formación/conformación del *habitus* (esquemas de percepción, valoración y acción).
- Procesos de profesionalización (como apropiación de recursos y esquemas de competencia académica y como calificación y ubicación laboral en una institución específica).

Escala institucional de estructuración:

- Procesos de institucionalización social u organización (como programas institucionales y como formación de una "comunidad científica" a través de asociaciones y publicaciones académicas).
- Procesos de institucionalización cognoscitiva (conformación de una "matriz disciplinaria" articuladora y generadora del sentido de las prácticas científicas legítimas).
- Procesos de especialización de la producción científica (en términos de intercambios intra e interdisciplinarios).

Escala sociocultural de estructuración:

- Procesos de auto-reproducción del propio campo, mediante la formación e incorporación de investigadores en el mercado laboral académico.
- Procesos de legitimación social del campo ante el Estado y la sociedad civil, manifiestos en la obtención de "autoridad científica" y de "autonomía relativa" y en los usos sociales de sus productos.
- Procesos de asimilación/acomodación del sentido (utópico) del campo y de las prácticas en el cambiante entorno sociocultural de la "realidad".

El estudio de Fuentes (1998) permitió avanzar en la articulación empírica de análisis concretos sobre los procesos de estructuración de la *escala institucional*, y más específicamente sobre los programas universitarios, las asociaciones académicas y las publicaciones científicas especializadas en México. Se buscó integrar este trabajo con sus contextos internacionales, bajo la convicción de que aunque en ninguna parte del mundo el estudio de la comunicación se ha consolidado como una disciplina académica, en los países donde se ha institucionalizado más firmemente (Estados Unidos, Europa del Norte y Occidental, Corea, Egipto y, en América Latina, Brasil y México) (Rogers, 1994:489-490), el estatuto disciplinario del campo académico de la comunicación es objeto de constante tensión y pugna al interior de sistemas universitarios diversos y cambiantes.

El primer país donde se institucionalizó la comunicación como campo académico fue Estados Unidos, cuyo sistema universitario sufrió grandes transformaciones a partir de la última década del siglo XIX, al mismo tiempo que su organización social total (Clark, 1992). El modelo europeo de la universidad de investigación [*research university*] se impuso sobre el pre-existente del *community college*, centrado en la "formación de

pregrado en artes liberales" (Rogers, 1993:20). Las primeras escuelas de periodismo, como la fundada por Joseph Pullitzer en Columbia, no pretendían más que "la formación de profesionales íntegros, competentes y con un alto grado de instrucción" (Nixon, 1974:197-198). Pero para que estas escuelas sobrevivieran en el entorno de las universidades de investigación se hizo necesario "cientifizarlas", como lo preconizaron profesores como Willard G. "Daddy" Bleyer, quien introdujo una fuerte dosis de ciencias sociales en los programas de formación de periodistas (Rogers, 1994:467).

Para Everett Rogers, historiador del campo académico de la comunicación en Estados Unidos después de haber sido un protagonista destacado de su desarrollo, la investigación tanto teórica como aplicada que los "míticamente" llamados padres fundadores: Lasswell, Lazarsfeld, Lewin y Hovland (pero también otros) condujeron en los años treinta, cuarenta y cincuenta fue importante para la institucionalización del campo, aunque ésta en realidad fue impulsada por Wilbur Schramm:

> El mito de los cuatro fundadores no distingue entre precursores y fundadores. Académicos como Georg Simmel, Robert E. Park, George Herbert Mead, Kurt Lewin, Harold D. Lasswell, Carl I. Hovland, Norbert Wiener y Claude Shannon condujeron lo que con los cánones actuales se conoce como investigación de la comunicación. Ellos fueron precursores, investigadores que hicieron una contribución intelectual importante a un campo de estudio nuevo, pero que no se identificaron con el nuevo campo, ni lo hicieron sus discípulos, ni lo institucionalizaron estableciendo departamentos universitarios que llevaran ese nombre [Ben David y Collins, 1966]. Los fundadores no son formados en un nuevo campo de estudio pero realizan investigación en él y educan a la primera generación de académicos de ese campo. El principal fundador de nuestro campo fue Wilbur Schramm, quien no sólo institucionalizó el estudio de la comunicación creando institutos en Iowa, Illinois y Stanford, sino que también escribió los libros de texto que definieron el campo en los años cincuenta y fue el maestro de docenas de los primeros doctores en comunicación (Rogers, 1993:22).

La distinción establecida por Rogers entre precursores y fundadores es muy pertinente, pues con pocas excepciones esos "roles" corresponden (o son asignados) a individuos (y proyectos) diferentes, aunque de cualquier manera otorgan un gran prestigio, muy útil para la legitimación del campo. A este respecto conviene destacar que tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo,

el debate por el estatuto disciplinario del estudio de la comunicación tiene entre sus principales "frentes de lucha" la escritura (o re-escritura) de la historia, que según Löblich y Scheu (2011) se desarrolla sobre tres ejes: la historia de las ideas, la de las instituciones, y la biográfica, o de los agentes clave. Rogers cultivó, sobre todo la tercera de estas vertientes (1994).

Cabe también subrayar que el proceso de institucionalización de la investigación de la comunicación impulsado por Schramm en Estados Unidos tiene el mérito de haber superado el conservadurismo del sistema universitario norteamericano, que resiste tradicionalmente la creación de departamentos en campos "nuevos". De hecho, muy pocas de las universidades "de investigación" más prestigiadas establecieron departamentos de comunicación, lo cual hace resaltar la importancia de Stanford, cuyo Instituto de Investigación de la Comunicación fue creado por Schramm en 1955 (Paisley, 1984; Rogers, 1994). La estrategia predominante (con la excepción de Michigan State, donde se creó directamente un Departamento de Comunicación en 1957) consistió en introducir las actividades de investigación a los departamentos, ya existentes en las universidades, de Periodismo y más adelante de *Speech*, e irlos transformando paulatinamente en departamentos de comunicación.

Este proceso de conversión, sin embargo, no ha evitado la más notable desarticulación norteamericana del campo académico de la comunicación: la escisión entre la investigación de la *mass communication* (comunicación masiva), principalmente desarrollada en los antiguos departamentos de periodismo, y la investigación de la *speech communication* (comunicación interpersonal), producto predominante de los antiguos departamentos de *Speech*. A esta desarticulación original se le agregó, a partir de los años setenta, la incorporación de dos grandes tendencias de investigación provenientes de Europa, y muy especialmente de la Gran Bretaña, que fueron asumidas en principio como opuestas: la economía política y los estudios culturales (Carey, 1989). Desde la década de los setenta, no obstante, el principal rasgo del campo académico de la comunicación en Estados Unidos fue el crecimiento. Algunos estudiosos del campo muestran reservas o son francamente críticos de la situación de esta expansión, como John Durham Peters (1986, 1988, 1999). La relación entre el crecimiento institucional y el desarrollo teórico es una preocupación que, ante la fragmentación y

desnivelación del campo, se ha vuelto una constante en todo el mundo[14].

Otra de las derivaciones de la fundación inconsistente del campo académico de la comunicación en Estados Unidos, la escisión entre la investigación "administrativa" y la "crítica"[15] (que relacionaba originalmente matrices intelectuales diversas) acabó por convertirse en la fórmula de una "oposición de paradigmas" para el estudio de la comunicación y, como tal, en una clave de interpretación de la crisis o "fermento" del campo en los ochenta. Muchos autores adoptaron como clave epistemológica la "inconmensurabilidad de los paradigmas" de Kuhn (1970a) y la oposición empirismo/racionalismo, para explicar, por factores extracientíficos, la divergencia entre la investigación

[14] Peters señalaba en 1986 tres principales "fuentes de la pobreza intelectual" del campo: la primera es la institucionalización, impulsada por Wilbur Schramm al crear institutos de/para la investigación de la Comunicación, en los cuales se privilegió, por una parte el campo mismo sobre su productividad intelectual, y por otra la definición de políticas y aplicaciones sobre la reflexión y la teorización crítica. La síntesis de Peters es despiadada: "El afán del campo por sobrevivir ha sido el encarnizado enemigo del desarrollo teórico. Lo que sobrevive es un fruto de la ambición más que del sentido" (Peters, 1986: 538). La segunda "fuente" está en los usos de la teoría de la información, que otra vez Wilbur Schramm identificó con los estudios de comunicación, siendo una innovación de la ingeniería eléctrica que, desde su publicación en 1948, fue diseminada a prácticamente todas las ciencias (físicas, biológicas y sociales), las artes, las humanidades y la filosofía. Finalmente, la auto-reflexión como apologética institucional es la tercera "fuente de pobreza intelectual" señalada por Peters, por la cual la conservación del campo para estudiar fenómenos que la sociología, la psicología social o la antropología habían ya adoptado como propios y los habían abordado con sus propios métodos, tomó el lugar de la teoría, imposible de construir en términos de "comunicación masiva". De manera que "el campo que Schramm construyó consistió en las sobras de la investigación previa, apareadas con campos desposeídos como el periodismo académico, el drama o el habla [*speech*] (dependiendo de la universidad específica)" (Peters, 1986: 544). La inusitada crítica de Peters a Wilbur Schramm y su "herencia" (el campo de la investigación de la comunicación) apunta, más allá de la virulencia contra el "padre fundador", fallecido en 1988, a un factor centralmente importante, la constitución teórica de la disciplina.

[15] Esta distinción fue establecida en los años cuarenta por Paul Lazarsfeld, con el objeto de relacionar la investigación orientada a la construcción de sistemas "técnicamente superiores" por la llamada corriente dominante, representada por el propio Lazarsfeld, con los aportes de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, en la persona de Theodor Adorno, a quien Lazarsfeld asignó la tarea de "explicar las cuestiones cruciales". Ambos trabajaron juntos a finales de los treinta en la Oficina de Investigación de Radio en Princeton, donde Adorno fue director musical y Lazarsfeld director general, antes de partir cada uno a las universidades donde realizarían sus respectivas obras mayores: el primero a Berkeley y luego de regreso a Frankfurt, mientras el segundo se dirigía a Columbia, sede del célebre Buró de Ciencia Social Aplicada (Rogers, 1994; Lazarsfeld, 1993).

"administrativa" y la "crítica", sin considerar suficientemente los factores propiamente institucionales. La distinción entre la organización social del campo y su institucionalización intelectual está asociada a esa divergencia. Entre otros, un artículo de Melody y Mansell en *Ferment in the Field* aborda directamente esta clave:

> Las más profundas fuentes de fermento en el campo de la comunicación se encuentran en los vínculos o alineamientos de la teoría y la investigación con factores políticos y económicos. Para el investigador llamado empírico o administrativo, se excluyen del análisis los asuntos relacionados con la estructura de las instituciones económicas y políticas (y a veces de las instituciones sociales y culturales también), la centralización del poder, las características de las relaciones dominante/ dependiente y los incentivos de los intereses parciales. Las premisas de la investigación crítica contradicen y desafían los fundamentos de la tradición administrativa, al poner en cuestión y enfocar los esfuerzos de investigación sobre los cambios en las relaciones asimétricas políticas y económicas –y al concluir que éstas son precondiciones del cambio significativo– (Melody & Mansell, 1983:104-105).

Este dualismo refleja el impacto del debate que Kuhn introdujo en el campo de la filosofía y la historia de la ciencia y desde ahí el afán de legitimación intelectual de la investigación de la comunicación en oposición con la legitimación social de la práctica, aún en el entorno académico liberal y fuertemente apoyado de las universidades de Estados Unidos. Los británicos Melody y Mansell planteaban la divergencia en términos que resultaban, a principios de los ochenta, y todavía en la actualidad, muy familiares en América Latina:

> Las distinciones fundamentales no radican en el ámbito abstracto de la teoría y la metodología. Radican en la selección pragmática de los problemas del mundo real y el uso subsecuente de técnicas de investigación para conducir el análisis. La base real de la dicotomía entre las tradiciones crítica y administrativa radica en el alineamiento de los investigadores al *status quo* contra los cambios en las relaciones institucionalizadas de poder económico y político. Una trayectoria que no lleve a un debate interminable sobre dicotomías irreconciliables comienza con el supuesto de que toda teoría e investigación en ciencias sociales incluye tanto elementos objetivos como subjetivos. Estos elementos se aparean a través del proceso dinámico de la actividad de la investigación que se mueve en una relación dialéctica entre la teoría y la práctica. De manera que las diferencias entre las tradiciones de investigación existen. Están vinculadas con los objetivos económicos, políticos y sociales que permean la práctica de

> investigación. No son meras disputas teóricas que puedan resolverse por medio del debate académico (Melody & Mansell, 1983:109-110)[16].

Esta clave no es la única pero quizá sí la predominante en los ensayos reunidos en *Ferment in the Field*. George Gerbner, editor del número, tituló su epílogo *La importancia de ser crítico –cada quien a su modo* y en él fijó su posición: "El principal debate académico, como indica este simposio, no es tanto entre la investigación 'crítica' y la 'administrativa' (ya que ambas son necesarias para diferentes propósitos) sino entre diferentes acercamientos a las funciones fundamentalmente críticas de la academia" (Gerbner, 1983:356). Y para recuperar el sentido crítico de la academia, a su propio modo, Gerbner argumenta que las oposiciones entre conocimiento básico y aplicado, entre ciencia y arte, entre análisis cuantitativo y cualitativo, no se sostienen ni lógica ni prácticamente, independientemente de las razones históricas que lo hicieron creer así. Porque, finalmente,

> [...] la tarea crítica de una disciplina es interpelar los términos del discurso y la estructura del conocimiento y del poder en su propio ámbito y contribuir así al desarrollo humano y social. Aquellos que buscan y que luchan por ese fin son académicos críticos en el mejor y más básico sentido de la palabra. Ellos deben ser capaces de buscar y luchar sin inhibirse por los mitos que les quitan las oportunidades o los medios a su alcance. El fermento en el campo, su expresión y respuesta ante él en este simposio, atestigua la vitalidad de la disciplina y su capacidad de acometer las tareas críticas (Gerbner, 1983:362).

Desde otro ángulo, la problematización de las fundaciones del campo académico de la comunicación, es decir, de las circunstancias y los proyectos sociales que se tomaron como

[16] Esta cita ilustra cómo la divergencia percibida en términos de "paradigmas" tenía raíces disciplinarias tanto como ideológicas (en el sentido político), y permite hipotetizar que la ambivalencia de la constitución como disciplina de la investigación de la comunicación es lo que, al "cruzarse" con los patrones ideológicos de la dependencia y el "subdesarrollo", y con los "objetivos económicos, políticos y sociales" de la investigación en los países latinoamericanos, generó una oposición maniquea que obstaculizó el desarrollo metodológico del campo al hacer irreconciliables, por ejemplo, el empirismo asociado a los estudios "administrativos" o "funcionalistas" y el compromiso con la transformación social asociado a los análisis "críticos". Everett Rogers, uno de los investigadores norteamericanos con mayor experiencia en la investigación de la comunicación en América Latina, llegó a plantear que la síntesis entre la investigación crítica y la administrativa se generaría en Latinoamérica, donde ambas corrientes estaban en una relativa "igualdad de fuerzas", pretensión que posteriormente fue retomada por muchos latinoamericanos.

supuestos no solo para su institucionalización en Estados Unidos, sino también en todos aquellos países a los que se exportó su modelo, como los latinoamericanos, incluye trabajos críticos como el de Timothy Glander sobre los *Orígenes de la investigación de la comunicación de masas durante la guerra fría norteamericana, sus efectos educativos e implicaciones contemporáneas* (Glander, 2000). En medio de la gran cantidad de revisiones históricas del campo, disponibles en Estados Unidos, este trabajo tiene la particularidad de cuestionar las bases de la divergencia inducida entre los estudios de comunicación y los de educación, desde el campo académico de ésta última.

> La educación y la comunicación están fundamentalmente vinculadas, inescapablemente afiliadas en la teoría y en la práctica. Los filósofos de la educación, de Sócrates a Dewey y Freire, lo han reconocido así y han tratado de clarificar esta relación. La educación y la comunicación no pueden ser separadas, aunque nuestras disposiciones académicas presentes hagan creer que pueden ser segregadas. La organización contemporánea del conocimiento sugiere que educación y comunicación son fenómenos distintos, que pueden ser estudiados y practicados en aislamiento mutuo. Este libro cuenta parte de la historia de cómo y porqué ocurrió esta división, qué ocasionó el divorcio, y cómo afectó la emergencia y crecimiento del nuevo campo de la comunicación a los asuntos educativos en el siglo XX. El objetivo primordial es recuperar una comprensión que señale la conexión esencial entre comunicación y educación y sea capaz de develar los intereses que se han beneficiado con su separación (Glander, 2000:x).

A diferencia de muchas de las historias del campo de la comunicación escritas desde su "interior", la obra de Glander interpreta las decisiones que guiaron su institucionalización en el contexto de la II Guerra Mundial en un sentido estrictamente político, en relación con la disyuntiva entre educación y propaganda. Al resolverse la definición de los proyectos fundacionales en términos del avance de los mecanismos propagandísticos, y no de los educativos, y de conseguirse no sólo los apoyos políticos y financieros, sino también la legitimación académica de la investigación con este sesgo, la separación quedó establecida y el modelo consolidado, primero en Estados Unidos y luego, en el resto del mundo. La revisión de las trayectorias profesionales y las publicaciones de los fundadores del campo, especialmente Wilbur Schramm, permite documentar la hipótesis y abrir de nuevo preguntas cruciales, como por ejemplo, las que tienen que ver con los efectos sociales de la televisión, que tienen

una explicación obviamente muy distinta si se los interpreta desde la consideración de la comunicación como propaganda o como educación. Y, obviamente, en términos de la formación de profesionales y de investigadores de la comunicación, estos cuestionamientos tienen una alta relevancia actual, porque en palabras de Glander exigen revisar a fondo "el universo de discurso en el que crecimos" (Glander, 2000:179-201) y que a pesar de los esfuerzos de muchos de autores más críticos del campo, tiene una inercia ideológica terriblemente tenaz.

Pero en unos u otros términos, el "problema" de la constitución de un campo disciplinario de la comunicación está vigente como tópico de debate en Estados Unidos, y también en otras partes del mundo, aunque con mayor énfasis en los procesos de institucionalización "social". Por ejemplo, algunos europeos se han referido a la investigación de la comunicación en su propia región en términos bastante críticos, como el italiano Paolo Mancini:

> Aunque hay diferencias sustanciales entre la investigación sobre medios masivos en Europa y Estados Unidos (...), también hay ciertos rasgos y problemas que son compartidos. Uno de estos es el bajo nivel de legitimidad de los estudios sobre los medios en el mundo académico. (...) Es un hecho que en los setentas y ochentas el campo de la investigación sobre comunicación masiva se caracterizó por una continuidad alarmante: durante este periodo el campo disciplinario se desarrolló enormemente, el número de publicaciones especializadas creció y en Europa fueron creadas nuevas facultades; pero la falta de legitimidad académica permaneció en gran medida. A este respecto hay alguna pequeña diferencia a ambos lados del Atlántico. Si acaso, es que el desarrollo que tuvo lugar en Estados Unidos en los setentas, ocurrió en Europa en la década de 1980-1990 (Mancini, 1993:100-101).

Esta "falta de legitimidad académica" se debe, según Mancini, a diversas causas como el rápido crecimiento del campo, su juventud y carencia de tradición teórico-metodológica, el *mediacentrismo* y el carácter predominantemente normativo de la investigación europea (rasgo común con la latinoamericana, aunque no con la estadounidense).

> Pero hay una diferencia entre las dos costas atlánticas. En Europa los estudios sobre la comunicación masiva tienen un soporte académico más débil. Mientras que en Estados Unidos la disciplina ha llegado a ser una parte viable de la universidad, autónoma, con sus propios departamentos, organización científica y programas doctorales, no ha ocurrido lo mismo en

> Europa. En los países del viejo continente, con la posible excepción de España, los departamentos de comunicación masiva normalmente están ocupados por miembros de otras facultades, departamentos de sociología o lingüística o ciencia política. El extremo en este sentido lo representa Italia: sólo hasta 1992 fueron establecidos cursos para obtener un grado en ciencias de la comunicación, y eso bajo una fuerte influencia de los departamentos de lingüística o letras. Exceptuando el Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Bologna, no existen departamentos de comunicación ni hay organizaciones científicas para los especialistas en comunicación masiva, que forman parte, principalmente, del campo académico de la sociología (Mancini, 1993:105).

En otra escala, y con matices muy diversos, la institucionalización del estudio de la comunicación en América Latina, y en México en particular, guarda algunas semejanzas y muchas diferencias con respecto a Estados Unidos y Europa, aunque la inconsistencia se comparte, y en algún sentido la "pugna" por la historia también. Probablemente, como sugiere Celeste M. Condit,

> El problema contemporáneo para los estudios de comunicación no es primordialmente la cuestión de cambiar o generar una justificación epistemológica. (...) Lo que obstaculiza más bien el desarrollo académico de la comunicación proviene de las prácticas políticas, institucionales y pragmáticas de la 'producción de conocimiento' en la Academia occidental del siglo XX. (...) El conocimiento se ve o como una cadena de *bits* de información o como el poder técnico para modificar el entorno (...). Estos standards académicos pueden basarse conceptualmente en una epistemología del siglo XVII, pero fueron reificados en la formación política del siglo XVIII que se mantiene hasta hoy (Condit, 1989:154).

Aunque la "comprobación" o "refutación" de una hipótesis como esa está totalmente fuera de los alcances de este estudio, sin duda es indispensable reconocer cómo la crisis estructural de los sistemas universitarios, especialmente de los países "dependientes" o "periféricos", es un factor determinante de la desarticulación múltiple del campo académico de la comunicación.

En América Latina, los estudios de comunicación tienen antecedentes en el siglo XIX, cuando por una parte algunos periodistas comenzaron a reflexionar políticamente sobre su propia práctica y por otra se realizaron "estudios eruditos" (Boils y Murga, 1979) sobre ciertos aspectos comunicativos de la sociedad y de la cultura dominante en la época (Trejo, 1988; Fuentes, 1992). No obstante, las primeras investigaciones reconocidas como "científicas" sobre la más notable estructura de comunicación social

existente entonces, el periodismo impreso, fueron efectuadas por norteamericanos en los años treinta y cuarenta[17]. Desde entonces, tanto los modelos para el establecimiento de los sistemas de comunicación social como los modelos para su estudio en Latinoamérica han tomado como referencia predominante los patrones desarrollados por sus originadores en los Estados Unidos (aunque los modelos de estudio han provenido también de Europa, especialmente de Francia, desde antes que los norteamericanos).

En los años cincuenta, las agencias de noticias y los periódicos, el cine, la radio, la televisión, las historietas, los discos, libros y demás instituciones y productos comunicativos norteamericanos, se comenzaron a expandir inconteniblemente por el mundo, abriendo constantemente nuevos mercados como símbolos del desarrollo al estilo y a la medida estadounidenses, e interactuando con los procesos de "modernización" impulsados por muchos regímenes latinoamericanos (Sánchez Ruiz, 1986). Tanto en México como en los demás países del subcontinente, la adopción del modelo comercial estadounidense en los sistemas de medios masivos, consecuente con los patrones de dependencia impuestos por la potencia imperial (Fernández Christlieb, 1982; Arredondo y Sánchez Ruiz, 1986; Mejía Barquera, 1989), no se limitó a la dimensión institucional, sino que incluyó los modelos consecuentes para la regulación, la investigación, la formación profesional, la inserción en las redes multinacionales y también para la comprensión teórica de todos estos fenómenos. Si bien esta adopción no fue mecánica ni total en ningún país, sí fue predominante, sobre todo hasta los años setenta (Beltrán, 1974).

De esta manera puede explicarse la inclusión del estudio de la comunicación social en las universidades, originalmente enfocado exclusivamente hacia el periodismo, como un apoyo a la profesionalización de esta actividad, considerada como "ingrediente indispensable de la democracia". Al igual que en Estados Unidos, las escuelas de periodismo se crearon totalmente

[17] Estas investigaciones, señala Rita Atwood (1980), casi sin excepción "condenan la falta de profesionalismo periodístico, la ausencia de libertad de prensa y la ignorancia de la necesidad de ganancias comerciales en los periódicos latinoamericanos", aplicándoles los criterios propios de la prensa de Estados Unidos. El etnocentrismo impuesto, o adoptado por los propios latinoamericanos, es un rasgo muy marcado y generalizado de dependencia intelectual en la ciencia social latinoamericana, contra la cual se han contrapuesto muchos esfuerzos críticos (Graciarena, 1979; Sonntag, 1988; en el caso de la comunicación, Beltrán, 1985).

al margen de las actividades de investigación[18]. Al adoptarse este modelo en Latinoamérica, se introdujo el problema de perseguir habilitaciones profesionales básicamente técnicas, aunque a diferencia de los Estados Unidos, sin ninguna tradición académica como antecedente, en escuelas casi exclusivamente profesionalizantes (De Lima, 1983:92) y dentro del contexto de creciente politización y "des-elitización" de las universidades latinoamericanas iniciado por el movimiento reformista de Córdoba en 1918 (Brunner, 1990).

Desde su origen, entonces, ubicado en 1935 en La Plata, Argentina, la formación universitaria de comunicadores dependió de las necesidades de los medios masivos, que iniciaban su "despegue" industrial, y se planteó desarticulada del trabajo teórico y la investigación científica. Entre 1935 y 1950 se fundaron doce escuelas de periodismo en países latinoamericanos, todas ellas inspiradas en el modelo norteamericano, aunque también en 1935 se abrió en Rio de Janeiro, Brasil, una cátedra cuyo "propósito era más bien estudiar el periodismo como un fenómeno social y literario, de acuerdo con la tradición europea, que formar periodistas" (Nixon, 1974:199). Así, el modelo profesionalizante predominó desde el principio sobre el humanístico. No obstante, con graves contradicciones intrínsecas, ya que, en general, la importación de modelos norteamericanos para la industria y para la profesión siguió una lógica de inserción en las sociedades latinoamericanas, mientras que la importación de modelos pedagógicos, conceptuales y metodológicos, otra diferente, aunque ambas fomentaron fuertemente la dependencia de las prácticas académicas. Esta contradicción se manifestaría más claramente en los años sesenta, cuando la radio y la televisión adquirieron una relevancia social tal, que los estudios de periodismo debieron enfocar su atención prioritaria hacia ellos.

El Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo (luego, de Comunicación) para América Latina (CIESPAL), fundado en Quito en 1959[19], fue durante las décadas de

[18] Las escuelas de periodismo aparecieron en Estados Unidos en la primera década del siglo, como resultado de la presión ejercida por los propios periodistas y las empresas en que trabajaban y como un medio para la legitimación social de la profesión y de la misma prensa, que estaba en proceso de transformación de empresa artesanal a industria comercial (Nixon, 1974; De Lima, 1983).

[19] CIESPAL fue uno de los cuatro centros regionales auspiciados por la UNESCO (en este caso junto con la OEA y el gobierno de Ecuador) alrededor del mundo para "ayudar a proveer un personal mejor especializado para los medios de comunicación en los países en desarrollo", aunque una interpretación crítica de su

los sesenta y setenta el núcleo integrador más importante para la enseñanza del periodismo en América Latina, sirviendo primero como difusor del modelo estadounidense (aunque también de algunos aportes europeos) y capacitador de profesores, y después como impulsor de la transformación de las escuelas de periodismo en escuelas de comunicación, mediante un cambio teórico y curricular que, siguiendo a Wilbur Schramm, incluyó a la investigación de los medios de difusión entre sus propósitos prioritarios[20]. En 1974, quizá en el clímax de su influencia, CIESPAL definió en un seminario latinoamericano "cinco niveles de formación profesional" en comunicación[21].

---

misión en el contexto de la guerra fría hace ver que "dos preocupaciones básicas y abiertamente políticas caracterizaron la orientación teórica del organismo: la tecnificación y la despolitización en la enseñanza de las humanidades y de las ciencias sociales, conforme a la directriz de 'modernización' de los sistemas educativos del continente, que Estados Unidos hizo aprobar en la Conferencia de Punta del Este, en 1961, bajo el impacto de la pérdida de control sobre la revolución cubana (...) y, al mismo tiempo, el propósito de poner en su esfera de influencia a las poblaciones que no eran alcanzadas por los medios de difusión tradicionales" (Vianna Meditsch, 1991:13).

[20] En un seminario especial realizado en 1963 con directivos de escuelas de periodismo de toda América Latina, CIESPAL aportó el primer modelo curricular de alcance continental, al recomendar que "una escuela debería tener nivel universitario; el programa académico debe tener un mínimo de cuatro años; el programa de estudios debería incluir cursos 'humanísticos' y técnico-profesionales; una escuela debería tratar de convertirse en 'facultad autónoma' dentro de la universidad; y, al extender sus ramas, las escuelas deberían convertirse en escuelas de 'ciencias de la información' (o de la comunicación)" (CIESPAL, 1963). En realidad podría decirse que se trataba más de una propuesta de institucionalización que de curriculum.

[21] "1) *Científicos sociales*, con capacidad de investigar y hacer propuestas fundamentales en el desarrollo de la teoría y el método, y aún para la concepción epistemológica de la comunicación y su interacción con otros sectores de las ciencias sociales y el conocimiento en general; 2) *Estrategas y planificadores*, que puedan diseñar planes, programas y proyectos, y ejecutarlos, para que diversos sectores usen la comunicación en forma sistemática y racionalizada, vinculándola, cuando sea necesario, a proyectos específicos de desarrollo integral y cambio social; 3) *Operadores de los medios*, en el sentido de los profesionales que pueden comandar centros de producción de cine, de televisión o de prensa, entendiendo tal trabajo en su concepción completa y global; 4) *Productores de contenido*, es decir, aquellos profesionales que tienen a su cargo la codificación de los mensajes en lenguajes escritos, en imágenes o sonidos, caso típico de los periodistas, guionistas, libretistas, caricaturistas, etc.; 5) *Técnicos*, que comprenden a quienes utilizan habilidades diversas, como las ilustraciones, la ilustración sonora, el laboratorio o las partes físicas de la producción. Algunos de estos niveles de formación profesional deben ubicarse en la universidad y otros no (...). Cada universidad tiene que definir, mediante la investigación, las características que deben poseer los profesionales de la comunicación. No hacerlo significa formar

La influencia de CIESPAL fue ampliamente difundida en toda América Latina, pues permitió "legitimar científicamente" unos estudios que, en el contexto de los programas universitarios de ciencias sociales cada vez más radicalmente "críticos" ante la injusticia social, la experiencia de la revolución cubana y la emergencia de las dictaduras militares, prometían atractivos espacios de desarrollo profesional a un número creciente de estudiantes. Probablemente fue México el país latinoamericano que adoptó la influencia de CIESPAL menos "directamente"[22], pero "al concluir 1964, ya habían tomado los cursos de CIESPAL más de 200 docentes y directores de escuelas latinoamericanas. Los resultados no tardaron en hacerse presentes. Así, para 1970, un tercio de las carreras del continente cambiaba su denominación de 'Periodismo' por la de 'Comunicación' o equivalentes. Diez años después, el porcentaje alcanzaba 85% (...). Curiosamente, la unificación auspiciada por los norteamericanos no tuvo paralelo ni siquiera en su propio país" (Vianna Meditsch, 1991:14).

El desarrollo de los medios de difusión masiva en América Latina también, en algunos aspectos (como el de la concentración monopólica u oligopólica o la inversión publicitaria), superó al modelo norteamericano a partir del cual fueron establecidos. Las sociedades latinoamericanas están estructuradas de una manera muy distinta a la norteamericana, y la adopción de "patrones de desarrollo" ha producido en ella efectos diversos. En el campo de la investigación de la comunicación, la especificidad latinoamericana puede deberse, como concluye Carlos Gómez-Palacio (1989), a la conjunción de cuatro factores principales:

> Primero, a la influencia económica, política, tecnológica e intelectual de Estados Unidos; segundo, al desarrollo de los medios masivos de comunicación, especialmente de los electrónicos, en la región; tercero, a la combinación de factores científicos y académicos, como el desarrollo de las ciencias sociales en el mundo por una parte, y la fundación de escuelas de periodismo y de comunicación y de centros de investigación en América Latina por otra; y cuarto, por el surgimiento en los años sesenta de líderes intelectuales latinoamericanos, que desarrollaron teorías innovadoras para explicar por qué los

generaciones de profesionales frustrados que no tienen cabida en el mercado ocupacional y que no pueden ser útiles a la sociedad, a la que se supone pretendió servir la misma universidad" (CIESPAL, 1974).

[22] En México se dieron otras influencias, más "directas", como la fundación de la carrera de "Ciencias de la Comunicación" de la Universidad Iberoamericana en 1960 y el establecimiento, desde la primera mitad de los setenta, de toda una "escuela crítica" formada por exiliados sudamericanos.

> modelos tradicionales de desarrollo económico no funcionaban en América Latina (teoría de la dependencia) y que sugirieron que los modelos de comunicación que estaban operando en algunos países desarrollados no eran aplicables en el contexto social y cultural latinoamericano. Los factores más influyentes se originaron fuera de América Latina. Sin embargo, según informantes latinoamericanos, también hubo algunos factores influyentes que emergieron dentro de la región como reacción a los externos. Esto sugiere que la investigación de la comunicación en América Latina ha sido un área de estudio compuesta por grupos que están en conflicto entre sí (Gómez-Palacio, 1989:162).

En síntesis, puede asumirse que, históricamente, la enseñanza y la investigación de la comunicación que se pueden llamar propiamente "latinoamericanas", han estado sustentadas en instituciones creadas precisamente para eso: CIESPAL durante décadas, ALAIC (Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación) y FELAFACS (Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación) más tarde; han estado apoyadas en revistas como *Comunicación y Cultura, Chasqui* y *Diálogos de la Comunicación*; y han estado orientadas por autores singulares, de amplio reconocimiento y liderazgo como Luis Ramiro Beltrán, Antonio Pasquali, Armand Mattelart, Jesús Martín-Barbero y José Marques de Melo, entre otros (Fuentes, 1992; 1999). Estas instituciones, estas revistas y estas personas, en su trabajo a lo largo de varias décadas, han articulado la reflexión con la acción, la atención a procesos nacionales con la construcción de vínculos continentales y la formulación de propuestas críticas de amplia cobertura, que han sido reconocidas y adoptadas como desafíos comunes por comunidades académicas tan dispares como las que se han desarrollado en el último medio siglo en el campo de la comunicación en América Latina.

La historia analítica y detallada de los procesos de institucionalización de los estudios de comunicación en América Latina está en proceso de realización, aunque los recursos dedicados a ella son notablemente precarios. No obstante, podrían enriquecerse en cuanto debate intelectual y como acción social concertada, situándose en una perspectiva internacional, como la propuesta en 1995 por la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales (presidida por Immanuel Wallerstein), que señaló en su informe final que los tres "problemas teórico-metodológicos centrales en torno a los cuales es necesario construir nuevos consensos [h]eurísticos a fin de permitir avances fructíferos en el conocimiento" son la *relación* entre el investigador

y la investigación, la reinserción del *tiempo y el espacio* como variables constitutivas internas en el análisis, y la superación de las separaciones artificiales entre lo político, lo económico y lo sociocultural (Wallerstein, coord., 1996:81-83). Wallerstein formula la relación entre el investigador y la investigación en función de un "reencantamiento del mundo" que reconozca la imposibilidad de la "neutralidad" del científico:

> Ningún científico puede ser separado de su contexto físico y social. Toda medición modifica la realidad en el intento de registrarla. Toda conceptualización se basa en compromisos filosóficos. Con el tiempo, la creencia generalizada en una neutralidad ficticia ha pasado a ser un obstáculo importante al aumento del valor de verdad de nuestros descubrimientos, y si eso plantea un gran problema a los científicos naturales, representa un problema aún mayor a los científicos sociales. Traducir el reencantamiento del mundo en una práctica de trabajo razonable no será fácil, pero para los científicos sociales parece ser una tarea urgente (Wallerstein, coord., 1996:82).

Esta propuesta supone la intervención sobre la estructura institucional de las disciplinas académicas, el "espacio" social donde se construye el conocimiento, y tiene por lo tanto una gran relevancia para el debate sobre el carácter disciplinario de los estudios sobre la comunicación, con mayor certeza, aunque inseparable en su comprensión, de la herencia de la "revolución kuhniana" en el siglo XXI.

Capítulo II

Los fundamentos del estudio de la comunicación desde una mirada epistemológica al pasado: problemas, paradojas y rutas posibles

> *[…] es muy difícil insertar en el pensamiento de estudiantes y de investigadores la concepción de que el pensamiento debe ser construido, perfeccionado, criticado, reformulado en cada investigación. Es mucho más simple juntar cuestiones elaboradas por autores de prestigio y de moda y redactar un marco teórico agradable.*
>
> **-Alberto Efendi Maldonado (1999:109)**

En un sentido general, hablar de los fundamentos del estudio de la comunicación implica rastrear en su historia las bases organizativas del pensamiento comunicacional, las fuentes históricas y científicas que se encuentran en la base de su práctica académica y, sobre todo, aquello que podemos percibir como herencia contemporánea en la construcción científica sobre la comunicación en la actualidad. De esta manera, ante toda narrativa reconstructiva hay que tomar una posición particular frente a lo que es imprescindible incluir en la reconstrucción y aquello de lo cual se puede prescindir bajo criterios analíticos específicos, lo que supone una primera tarea que implica la clarificación de los distintos niveles de abstracción identificables en todo proceso de construcción de conocimiento. Así, en un trabajo que propusiera más de una década atrás, Klaus Bruhn Jensen (1995) llamaba la atención sobre la necesidad de diferenciar el discurso de todos los días, el discurso analítico, el metodológico, el teórico y el epistemológico, sobre todo porque cada uno de ellos se centra en un objeto de conocimiento distinto[23]. Este es un punto clave a

[23] En un trabajo posterior basado en la propuesta de Denis McQuail sobre el entendimiento de la teoría como un plan de acción del campo de los medios, Jensen (2002c) plantea cuatro formas de construcción de teorías: la teoría científica, a la que se le entiende comúnmente como conformada por proposiciones generales sobre la naturaleza, la teoría normativa, entendida como el conjunto de teorías que representan un área separada de investigación dentro de las formas y criterios de la organización y financiamiento de la comunicación mediada; la teoría operacional en la que los profesionales de los medios poseen un repertorio de procedimientos que adicionan a la teoría normativa, desde reglas

reconocer, dado que lo que aquí presentamos es un recorrido que va de la teoría a la epistemología por lo que no pone atención en los objetos particulares sobre los que versan cada unas de las perspectivas teóricas de manera particular.

En este sentido, es necesario argumentar que todo proceso de abstracción o de reconstrucción histórica se encuentra vinculado a un problema, un objeto de observación o un objeto de conocimiento del cual derivan: a) un primer nivel de abstracción, b) un nivel teórico y, c) un nivel epistemológico. En el primer caso hablamos de una primera forma de nombrar las cosas, sin embargo, hay que reconocer que "mucho de lo que se desea nombrar ya está localizado en un campo semántico que le da sentido, se trata de averiguar esos campos semánticos y definir los huecos de información existentes, las relaciones no establecidas, las partes no nombradas, los antecedentes y los consecuentes no explicitados, los marcos de contextualización no presentes" (Galindo, 2009:152). Por lo tanto, esos campos semánticos que le dan sentido a la primera forma de nombrar las cosas son precisamente los marcos teóricos, los cuales suponen ya una separación con respecto al objeto de conocimiento que los han detonado en un primer momento, dado que son los que operan el cambio de los fenómenos a los objetos de investigación. Finalmente, el nivel epistemológico no observa a los fenómenos, sino que observa las formas en las que se han sintetizado los campos semánticos que le dan sentido, es decir, observa a las teorías, por lo que su distancia con los objetos que lo han motivado es ya considerable (Vidales, 2011a).

Esta breve descripción de los niveles analíticos es sumamente importante para poder ubicar las siguientes líneas, dado que nos posicionaremos en un nivel epistemológico para observar la construcción teórica y no pondremos atención en los objetos, fenómenos o casos particulares que cada teoría observa. Aquí lo que interesa es reconocer la construcción lógica detrás de toda consideración ontológica y epistemológica que sobre la comunicación se ha formulado desde comienzos del siglo XX hasta la actualidad, tomando como principio argumentativo el origen de

prácticas hasta las formas éticas e ideológicas implícitas de acuerdo al propósito y estatus de su propio trabajo; y la teoría de todos los días, es decir, la interacción del público con los medios en forma de consumidores, ciudadanos y, ocasionalmente, como fuentes de información es guiada por nociones de sentido común de los que los medios son, la forma en la que operan y bajo qué intereses. De acuerdo con esta división, las únicas teorías pertinentes a desarrollar en esta sección son las que corresponden al primer tipo.

lo que puede ser llamado con propiedad Teoría de la Comunicación (Martín Serrano, 1990; Peters, 1999) y no todas aquellas posiciones que pueden ser leídas comunicativamente. Este movimiento es una forma de hacerle eco a la propuesta que Robert T. Craig formulara en 1999, es decir, la de entender a las teorías de la comunicación como un campo. Hablamos entonces de una metacomunicación. Por lo tanto, el recorrido que planteamos en este segundo apartado pone de relieve las propuestas que emergen como formulaciones argumentativas sobre la comunicación y que sintetizan de alguna manera su dimensión ontológica y epistemológica.

No se trata entonces de buscar las definiciones que sobre la comunicación se han propuesto, sino de observar qué es lo que se ha dicho sobre la comunicación y qué es lo que cada propuesta observa, dado que la noción misma de comunicación, como ya lo ha mostrado John Durham Peters (1999), ha variado históricamente tanto en su consideración como objeto (comunicación) como en su estudio (metalenguaje). En síntesis, buscamos poner en perspectiva un metanivel de análisis que nos permita bosquejar un primer mapa sobre la construcción teórica en los estudios de la comunicación poniendo al centro del análisis las construcciones epistemológicas y no tanto los objetos particulares de observación de cada teoría.

2.1 El origen matemático y cibernético de la comunicación: la información, los sistemas y la carencia de una teoría de la significación

De acuerdo con lo expuesto en líneas anteriores, la emergencia de lo que formalmente podemos nombrar como "teoría" de la comunicación tiene como contexto sociohistórico la Primera y Segunda Guerras Mundiales y como fundamento epistemológico la Teoría Matemática de la Comunicación de Claude Shannon y la Cibernética de Norbert Wiener (Martín Serrano, 1990; Peters, 1999). De acuerdo con Peters (1999), es en este contexto de las guerras en el que la comunicación –un concepto que lo mismo estaba en filosofía, en ciencias físicas, sociales y hasta en la literatura– comienza a tomar forma a través de fenómenos como la industrialización, la urbanización, el desarrollo racional de la sociedad, la investigación psicológica y los modernos instrumentos de comunicación, es decir, eventos y fenómenos que proveyeron condiciones sin precedentes para la generación de un consenso a través de la población dispersa. La experiencia de la Primera

Guerra Mundial había mostrado que los símbolos no son sólo figuras que cumplen con un rol estético sino que son el principal motor de los movimientos sociales; así, el poder de los *mass-media* radicaba principalmente en el hecho y la posibilidad de la transmisión de éstos, lo que llevó a científicos sociales como Walter Lippman o a líderes intelectuales como George Lukács a concebir a la comunicación como una herramienta eficaz para reunir a una población dispersa (ya sea para bien o para mal).

La visión de la unión o separación tenía dos ejes centrales, lo político y lo mediático. En la estructuración y organización de lo social, lo político era un elemento de cohesión, sin embargo, ya se podía percibir la fuerte presencia de los medios masivos de comunicación en los procesos de mediación, es decir, eran actores de un mundo que se reconfiguraba; así, bien podían servir para unir lo disperso o para dividir lo unido, para plantear un nuevo orden político o para quebrantar uno vigente. Por otro lado, una segunda posición de la mano de Charles Kay Ogden e Ivor Armstrong Richards, pugnaba más por una reformulación del lenguaje que se había convertido en una fuente de confusión conceptual. Muchas palabras con múltiples significados y una población poco educada para su uso convertían al lenguaje en un problema que habría de resolverse a partir de las condiciones, los peligros y las dificultades de la comunicación; así, se estaría entendiendo a ésta en su acepción más general: *educación*. Esta visión pretendía resolver problemas generales y particulares, aquellos que se mueven a nivel social (macro) y a nivel personal (micro), pero es este segundo nivel el que presenta peculiaridades interesantes. El principal problema con las palabras parece moverse al nivel de los significados, es decir, en la imposibilidad de su mutua correspondencia entre aquel que habla y aquel que escucha; en este sentido, la polisemia de un símbolo (palabra) desaparece con su *definición,* con su explicitación contextual, lo que fue precisamente la propuesta de Ogden y Richards, una reducción de las palabras a un número limitado, pero sobre todo, definido.

De acuerdo con Peters (1999), todas estas visiones muestran un hilo conductor, una preocupación conjunta que se puede expresar como la búsqueda de una comunicación perfecta, ya sea por telepatía, por conexiones semánticas idénticas o por cualquier medio que no dejara lugar a la duda, a la sospecha. Sin embargo, también en los años veinte dentro de este espacio pre-científico-comunicativo aparecen visiones como las de Martin Heidegger y

John Dewey. Para el primero, la noción de comunicación no tenía relación con la semántica (intercambio de significados), con la pragmática (acciones coordinadas) o con las visiones mentalistas (solipsismo/telepatía), sino con la apertura al mundo, es decir, para él, la comunicación nunca es otra cosa que la transportación de experiencias, como las opiniones y los deseos, desde el interior de un sujeto hacia el interior de otro, ser con otros es fundamental para nuestra existencia, es decir, ser humano es ser lingüístico y social. Por su parte, la concepción de la comunicación para John Dewey, desde una visión pragmatista, aparece en la experiencia del mundo a través de una visión compartida de signos y prácticas, por lo que no puede ser reducida a la referencia de objetos con existencia física en sí mismos, es decir, al igual que Heidegger, vio al lenguaje como la condición previa para el pensamiento, por lo tanto, desde este punto de vista, la comunicación quiere decir en realidad el tomar parte en un mundo colectivo mas no el compartir los secretos de la conciencia (Dewey, 1991).

Lo que se ha descrito hasta este momento son los años veinte, años en los que existía una falta de rigor en la diferenciación entre comunicación cara a cara y la comunicación de masas, y no es sino hasta los años treinta que esta diferencia se comienza a desarrollar a través de la tradición empírica de la investigación social del contenido, las audiencias, los efectos de los nuevos medios de comunicación masiva como la radio y las investigaciones de Paul Lazarsfeld. Sin embargo, es hasta finales de los años cuarenta con la aparición de la Teoría Matemática de la Comunicación de Claude Shannon que el espacio conceptual se reorganiza. De acuerdo con Martín Serrano (1990), lo que faltaba hasta este punto era un hilo conductor que lograra integrar las muchas propuestas existentes sobre la comunicación, es decir, existía la necesidad de un saber unificado de los fenómenos físicos, cognitivos, biológicos, tecnológicos, sociológicos y psicológicos; propuesta que más tarde sería el primer antecedente de una integración conceptual de estos campos y que pondría a la información como un concepto de frontera capaz de atravesar los campos disciplinares particulares. Este nuevo saber no implicaba una suma de elementos ni la integración de saberes precedentes, sino que planteaba un nuevo punto de vista cuya naturaleza era la siguiente: "organismos y organizaciones tan diversas tenían en común que se transformaban y transformaban su entorno sin perder la organización que les diferenciaba de otros. Aquello que en cada uno de ellos aseguraba la permanencia, en el cambio, era

precisamente la información. Los desarrollos de este paradigma serían las ciencias de la comunicación" (Martín Serrano, 1990:66).

La formulación de la Teoría Matemática de la Comunicación, el primer antecedente de una propuesta integrativa y fundacional del estudio de la comunicación, definía a la información como una propiedad estadística de un mensaje pero era muy explícita en argumentar que su dimensión significativa era *irrelevante* para la propia teoría. En palabras de Claude E. Shannon:

> El problema fundamental de la comunicación es la reproducción en un punto ya sea exacta o aproximadamente de un mensaje seleccionado en otro punto. Frecuentemente el mensaje tiene un *significado*; es decir, se refiere a o está correlacionado de acuerdo con algún sistema de determinadas entidades físicas o conceptuales. Estos aspectos semánticos de la comunicación son irrelevantes para el problema en ingeniería. El aspecto significativo es que el mensaje actual es una forma seleccionada de un conjunto de posibles mensajes. El sistema debe ser designado para operar para cada posible selección y no sólo para aquella que será elegida dado que esto es desconocido en el momento del diseño (Shannon, 1948:379).

Como se puede apreciar, en la teoría matemática la parte "significativa" de la comunicación es un tema irrelevante, por lo que puede considerarse como una primera dificultad del legado conceptual de la propia teoría, sin embargo, la teoría matemática ponía al centro a la información, un elemento cuya construcción conceptual es muy precisa. En la Teoría Matemática de la Comunicación, la información es vista como una selección entre señales posibles, es decir, una señal contiene información en la medida en que excluye la posible aparición de otro tipo de señales que pudieron haber aparecido en lugar de ella misma. La cuantificación de la información depende del número de alternativas excluidas y de la probabilidad de que una señal pueda llegar a ocurrir, de esta manera, el valor informacional de una señal es calculado como la probabilidad de que esa misma señal pueda aparecer en un mensaje. De acuerdo con esto, el punto fundamental de la transformación que generó en el mundo académico la aparición de la información como concepto constructor, implicó repensar las tesis que hasta ese momento se habían mostrado, y desde entonces la comunicación fue sintetizada bajo la fórmula del emisor, el mensaje y el receptor mientras que el proceso fue sintetizado en términos de *intercambio de información*. Sin embargo, en este punto es importante señalar que la teoría de Shannon está formulada en una serie de axiomas

matemáticos, los cuales se encuentran descritos en la introducción de su trabajo pero que provienen enteramente del campo de la ingeniería, lo cual producirá una primera ruptura epistemológica de alcances considerables.

Un año después de la publicación de la Teoría Matemática de la Comunicación, originalmente publicada en *The Bell System Technical Journal* de 1948, la Universidad de Illinois publicaría nuevamente el trabajo de Shannon pero con una introducción de Warren Weaver, la cual sentaría las bases formales de la consideración de la teoría matemática como una teoría que podía "simular" el proceso de comunicación humana y que generaría a su vez algunas de las confusiones más serias a nivel epistemológico que se pasaron por alto con respecto a la propia naturaleza de una formulación matemática. Por ejemplo, según L. David Ritchie (1991), el hecho de que Warren Weaver confundiera la incertidumbre estadística con la incertidumbre cognitiva, lo general con lo particular, la variedad estadística de un código con la variedad estadística de un mensaje después de que éste ha sido transmitido; lo llevó a concluir que donde hay ruido la señal recibida exhibe una gran cantidad de información y, por otro lado, a afirmar que ésta es una situación que ilustra la trampa semántica dentro de la que uno puede caer si no recuerda que la "información" es usada aquí con un significado especial que mide la libertad de escoger y, por lo tanto, la incertidumbre tiene relación con la elección que se ha hecho. Por otro lado, Ritchie también llama la atención sobre la paradoja de la información y el significado. El argumento es que la mala interpretación que realiza Weaver del teorema de Shannon sobre la relación entre el ruido y la información –lo que resulta directamente de confundir los dos sentidos de la palabra incertidumbre, así como de su asalto de lo general a lo particular– lo llevan a sostener que la información y el significado probablemente prueben ser un par de conjunción canónica que condena a una persona al sacrificio de uno en la medida en que se insiste tener más del otro. Es decir, lo ha llevado a la "repetida pero errónea concepción de que la información en la teoría de la información debe de ser entendida no solamente en términos de un rango restringido del significado de todos los días que le asignamos a la palabra, sino como una contradicción actual u opuesta a la forma en que la palabra es usada en discusiones sobre la comunicación humana" (Ritchie, 1991:55). Así,

> [...] una vez que las bases teóricas de la ingeniería electrónica se fueron posicionando entre las ciencias, lo mismo lo iban haciendo algunos de sus conceptos fundamentales, los cuales habían

> tomado prestado el nombre de conceptos propios de las ciencias sociales, como son, por ejemplo, los conceptos de información y comunicación, ambos basados en la idea de que "la transmisión de señales es comunicación". Lo mismo sucedió con otros conceptos como "ruido", "incertidumbre", "retroalimentación" (feedback) o "redundancia". Para L. David Ritchie (1991), la idea de "máquina" ha sido una metáfora popular para explicar al ser humano, así como lo sería después la metáfora de la transmisión mecánica de señales para la comunicación humana. De esta forma, la inversión de la metáfora de "la transmisión de señales es comunicación" hacia "la comunicación como la transmisión de señales" fue un movimiento casi normal y, más aún, las semejanzas entre la electrónica y la comunicación humana condujeron finalmente a una doble metáfora en la que algunos conceptos como los ya apuntados fueron aplicados como metáforas para el estudio de lo humano de donde fueron tomados originalmente, pero con definiciones y bases provenientes del ámbito propiamente técnico. El resultado es el uso de conceptos cuyo centro ontológico se encuentra determinado tanto por definiciones de origen social/biológico como técnico/electrónico (Vidales, 2011a:218).

Sin embargo, más allá de los problemas semánticos y epistemológicos que generó la yuxtaposición de conceptos devenidos de la ingeniería y anclados en las ciencias sociales, la emergencia de la Teoría Matemática de la Comunicación no sólo posicionó a la información como un concepto central, sino, más importante aún, colocó en el mapa científico a la comunicación, dado que la "comunicación fue un concepto capaz de unificar las ciencias naturales (el DNA como el gran código), las artes liberales (el lenguaje como comunicación) y las ciencias sociales (la comunicación como el proceso social básico)" (Peters, 1999:26). Por lo tanto, el concepto había nacido y con ello un campo de estudio y su propio proceso de institucionalización del cual ya se ha dado cuenta en la primera sección de este libro.

Por otro lado, paralelamente al desarrollo de la Teoría Matemática de la Comunicación, Norbert Wiener proponía en 1948 la Cibernética, un segundo antecedente inmediato de la reflexión sobre la comunicación pero que implicaría algo diferente, pues según lo comentará años después William Ross Ashby (1957), la Cibernética es una teoría de las máquinas pero no se encarga de estudiar cosas, "sino formas de comportamiento", por lo que no se pregunta por lo que las cosas son sino por lo que las cosas hacen. De esta manera, en su propuesta fundacional, Wiener (1954) argumenta que a lo que a la cibernética le va a interesar son las

relaciones que los fenómenos mantienen entre ellos, más que lo que "contendrían", por lo tanto, la cibernética no verá a las relaciones entre los elementos que integran un fenómeno como un elemento más del mismo, sino que las verá como constitutivas de su modo de existencia, es decir, argumentará que es precisamente este movimiento de intercambio de información que se sucede en un fenómeno determinado lo que en realidad lo constituye integralmente, ya sea como un fenómeno natural o artificial. En este sentido, la cibernética combina bajo un mismo nombre el estudio de lo que en un contexto humano es descrito vagamente como pensamiento y que en ingeniería se conoce como control y comunicación (Wiener, 1954).

En su primera formulación, Wiener (1954) argumentaba que la cibernética lo que intentaría es hallar los elementos comunes al funcionamiento de las máquinas automáticas y el sistema nervioso del hombre para desarrollar una teoría capaz de abarcar todo el campo del control y de la comunicación en las máquinas y en los organismos vivientes, pues desde su punto de vista, cuando le damos una orden a una máquina, la situación no es esencialmente diferente de aquella en la que le damos una orden a una persona, dado que se puede ser consciente de la orden que ha sido emitida y de la señal de conformidad que ha regresado, de esta forma, el hecho de que la señal en sus etapas intermedias haya ido a través de una máquina en vez de una persona es irrelevante y en ninguna forma altera nuestra relación con la señal. Por lo tanto, para Wiener (1954), la teoría del control en ingeniería, ya sea humano, de las máquinas o de los animales, es un capítulo en la teoría de los mensajes, de esta manera, el proceso de recibir y usar información es el proceso de nuestro ajuste sobre las contingencias del entorno exterior y de nuestra posibilidad de vivir efectivamente con dicho entorno. Sin embargo, al igual que la Teoría Matemática de la Comunicación, la Cibernética no contemplaba dentro de sí una teoría de la significación, por lo tanto, ¿cómo es que ambas teorías se posicionan en el centro de la teoría de la comunicación sin una teoría intrínseca de la significación? Aquí un primer problema.

Los modelos comunicativos derivados de la propuesta matemática de Shannon (Rodrigo Alsina, 1989) explican procesos comunicativos y la comunicación es entendida entonces como el resultado de la acción de los elementos y conceptos que los modelos describen. La comunicación es entonces la puesta en marcha de un proceso que involucra ciertos elementos, los cuales se sintetizarían

bajo la fórmula del emisor, el mensaje y el receptor, conceptos que establecen ciertas relaciones pero que no implican necesariamente un punto de vista sobre la comunicación misma, sino sobre su acción. Por lo tanto, las proposiciones que se pueden hacer sobre la comunicación implican la puesta en marcha de un determinado proceso, pero no pueden generar un punto de vista sobre sí mismos, es decir, pueden describir la forma en que, por ejemplo, un intercambio informático se lleva a cabo, pero difícilmente pueden decirnos algo más sobre el entorno, sobre lo que los hace ser diferentes a otros procesos de la misma o diferente naturaleza o bien, poco es lo que pueden decir de sus consecuencias epistemológicas y ontológicas sobre lo que están nombrando o sobre el proceso mismo. En síntesis, las proposiciones devenidas de estos modelos nos pueden decir cualquier cantidad de cosas sobre los procesos comunicativos, pero casi nada sobre el mundo que los rodea o produce. Esto fue lo que provocó que en el campo académico de la comunicación se pudiera tomar como fundamento epistemológico perspectivas que ponían al centro a la información sin reconocer que nada podían decir sobre lo que esa información significaba.

A esto habría que agregar el desarrollo posterior del proyecto terapéutico devenido de esta nueva reconfiguración de la comunicación, ya sea desde el círculo cibernético del que participó Gregory Bateson o la propuesta de Carl Rogers. Sin embargo, la teoría de la información y su concepción de la comunicación como un agente de educación global y de terapia, fue acompañada por un sentimiento de peligro. Producto de la Segunda Guerra Mundial y de la visión de la comunicación como expandida a través de todo el aparato social, el miedo de la manipulación de las masas apareció en varios textos y autores, sobre todo en aquellos que apuntaban a la televisión como uno de los principales actores y detentores de este peligro, es decir, aparecía la posibilidad de que la comunicación tomara un camino equivocado. Es en este punto en donde las perspectivas interpretativas aparecen en la escena de la construcción conceptual en los estudios de la comunicación, pero también donde aparecen los problemas de pensar a la comunicación desde la comunicación y de comunicar sobre la comunicación o metacomunicar.

2.2 Las perspectivas críticas e interpretativas en los estudios de la comunicación y la emergencia de la cultura como objeto de investigación y enclave sociocultural

Si bien la Teoría Matemática de la Comunicación y la Cibernética tienen cierto reconocimiento en la historia de la teoría y epistemología de la comunicación, en realidad no son las más frecuentes ni en los procesos de construcción teórica ni en los estudios empíricos que se desarrollan dentro del campo a nivel internacional (Bryant y Miron, 2004; Anderson, 1996; Galindo, 2008). Por lo tanto es necesario preguntarse por qué si se reconocen ambos como fundamentos epistemológicos directos no funcionan como tales en la práctica de investigación. En este sentido, parte de la respuesta se encuentra en la historia misma que ya hemos recuperado con anterioridad desde donde es posible argumentar que si bien ambas perspectivas ponen en el mapa científico la palabra comunicación, son otras perspectivas las que ponen tanto el método como las aproximaciones teóricas y, particularmente, será el enfoque crítico y el interpretativo los que pondrán dos de las conceptualizaciones ontológicas más difundidas sobre la comunicación y que se convertirían rápidamente en las primeras formas generalizadas de entender a la comunicación y lo propiamente comunicativo, dado que a la metáfora de la transmisión ahora se le añadirá una concepción sobre la significación y el sentido. Pero la concepción sobre la información no desaparece, al contrario, permanece como principio organizativo, dado que paralelamente al desarrollo de la perspectiva informática y cibernética se estaba dando también un movimiento que venía de otras fuentes históricas y científicas vinculadas al pensamiento crítico de la Escuela de Frankfurt, a los Estudios Culturales Británicos y al propio contexto sociohistórico norteamericano, específicamente al pensamiento sociológico de la Escuela de Chicago, corrientes todas que ponían un fuerte énfasis en los procesos educativos y culturales de la comunicación. Es de estos contextos de donde emerge el componente interpretativo de la comunicación que inaugurará toda una agenda de investigación que las propuestas fundadas en la perspectiva matemática y cibernética por sí mismas no habrían logrado colocar.

De acuerdo con Hanno Hardt (1992), el encuentro del pensamiento norteamericano de la comunicación con los Estudios Culturales Británicos es un movimiento contemporáneo en la tradición intelectual de la recreación de las teorías sociales en la vertiente cultural, lo que se ha convertido en un vehículo para el

progreso de las ideas incluyendo algunas nociones reformistas sobre el campo que tienen sus rutas en el pragmatismo y en la sociología norteamericana de la Escuela de Chicago. En este sentido, el pensamiento crítico es fundamental en los estudios de la comunicación y en su propia historia, sin embargo, lo crítico se entiende en la línea de la literatura generada por la *Mass Communication Research* y fundamentada en el pragmatismo y en la concepción práctica de una ciencia social positiva, fuertemente influenciada por el marxismo. De esta manera se entiende la crítica social como un acercamiento científico para la solución de problemas sociales, por lo que toda teoría desde esta perspectiva tiene un fuerte componente relacionado con el mejoramiento de la sociedad[24].

De acuerdo con Hardt (1992), durante los años veinte y treinta la investigación de la comunicación cambió de la consideración de la comunicación en términos de relación –compartir–, hacia preguntas sobre el poder y el análisis del control y la manipulación social. En consecuencia, la idea de la comunicación como un proceso creativo e intelectual sobre los individuos y su contribución social y cultural a la sociedad fue reemplazada por la noción de audiencias, es decir, por la condición pasiva de las personas cuyo entendimiento de la participación fue reducido a las dinámicas mismas de la sociedad industrializada. Un segundo movimiento es la consideración de la comunicación como cultura y aprendizaje como lo planteara James Dewey, de ahí su vínculo con la educación y la formación profesional (Russil, 2008). En este contexto, la condición histórica de la producción académica estaba fuertemente influenciada por el pragmatismo, una vertiente de la filosofía norteamericana, lo que explica en parte la emergencia de la investigación de la comunicación como una práctica-científica motivada por la dinámica misma del mercado y fuertemente influenciada por el funcionalismo norteamericano en cuyas bases se encuentran elementos biológicos sumamente importantes como lo dejara claro el trabajo de Ludwig von Bertalanffy (2003). Esta concepción hace entendible la importancia de los trabajos de Paul Lazarsfeld, Robert Merton y Charles Wright vinculados en cierta medida a la comunicación y los medios, el gran

[24] Es importante resaltar que las fuentes no sólo tienen que ver con el pensamiento de lo social propiamente, sino también con las ideas políticas y sociales de los Estados Unidos que se mueven de los experimentos colonizadores (políticos y sociales) hacia la expansión urbana, la democratización y la expansión de su régimen democrático en todo el mundo.

objeto de reflexión académica en los estudios de la comunicación desde entonces.

En este contexto, la investigación de la comunicación servía para proveer conocimiento sobre el uso de los mensajes y los medios con propósitos de control y estabilidad de los sistemas económicos y políticos, es decir, los medios y los mensajes se ponen al centro de la agenda de investigación y será un primer antecedente de la necesidad de pasar de las teorías de corte informacional a las teorías interpretativas y de la cultura. Por lo tanto, un tercer frente teórico se encuentra vinculado con el interaccionismo simbólico basado en los trabajos de George H. Mead y concentrado en la primacía de la actuación de los sujetos como lo pusiera de manifiesto los trabajos de la Escuela de Chicago. La reconceptualización de los individuos en su relación con los grupos produjo que se pusiera un fuerte énfasis en las nociones de interacción y comportamiento simbólico moviéndose de nociones físicas o biológicas sobre la sociedad (entendida ésta como un agregado de individuos) hacia la idea de los significados compartidos como medios de comunicación que unen a las personas. En este punto, lo que se identifica es una concepción de la comunicación vinculada con el pensamiento crítico y, sobre todo, con la influencia de los Estudios Culturales Británicos, movimiento que tendrá un fuerte eco en América Latina, una región con su propia historia pero que pondrá igualmente el tema de la cultura, la significación y el sentido al centro de la reflexión.

El encuentro del pensamiento norteamericano de la comunicación con los estudios culturales tuvo fuertes repercusiones sobre los objetos de observación pero también sobre los marcos analíticos para observarlos, sin embargo, este movimiento tuvo diferencias muy marcadas con lo sucedido en otras latitudes como es el caso de América Latina, un contexto en donde el objeto de conocimiento casi se transforma por completo. En este sentido, un autor que ha recuperado por varias décadas este movimiento es Jesús Martín-Barbero, quien sostiene que pensar la comunicación en América Latina implica pensarla desde las fuertes transformaciones situadas en el nivel de la vida cotidiana, basada en hechos propios de un espacio convergente entre la comunicación y la cultura. De acuerdo con el autor, este escenario tiene sus propias particularidades, por ejemplo, las masas se incorporan a la modernidad no a través del libro (como quisiera pensar el proyecto ilustrado) sino a través de las industrias culturales del audiovisual, es decir, se apropian de la modernidad sin dejar su cultura oral,

transformándola en una oralidad secundaria y gramaticalizada por los medios. Estos indicadores preliminares muestran una estrecha relación entre comunicación y cultura que transforma a ambos espacios a través de las nuevas configuraciones que adquiere producto de la desestructuración de las comunidades, de la fragmentación de la experiencia, de la pérdida de autonomía de lo cultural y de las mezcolanzas de tradiciones, de la aparición de nuevas culturas entre otros elementos (Martín-Barbero, 2002). Es indudable que estos acontecimientos influyen directamente en la configuración de la comunicación, del campo académico de su estudio y del desarrollo intelectual posterior en el espacio latinoamericano.

Para Martín-Barbero (2002), en América Latina hubo un tiempo en que la politización condujo al campo de reflexión de la comunicación a centrarse en la cuestión de la ideología como punto central de su agenda. Posteriormente, se trató de transformar la relación comunicación/cultura en otra forma de totalización similar, lo que ha conducido a dos malentendidos. Por principio, se encuentra la idea de que no hay forma de tomarse en serio la cultura sin caer en el *culturalismo* que deshistoriza y despolitiza las prácticas y los procesos culturales, lo que implica regresar a las reflexiones conceptuales que permitan establecer marcos epistémicos explícitos para incorporar el contexto social en el que se producen los fenómenos que están siendo sometidos a un análisis determinado. Un segundo malentendido sostiene que pensar la comunicación desde la cultura implica salirse del terreno "propio" de la comunicación, sin embargo, lo que en realidad sucede es que esta forma particular de ver la comunicación implica la posibilidad de diseñar un nuevo mapa de problemas en el que quepan la cuestión de los sujetos y las temporalidades sociales, es decir, los contextos sociales. Ambos problemas llevan al autor a sostener la necesidad de pasar del problema de la legitimidad teórica del campo de la comunicación a la de su legitimidad intelectual, lo que convertiría a la comunicación en un lugar estratégico desde el que pensar a la sociedad (Martín-Barbero, 2002).

Como ya se ha argumentado, el campo de estudio de la comunicación nace entre el cruce del paradigma informacional/instrumental norteamericano, las perspectivas críticas, culturalistas e interpretativa y lo que Martín-Barbero (2002) denomina la crítica ideológica denuncista de las ciencias sociales latinoamericanas. Sin embargo, con estos cruces

disciplinares y teóricos lo que se desata no es un desarrollo conceptual posterior, sino un reduccionismo en sus propias propuestas teóricas, concretamente en la Teoría de la Dependencia y en la crítica del imperialismo cultural, es decir, se reduce la comunicación a una forma de reproducción ideológica, negándole su especificidad como espacio de proceso y práctica de producción simbólica. Esta división se extendió al campo de estudio, en tanto práctica y actores, y provocó que no fueran tomados en cuenta en toda su dimensión los desarrollos teóricos que el campo iba incorporando paulatinamente a su propia reflexión como lo mostraremos en los siguientes apartados. Así, la idea de información gana legitimidad científica y operativa mientras la de comunicación se desplaza y se aloja en otros campos cercanos como la filosofía (Martín-Barbero, 2002).

Para Martín-Barbero (2002), conjuntamente con esta nueva configuración se desarrolla una contradictoria centralidad de la comunicación como explicación de lo social en tres formas diferentes: el comunicacionismo, es decir, la centralidad de la comunicación en la sociedad, en la que agotado el motor de la lucha de clases, lo que pasa al centro de la estructuración de lo social son los modos de producción y circulación de información; el mediacentrismo, el cual supone que comprender la comunicación es estudiar cómo funcionan las tecnologías o los "aparatos", pues ellos hacen la comunicación, la determinan y le dan su forma y, por último, el marginalismo de lo alternativo y su creencia en una "auténtica" comunicación que se produciría por fuera de la contaminación tecnológico/instrumental de los grandes medios. Esto conduce al autor a afirmar que la inscripción de la comunicación en la cultura ha dejado de ser un mero asunto cultural, pues son tanto la economía y la política las concernidas directamente con lo que ahí se produce (Martín-Barbero, 2002). Lo anterior introduce un segundo gran tema concerniente a la nueva trama comunicativa de la cultura. En los años noventa se hace crucial re-territorializar la comunicación como movimiento que atraviesa y descoloca a la cultura, puesto que el lugar de la cultura en la sociedad cambia cuando la mediación tecnológica de la comunicación deja de ser meramente instrumental para convertirse en estructural, es decir, hay un movimiento entre matrices culturales y mediaciones comunicativas que requiere nuevas formas de aproximación, modelos específicos para su análisis.

Sin embargo, reconoce Martín-Barbero (2002), todavía existe dependencia de la comunicación en cuanto a la producción

teórica al interior de su propio campo reflexivo, lo que provoca que las escuelas no sólo resulten incapaces de elaborar una concepción de comunicación mínimamente propia, sino que acaban trasladando su actitud de dependencia a la relación pedagógica. Lo que ha sucedido, entonces, es que hemos usado la apropiación para hacer nuestras las concepciones, los modelos y las teorías, pese a que se puede hablar, en mucho menor medida, de invenciones desarrolladas en el propio campo, un fenómeno que podríamos pensar que más que caracterizar el campo, lo constituye desde su emergencia como lo mostrara el trabajo de William Paisley (1984) décadas atrás. Es posible entonces observar la forma en que una primera síntesis formal de la comunicación devenida de la propuesta matemática y cibernética se yuxtapone a una visión cultural, interpretativa y crítica más en una forma de sobreposición de discursos que de integración epistemológica. La comunicación pasa así a ser el envío y recepción de mensajes significativos dentro de enclaves socioculturales particulares, una conceptualización difícil de rebatir pero que da cuenta de una historia que cobra sus propios matices en cada contexto geográfico como hasta aquí ha sido mostrado, específicamente en cuanto a la cultura, la comunicación y la interpretación se refiere.

La cultura pasa entonces de ser objeto a ser contexto y después a ser constituyente de la configuración formal de la comunicación. Por ejemplo, una versión diferente sobre la historia de la idea de la comunicación no anglosajona sino francesa es la que realiza Armand Mattelart en su texto *Toward the end of the French Exception in communicaction research?*[25], el cual es un intento por contestar a la pregunta sobre la forma en que la particularidad del pensamiento francés sobre comunicación evolucionó debido a las presiones de las tendencias globales sobre este tema, para lo cual recupera lo que denomina los "tres periodos de fundación" del campo. El primero de ellos está relacionado con la revolución de 1789 en la cual se intentaba materializar la utopía de la gran república democrática por lo que la difusión de la alta cultura fue una las estrategias que se utilizaron para la instrucción del público en general. Por su parte, el segundo periodo se sitúa en el primer cuarto del siglo XIX bajo la figura de Claude-Henri de Saint-Simon, quien fue el primero en sentar las bases para pensar

[25] Una revisión mucho más detallada de esta historia es la propuesta que Mattelart realiza a mediados de los años setenta sobre la invención de la comunicación, una obra que más tarde revisaría y ampliaría para su publicación en español (Véase Mattelart, 1995).

un marco para la reorganización social basado en el poder de las redes para la estructuración de la sociedad. Finalmente, el tercer periodo corresponde a las últimas dos décadas del siglo XX y supone la conceptualización teórica de la relación entre la comunicación moderna y las audiencias, muy similar a lo que da cuenta Hanno Hardt (1992) para el caso norteamericano. Posteriormente, Mattelart (2006) argumenta que la inclusión de los "estudios de la comunicación" en los programas académicos en las universidades vino un poco después de la mano de las escuelas de periodismo en los años cincuenta y sólo cobró notoriedad por la inclusión de la lingüística estructural fundamentada principalmente en los trabajos de Claude Levi-Strauss, desde donde se le pensaba como un paradigma interdisciplinar de la "Ciencia de la Comunicación". Sin embargo, el reconocimiento oficial viene en 1976, bajo el título de "Ciencias de la Información y la Comunicación" en el Ministerio de Educación en Francia y un actor fundamental en este reconocimiento es Robert Escarpit.

En este punto, es posible observar la fuerte presencia de la conceptualización informacional de la comunicación, lo cual es explicable porque mucho del impulso viene de su estrecha relación con el desarrollo tecnológico vinculado a las tecnologías de información, dado que se veía a éstas como una posible vía para salir de la crisis política y económica que en ese momento se vivía en Francia. Posteriormente, al comienzo de los años ochenta, Mattelart (2002) argumenta que dos tradiciones de la investigación en comunicación se establecieron: la primera relacionada con el estudio de la industria cultural y la industria de la información y la segunda relacionada con el uso y apropiación de los mensajes (relacionado con la perspectiva interpretativa descrita antes y contrarrestando la idea del receptor pasivo), nuevamente las dos grandes matrices epistemológicas que aquí hemos mostrado. Finalmente, Mattelart termina por apuntar las que pueden ser las distintas configuraciones de la investigación de la comunicación que pueden sintetizarse en los siguientes puntos: a) un camino en contra del determinismo tecnológico que incluye el análisis de la genealogía de las estructuras y formas de producción, transmisión y apropiación de las modernas tecnologías de comunicación; b) la investigación que recupera el estatus activo del consumidor que ha revelado sus ambigüedades y ambivalencias; y c) la rehabilitación de las culturas en la investigación de la comunicación.

Con lo que se ha mostrado hasta este punto hay un elemento no explícito que atraviesa todos estos discursos históricos

y reconstructivos de la emergencia de la reflexión científica de la comunicación que es muy importante hacer explícito, la cual hace emerger una complejidad particular del estudio de la comunicación que implica pensar la comunicación desde la propia comunicación y la necesidad intrínseca de comunicar sobre la comunicación, una reflexión central para las líneas que aquí desarrollamos. Si bien ambas consideraciones pueden resultar tautológicas, en realidad encierran dentro de sí la necesidad de un segundo orden de observación que nos mueve de la teoría hacia la metateoría de la comunicación como se muestra a continuación.

2.3 Pensar la comunicación desde la comunicación y comunicar sobre la comunicación: los metaniveles de reflexión y la emergencia de los "lugares comunes"

Para James Carey (1989), un problema básico de la comunicación es que al ser una experiencia cotidiana es en lo último en lo que reflexionamos por ser lo más aparente. Lo complicado entonces es pasar del mundo real y las cosas al lenguaje y su conceptualización, dado que no sólo producimos la realidad sino que tenemos que mantener lo producido para las nuevas generaciones, para quienes la realidad tiene que ser regenerada una y otra vez. En este marco, estudiar comunicación implica el estudio del proceso social actual donde formas lógicas y marcos explicativos son creados, aprehendidos y usados, lo que genera inevitablemente un pensamiento circular, dado que en el estudio de la comunicación desde la misma comunicación, el objeto, lo observado y la observación se contienen a sí mismos. Para Carey (1989), el resultado de este proceso ha sido la generación de modelos que producen diferentes relaciones sociales, dado que los modelos no son sólo representaciones de la comunicación, sino representaciones "para" la comunicación, por lo que el estudio de la comunicación también comprende el estudio de la creación, aprehensión y usos de los modelos en sí mismos. Los modelos *crean* lo que nosotros ingenuamente creemos que *representan*, por eso algunos de ellos han llegado a convertirse en instituciones sociales. Sin embargo, lo importante de esta consideración es que la comunicación produce al mundo real a través de la aprehensión, construcción y utilización de formas simbólicas que ella misma produce, es decir, a través de las configuraciones lógicas que llamamos modelos.

Por lo tanto, el pensamiento más que ser individual es predominantemente social, es simbólico y representa al mismo tiempo la naturaleza de la comunicación, por eso para Carey (1989), estudiar comunicación implica el estudio del proceso social actual donde formas simbólicas son creadas aprehendidas y usadas, lo que genera un pensamiento recursivo que supone comunicar sobre la propia comunicación y en donde el objeto se contiene y observa a sí mismo, un fenómeno que presenta grandes dificultades cuando aparecen los medios o los mensajes como los objetos centrales del programa de investigación que ha dominado la actividad académica por más de cinco décadas. Por otro lado, este mismo fenómeno también presenta serias dificultades cuando se reflexiona sobre los marcos teóricos con los que la comunicación se ha relacionado históricamente (Galindo, 2008), dado que cada uno de ellos conduce a distintas hipótesis sobre la configuración ontológica de la propia comunicación (Bryant y Miron, 2004).

Por ejemplo, para Carey (1989) se pueden por lo menos plantear tres formas sintéticas para definir el espacio conceptual de la comunicación que implican: a) concebir a la comunicación como una ciencia cognitiva cuyo objetivo es la elucidación de las leyes del funcionamiento lógico y del comportamiento; b) concebir a la comunicación como una ciencia formal cuyo objetivo es la elucidación de estructuras (como la lingüística, la cibernética o el estructuralismo, aunque se encuentran lejos del pensamiento en comunicación); y c) concebir a la comunicación como una ciencia cultural cuyo objetivo es la elucidación de significados (sentido) (aunque todas ellas fallan en la predicción y sólo pueden explicar por qué algunas cosas funcionan de una manera y no de otra). Como se puede observar, es posible suponer que, devenida de las teorías interpretativas, la comunicación ha tendido a sintetizarse en la tercera hipótesis de la cual deviene su vinculación inexorable con la cultura y los procesos de producción social de sentido, pese a que esa noción todavía contenga un velo de ambigüedad, o ¿qué es el sentido? ¿Dónde se observa y cómo emerge? ¿Cómo algo que no es significativo se vuelve significativo? ¿Es posible observar su emergencia? ¿Es posible medirlo?

Lo anterior condujo a un cambio radical en el estudio de los mensajes y de la propia comunicación, al pasar del modelo informacional basado en el estudio de los flujos de información o de los mensajes hacia el contenido de éstos, es decir, en sus significados y en cómo es que producen sentido socialmente. Podríamos hablar entonces del triunfo del sentido en el estudio de

lo social desde el punto de vista comunicativo. Es desde esta posición que James Carey (1989) propone replantear nuestra concepción de comunicación no como una mera reflexión, sino como una *acción*, como un proceso mediante el cual la realidad es constituida, mantenida y transformada. La comunicación simplemente constituye un conjunto de prácticas históricamente variables y la correspondiente reflexión sobre ellas. Al centro entonces está el lenguaje y sus significados, por lo que emerge con toda fuerza la necesidad de una visión hermenéutica en un intento por entender al otro. Así, la comunicación se transforma en un ensamble de prácticas sociales dentro de las cuales se integran concepciones, formas de expresión y relaciones sociales, es decir, se convierte en una estructura para la acción humana y en un conjunto de formas estructurales y estructurantes de relaciones sociales.

La noción de la comunicación como acción que planteara James Carey a finales de los años ochenta, será el centro de la propuesta contemporánea de Robert T. Craig sobre la comunicación como disciplina práctica, al reconocer que "lo que principalmente explica la emergencia disciplinaria del campo es la significante relación de la comunicación como una categoría de práctica social y es, a través de la reconstrucción de sus tradiciones intelectuales alrededor de esa categoría, que el campo puede esperar volverse no sólo más productiva e intelectualmente coherente, sino más útil socialmente" (Craig, 2008a:7). Para Craig (2008a), en realidad las disciplinas son una comunidad conversacional con una tradición de argumentación particular, la cual participa de una comunidad conversacional más amplia con sus propias tradiciones de argumentación, por lo que dichas disciplinas no se encuentran fundadas sobre categorías fijas de conocimiento, sino que son formaciones discursivas que emergen, evolucionan, se transforman y disipan en la continua conversación entre disciplinas, por lo que su fuerza radica de la resonancia de su discurso a través de la sociedad, de su distinción intelectual y su productividad así como en su consolidación en los esquemas institucionales existentes de organización (institucional, intelectual y cultural). Lo anterior puede convertir a una disciplina en una disciplina práctica cuya importancia está dada por la creencia en que sus principios pueden ayudar a resolver problemas prácticos ya reconocidos socialmente.

¿Pero qué significa que la comunicación sea considerada una disciplina práctica? De acuerdo con Craig (2006) para que la

comunicación sea considerara una práctica debe de haber un concepto cultural de la comunicación que haga referencia al tipo general de prácticas en las que la gente se involucra sin importar lo que comunican, por lo tanto, afirmar que la comunicación es una práctica cultural específica, no sólo significa asumir que nos comunicamos, que tenemos prácticas comunicativas o que somos capaces de comunicar sobre la propia comunicación, sino sobre todo, que la práctica de la comunicación se ha convertido en una práctica significativa en sí misma. Nuevamente el sentido reaparece en el escenario conceptual. Esto genera que no sea posible plantear una posición negativa o positiva sobre la práctica misma de la comunicación, sino una autoconciencia y reflexión sobre la comunicación de la que derivan metadiscursos (discursos sobre discursos) referentes a prácticas metadiscursivas o formas de referirse a la comunicación con propósitos prácticos. De acuerdo con Craig (2006), este es el metadiscurso que se ha expandido y especializado en nuestras sociedades al grado de convertirse en un discurso normativo formando así una disciplina académica que desarrolla sus propias prácticas metadiscursivas altamente sofisticadas, que es otra forma de nombrar al campo de las teorías de la comunicación y una forma de cultivar la práctica de la comunicación en la sociedad.

Ahora bien, aunque es posible hablar genéricamente de los metadiscursos especializados sobre la comunicación o las teorías de la comunicación, es importante hacer un breve recorrido por las propuestas que han tratado de organizarlos porque de ellos devienen una serie de lugares comunes que vale la pena recuperar dado que no forman parte del debate actual ni de las agendas de investigación a nivel internacional pero de su estudio es posible derivar una serie de hipótesis sobre la coexistencia de varios discursos que versan de manera diferente sobre la dimensión ontológica y epistemológica de la comunicación pero que cohabitan en un mismo discurso sobre su naturaleza, es decir, configuran los "lugares comunes" sobre la historia de la comunicación que, pese a que suponen un común acuerdo, ninguno de ellos ha funcionado como principio de organización epistemológico y ninguno de ellos es aceptado como un principio teórico general. Por ejemplo, en el trabajo ya citado de Robert T. Craig (1999), el autor reconoce siete tradiciones como puntos de partida para organizar la dimensión metadiscursiva del campo de la teoría de la comunicación, a saber:

1. *La tradición retórica: la comunicación como el arte práctico del discurso*. En esta tradición la comunicación ha sido generalmente teorizada como el "arte práctico del discurso", especialmente en el discurso público, por lo tanto, es importante para explicar por qué nuestra participación en discursos es importante y cómo es que ocurre, por lo que supone que la práctica de la comunicación puede ser cultivada y mejorada a través del estudio crítico y la educación. También tiene que ver con la persuasión de audiencias.
2. *La tradición semiótica: la comunicación como la mediación intersubjetiva de los signos*. En esta tradición la comunicación es conceptualizada como la mediación intersubjetiva por medio de signos, por lo tanto, explica y cultiva el uso del lenguaje y otros sistemas de signos para mediar entre distintas perspectivas, así, los problemas de la comunicación dentro de esta perspectiva son principalmente relacionados con la re(presentación) y transmisión de significados o las brechas entre sujetos que puede ser resuelta por el uso de sistemas de signos compartidos.
3. *La tradición fenomenológica*: *la comunicación como la experimentación del otro*. En esta tradición la comunicación ha sido teorizada como un diálogo o experiencia del otro, por lo que explica la interrelación de identidad y diferencia en las relaciones humanas, mismas que cultiva. Así, la auténtica comunicación o diálogo, se encuentra fundada en la experiencia directa y no mediada del contacto con los otros.
4. *La tradición cibernética: la comunicación como el procesamiento de información*. En esta tradición la comunicación ha sido teorizada como el procesamiento de información y explica cómo cualquier tipo de sistema complejo (vivo/no vivo o micro/macro) puede funcionar y por qué, bajo ciertas circunstancias, puede dejar de hacerlo.
5. *La tradición sociopsicológica: la comunicación como expresión, interacción e influencia*. En esta tradición la comunicación ha sido teorizada como un proceso de expresión, interacción e influencia, un proceso en el que el comportamiento de los humanos o cualquier otro organismo complejo expresa mecanismos psicológicos,

estados y rasgos y, a través de la interacción con expresiones similares de otros individuos produce un rango de efectos cognitivos, emocionales y de comportamiento. En síntesis, la comunicación es un proceso por medio del cual los individuos interactúan y se influencian el uno al otro.

6. *La tradición sociocultural: la comunicación como la (re)producción del orden social.* En esta tradición la comunicación es típicamente entendida como un proceso simbólico que produce y reproduce patrones socioculturales compartidos, por lo que explica cómo el orden social es creado, realizado, mantenido y transformado en niveles micro de procesos de interacción. La producción implica también creatividad.
7. *La tradición crítica: la comunicación como reflexión discursiva.* En esta tradición una auténtica comunicación sucede únicamente en un proceso de reflexión discursiva que se mueve hacia una trascendencia que nunca puede ser completa y finalmente alcanzada, sin embargo, el proceso reflexivo en sí mismo es progresivamente emancipatorio. Para esta tradición (con fuerte centro en la Escuela de Frankfurt), el problema básico de la comunicación en las sociedades emerge de fuerzas materiales e ideológicas que distorsionan la reflexión discursiva

En un intento similar, Miquel Rodrigo Alsina (2001) reconoce al menos tres grandes perspectivas de la teoría de la comunicación, a saber, la Perspectiva Interpretativa (Escuela de Palo Alto, interaccionismo simbólico y construccionismo), la Perspectiva Funcionalista y la Perspectiva Crítica (Escuela de Frankfurt, la economía política y los estudios culturales). Por su parte, para construir un fundamento teórico de lo que denomina las "teorías de la comunicación digital interactiva" y en un intento por diferenciar las teorías de la comunicación de masas de aquellas cuyo énfasis está puesto en la comprensión de las hipermediaciones generadas en los espacios virtuales, Carlos Scolari (2008) propone igualmente cinco paradigmas fundacionales de las teorías de la comunicación: a) el Paradigma Informacional (ofrecía a los sociólogos un modelo sencillo para representar lo que para ellos era un proceso lineal y directo que iba de un emisor a un receptor y el subsecuente modelo de la comunicación de masas de Schramm, en el cual no hay un único origen de los mensajes y, pese a que hay un emisor

reconocido, los receptores son potencialmente ilimitados); b) el Paradigma Crítico (apoyado en la Escuela de Frankfurt, la economía política de corte marxista y el psicoanálisis); c) el Paradigma Empírico-analítico (en oposición al paradigma crítico y fundamentado en el modelo de la Mass Communication Research que se puede ver como una confrontación entre un modo europeo y otro estadounidense de hablar la comunicación de masas); d) el Paradigma Interpretativo-cultural (entiende a la comunicación de masas como una construcción social); y e) el Paradigma Semiótico-discursivo (centrado en los trabajos de Saussure y Peirce y sus subsiguientes desarrollos en Roland Barthes, Umberto Eco y Paolo Fabbri entre muchos otros) (Scolari, 2008).

En un sentido distinto, el Grupo Hacia una Comunicología Posible (GUCOM) realizó igualmente su propuesta de las fuentes históricas y científicas que se encuentran en la base la construcción conceptual en los estudios de la comunicación reconociendo nueve fuentes: la Sociología Funcionalista, la Sociología Fenomenológica, la Sociología Crítica, la Sociología Cultural, la Economía Política, la Psicología Social, la Semiótica, la Lingüística y la Cibernética (Galindo, 2008). Por otro lado, Oliver Boyd-Barrett (2006) en su propuesta de un modelo para la investigación y la enseñanza de los medios en el marco de un mundo globalizado, recupera lo que considera son los logros más importantes de la investigación de la comunicación anglo-americana de los últimos cincuenta años, los cuales agrupa dentro de tres grandes categorías: a) los estudios culturales, b) la economía política y, c) los estudios de la globalización. Dentro de los estudios culturales Boyd-Barret (2006) identifica dos tradiciones, las centradas en los "lectores" y las centradas en los "textos". Así, en lo que se refiere a la primera tradición, el autor agrupa las siguientes perspectivas teóricas: la intervención de variables, el "two-step flow", los efectos reforzados, la "agenda-setting", la difusión de innovaciones, el análisis de cultivo, la espiral del silencio, los usos y gratificaciones, el observador activo, el placer, la comunidad interpretativa y las prácticas discursivas. Por su parte, en lo que se refiere a la tradición centrada en los textos el autor reconoce las siguientes teorías: la construcción semiótica, la construcción lingüística, la construcción paralingüística, la construcción hegemónica, el posicionamiento del texto, las teorías de género, de narrativas y del mito, la polisemia, el posmodernismo y el poscolonialismo (Boyd-Barrett, 2006). Si bien no hay una clara semejanza con las propuestas anteriores, el texto de Boyd-Barrett ejemplifica la diversidad de perspectivas

reconocidas y las posibilidades de organización de las mismas, algunas de las cuales tienen coincidencia con las antes mostradas y algunas otras podrían ser cuestionadas en lo que a su "estatuto teórico" se refiere.

Como es posible observar, más allá de los nombres y las agrupaciones que cada propuesta realiza, es posible reconocer algunas rutas compartidas y lugares comunes, pero junto con el reconocimiento de las similitudes es posible reconocer que si bien ninguna de ellas en realidad ha funcionado como matriz general, sí hay pistas de que lo se puede hacer con ellas en el futuro. Pero ¿qué hay de una posible integración? ¿Qué hay de propuestas que no buscan el reconocimiento de una propuesta sobre otra sino la unificación conceptual? La paradoja es que, mientras es posible reconocer algunos lugares comunes en la historia de la comunicación, de las teorías de la comunicación y de la epistemología de la comunicación como se ha mostrado en este apartado, ninguno de los paradigmas, tradiciones, perspectivas o fuentes históricas y científicas es reconocida en la práctica de investigación en los estudios de la comunicación como una ciencia integral de la comunicación, como una matriz teórica general o como una "Comunicología". Así que dentro del campo se mueve una tradición reconstructiva completamente al margen de una tradición empírica de investigación. Y, en medio de todo, se proponen teorías integradoras. Sin duda, un problema complejo. Por lo tanto, lo que queda por anotar en esta sección son precisamente esas propuestas contemporáneas de producción teórica sobre la comunicación, propuestas que han comenzado a abrir nuevos horizontes de reflexión y que ofrecen ya algunas respuestas tentativas par algunas de las preguntas con las que el campo naciera más de medio siglo atrás.

2.4 El espacio contemporáneo de la producción teórica en los estudios de la comunicación: integraciones, invenciones y reformulaciones

El ejercicio reconstructivo presentado en los apartados anteriores puede generar la impresión de *una* historia y *un* estado actual en la reflexión teórica en los estudios de la comunicación, sin embargo, lejos de afirmar esta idea, lo que aquí hemos intentado mostrar es precisamente lo contrario, la existencia y posibilidad de muchas historias y varias formas de nombrar un estado actual en la reflexión teórica y meta-teórica en los estudios de la comunicación,

es decir, hemos intentado mostrar precisamente esas *varias* fundaciones y fundamentos a los que nos referimos en la introducción de este trabajo. Sin embargo, el movimiento siguiente se aleja de los recorridos reconstructivos para recuperar aquellas propuestas que se presentan propiamente como teóricas en la actualidad, es decir, perfilan la producción contemporánea de principios epistemológicos para el estudio y comprensión de la comunicación en su dimensión ontológica y no propiamente sobre un objeto de investigación particular. Por lo tanto, si bien es posible identificar un amplio espectro de propuestas que se autonombran como "teóricas", aquí lo que interesa es rescatar aquellas que proponen explícitamente un marco epistemológico y una configuración ontológica de la comunicación, es decir, que ponen al centro de la reflexión al objeto comunicación.

Si bien es posible identificar propuestas muy importantes sobre la construcción conceptual en los estudios de la comunicación aquí hay dos propuestas que nos interesa recuperar por la complejidad que cada una supone. Se trata de la Teoría de la Comunicación de Manuel Martín Serrano y la Cibersemiótica de Søren Brier[26]. En el primer caso, el punto de partida de Martín Serrano es la identificación de los comportamientos comunicativos que evolucionan a partir de interacciones no-comunicativas, dado que "la conversión de la No-comunicación en comunicación representa a escala cósmica, la forma más compleja en la que la vida se conecta consigo misma. Sea un acontecimiento único o reiterado, la comunicación reorganiza los vínculos entre la materia, la energía y la información cuando aparece. Hace posible que la vida introduzca un designio en lo que funciona sin designio alguno; que ensaye sus propios vínculos, utilizando la información para trascenderse a sí misma" (Martín Serrano, 2007:3). Lo anterior se sintetiza en la siguiente pregunta que el autor plantea, a saber, "¿cómo es (a veces) posible que la comunicación sea posible? O

[26] Si bien recuperamos estas dos propuestas, resulta imprescindible por lo menos nombrar algunas otras que se encuentran en el horizonte contemporáneo de la producción científica de la comunicación como lo es el Modelo Dialéctico de la Comunicación Social de José Luis Piñuel y Carlos Lozano (2006), la propuesta de la comunicación la cognición y la complejidad de Juan Manuel Aguado (2003), la propuesta de la Comunicología de Richard L. Lanigan (1988 y 1992), de Jesús Galindo (2005) y del Grupo Hacia una Comunicología Posible (GUCOM) (Galindo, 2009 y 2008), así como los intentos por fundar un punto de vista asiacéntrico (Kim, 2002) o del proyecto que coordinaran Gregory J. Shepherd, Jeffrey St. John y Ted Striphas (2006) sobre las distintas posibilidades que hay para pensar a la comunicación desde un punto de vista epistemológico particular.

bien, ¿cómo es posible (a veces) que la comunicación no sea posible?" (Martín Serrano, 2007:3).

Así, con la intención de reconocer cuándo comienza a haber seres comunicantes en el mundo, el autor argumenta que es importante conocer cuáles son las características que hacen a la comunicación una actividad distinguible de las otras actividades que la han precedido, por lo que es conveniente partir de una afirmación central: en las actividades comunicativas se implican dos o más Agentes que interactúan entre ellos mediante señales cuya información tiene significado y que los Agentes utilizan para hacerse indicaciones. De esta primera afirmación se derivan una serie de marcas distintivas. Por principio se sugiere que la comunicación procede de actividades en las que se implican dos o más agentes y, dentro de esas actividades implicativas, hay algunas (pero no todas) que son interacciones, lo que convierte a la comunicación en una modalidad de interacción. Por otro lado, en algunas de esas interacciones (pero no en todas) *se emplean señales*, convirtiendo a la comunicación en una modalidad de interacción mediante señales, algunas de las cuales (pero no todas) son significativas. La comunicación es, entonces, una modalidad de interacción mediante señales significativas. Finalmente, entre los posibles usos que se pueden hacer de las señales en las interacciones, se encuentran los *usos indicativos*. En este sentido, cuando los Agentes están capacitados para efectuar usos indicativos de las señales significantes, entonces son Agentes comunicantes (Martín Serrano, 2007).

Con lo anterior es posible suponer que la Teoría de la Comunicación comparte cada uno de los objetos materiales que estudia con otras teorías pero no comparte con ninguna otra teoría su punto de vista, dado que analiza los objetos materiales de una forma propia, es decir, los toma en cuenta en tanto que estén implicados en la producción y el uso indicativo de la información. "Esta perspectiva teórica es el objeto formal propio de la Teoría de la Comunicación" (Martín Serrano, 2007:298), y por lo tanto, permite una definición epistemológica de la Teoría de la Comunicación, la cual la entiende como "el paradigma de conocimientos relativos a las actividades indicativas" (Martín Serrano, 2007:298). De esta manera, el criterio o punto de vista de la Teoría de la Comunicación se encuentra caracterizado por tres aspectos: primero, la Teoría de la Comunicación *es integradora*, es decir, evita la fragmentación del conocimiento dado que hace

posible estudiar los elementos tan dispersos que intervienen en la comunicación bajo su propio punto de vista.

Segundo, *es pertinente*, es decir, evita que la teoría se sustituya por la *todología* al delimitar el espacio del conocimiento que le corresponde a la Comunicación de los otros espacios teóricos y científicos, es decir, no invade otros espacios ni trata de sustituirlos sino que facilita la relación con ellos. Y, tercero, *es operativa* al aplicar con validez los análisis sistemáticos. Así, "la Teoría de la Comunicación se puede concebir como el trabajo que aporta el criterio específico para los estudios científicos de los fenómenos comunicativos" (Martín Serrano, 2007:297). Finalmente, cuando los sistemas de comunicación están configurados de una forma y funcionan en la forma que corresponde al criterio que les identifica y, cuando se conoce el criterio y se ha aplicado al estudio de la comunicación, entonces es posible diseñar modelos sistemáticos. Así, "un modelo sistemático reproduce la forma de un sistema. Representa los componentes de los que depende la existencia del sistema al que representa; y las diferencias entre esos componentes que derivan de la pertenencia al mismo sistema" (Martín Serrano, 2007:299). Como se pude esperar, la idea de modelo cierra la exposición sobre la Teoría de la Comunicación de Martín Serrano pero abre un mundo de posibilidades. Se trata entonces de una propuesta que integra al mismo tiempo que reformula algunos de los principios básicos del pensamiento comunicativo que han sido mostrados en aparatados anteriores.

Ahora bien, en un ejercicio también integrador cuya finalidad es la fundación de las Ciencias de la Información, Søren Brier ha trabajado las últimas dos décadas en una propuesta de unificación epistemológica que contempla dentro de sí una teoría general de la comunicación y que retoma el problema de la carencia de una teoría de la significación de la visión matemática y cibernética que se encuentran en la base de la configuración institucional y teórica en los estudios de la comunicación como ha sido mostrado anteriormente. Para Brier (2008), aunque la teoría de la información de Shannon es la más conocida, las bases para una ciencia objetiva de la información se encuentran en la propuesta estadística de la neguentropía de la información de Norbert Wiener en conexión con el concepto de entropía de Ludwig Boltzman en su interpretación estadística de la termodinámica. Aquí la información se percibe como un "poder" organizativo, por lo que el marco teórico parece mezclar la visión evolutiva-sistémica

de la termodinámica que combina la energía, la materia y la información como componentes ontológicos objetivos en una dinámica evolutiva emergente. Dicho programa ha hecho progresos como método para conceptualizar y lidiar con la realidad interna, externa y social de los sistemas vivos de tal manera que la representación del conocimiento se vuelve compatible y manipulable computacionalmente. El punto central de esta perspectiva es explicar las cualidades, la vida y la conciencia como fenómenos emergentes que resultan de la evolución de sistemas materiales, informacionales y energéticos, para lo cual se emplean termodinámicas del no-equilibrio, la dinámica de sistemas no lineales, la teoría del caos determinista y las matemáticas de fractales como herramientas analíticas.

Si bien el desarrollo de estas perspectivas han ayudado a la ciencia mecanicista y funcionalista a crear mejores modelos de la cognición y la comunicación en los sistemas vivos, enfrentan problemas inesperados y grandes dificultades cuando intentan modelar la dimensión semántica del lenguaje. Esto es la evidencia de la necesidad de un enfoque diferenciado capaz de incluir los aspectos fenomenológicos y sociales de la cognición, el lenguaje y la comunicación así como la naturaleza biológica y el comportamiento de los sistemas vivos, pero fundamentalmente, una teoría de la significación y el significado ausente en las propuestas precedentes (Brier, 2008). Para Brier (2008), una teoría consistente de la información, la cognición y la comunicación debe necesariamente comprender las ciencias sociales y las humanidades así como las ciencias biológicas, físicas y químicas. Y esta es precisamente la apuesta de la Cibersemiótica, la integración de la biosemiótica peirceana y la cibernética de segundo orden que implica la búsqueda de las rutas biológicas, psíquicas y sociales de la necesidad humana y biológica del significado y la auto-organización en sus procesos de conocer/observar el mundo y en la formulación de las explicaciones que sobre él se hagan.

La Cibersemiótica se presenta a sí misma como una nueva visión no reduccionista de la cognición y la comunicación a partir de los desarrollos de la biosemiótica, lo que supone implícitamente la extensión del entendimiento de la evolución de la información en animales, máquinas y humanos así como en los procesos de organización y autoorganización sistémica. Al plantear como objetivo central una ciencia integral de la información, la Cibersemiótica se plantea como una visión interdisciplinar que integra distintos marcos en un nivel meta-discursivo que le da

nacimiento a una visión diferente no sólo de la vida y los procesos cognitivos, sino de la comunicación y su construcción epistemológica. Puede ser, por tanto, la matriz general que planteaba Robert T. Craig (1999) más de una década atrás pero que no ha logrado ver la luz todavía.

Así, con lo que hemos mostrado hasta este punto lo que tenemos enfrente es entonces un gran reto para la construcción conceptual en comunicación, un reto que contrapone los lugares comunes con la práctica de investigación, la producción teórica con los marcos institucionales y las propuestas integrativas con las dimensiones ontológicas, epistemológicas y axiológicas de la comunicación. Sin duda, un escenario complejo el que se configura para el futuro.

Capítulo III
Una perspectiva de futuro en los estudios de la comunicación

> *[...] los retos futuros para [...] las posturas aquí mostradas no sólo es su consistencia teórica intrínseca, sino la clarificación del lugar que ocupan en un diálogo mucho mayor que no sólo tiene que ver con la reflexión sobre la teoría de la comunicación, sobre la consideración de la comunicación como una disciplina científica, sobre la comunicación como principio explicativo o sobre la Comunicología, sino con la práctica cotidiana de la investigación de la comunicación y, sobre todo, con la práctica misma del comunicar cotidiano. Como se puede observar, el reto es enorme, pero también es mucho el camino ya recorrido, por lo tanto, ya sea que se le llame Comunicología, matriz constructiva general o campo de las teorías de la comunicación a este movimiento, la tarea constructiva, reconstructiva, crítica y reflexiva sobre la teoría de la comunicación y el problema del relativismo teórico, aparecen para las nuevas generaciones como una oportunidad y como un horizonte necesario e impostergable.*
>
> **-Carlos Vidales (2011a:40-41)**

El recorrido por las fundaciones y fundamentos del estudio de la comunicación que aquí hemos mostrado y que hemos vinculado con la dimensión institucional, histórica y epistemológica dan cuenta de procesos que por momentos se separan inevitablemente y por momentos se superponen de maneras complejas, lo que complica enormemente poder plantear escenarios futuros. Por el contrario, sobre lo que se puede realizar un primer apunte es sobre algunos de los principales retos que los estudios de la comunicación deberán de enfrentar en su desarrollo académico, institucional y epistemológico frente a su desarrollo particular que hemos analizado en los apartados anteriores, es decir, se trata de un catálogo de preguntas y no de la propuesta de una ruta a seguir, pues en el primer caso hablamos de programas de investigación y en el segundo de marcos normativos. Así que de la complejidad del campo de reflexión científica, de la dinámica institucional y de la profesionalización del campo de estudios de la comunicación, es decir, de los fundamentos y fundaciones del estudio de la comunicación es posible derivar un apunte sobre el futuro.

3.1 Entre el Occidente y el Oriente: el reto de los campos y contextos emergentes de producción científica

En las secciones precedentes resulta evidente el fuerte sesgo de la reconstrucción histórica que hemos realizado en función principalmente del campo estadounidense de la comunicación. Si bien hemos recuperado elementos del contexto latinoamericano y europeo, un fuerte reto que aparece en el horizonte es lo que podemos llamar los campos y contextos emergentes de producción científica en los estudios de la comunicación como es lo que actualmente está sucediendo en el contexto asiático. Desde este contexto es posible preguntarse, ¿es posible hablar de un paradigma *asiacéntrico*? ¿Cuál es la historia de la fundamentación y la fundación de la comunicación en este contexto? ¿Cómo se piensa a la comunicación desde estos contextos? ¿Cuáles son las genealogías del pensamiento en comunicación en Asia? Revisar estos "otros" contextos permite también identificar las particularidades de nuestros propios contextos. Por lo tanto, resulta un ejercicio doble de conocer otras formas de construcción conceptual y estructuración institucional reconociendo nuestros propios procesos de fundamentación conceptual y fundación institucional, un ejercicio que ha llevado a teóricos como Yoshitaka Miike (2001), a plantear directamente la posibilidad de producir un paradigma "asiacéntrico" para los estudios de la comunicación y la cultura.

Para Miike (2001), durante el siglo veinte el campo de la comunicación fue dominado por una visión eurocéntrica guiada por una concepción antropocéntrica, individualista y orientada a la eficiencia desde el pensamiento que implica métodos y teorías positivistas. Sin embargo, lo anterior no representa todo lo que se puede decir sobre comunicación, sobre todo si tomamos en cuenta los distintos contextos desde donde la comunicación no sólo es llevada a cabo, sino desde donde la comunicación es pensada, estudiada y sintetizada en modelos analíticos y marcos teóricos. En este sentido, el punto de vista asiacéntrico se entiende como un sistema teórico o escuela de pensamiento en comunicación cuyos conceptos, postulados y recursos son guiados o derivados de la acumulación de sabiduría de distintas tradiciones culturales asiáticas, lo cual deriva en tres importantes implicaciones: a) el punto de vista asiacéntrico no se refiere únicamente a un cuerpo de conocimiento (teórico o empírico) sobre los sistemas de comunicación asiáticos; b) el punto de vista asiacéntrico contempla la diversidad de Asia y no pretende reforzar un concepto monolítico

de Asia sino incluir la diversidad y aquellos elementos que pueden ser generales; y c) el punto de vista asiacéntrico pretende complementar más que rechazar el punto de vista eurocéntrico del campo norteamericano de la comunicación (Miike, 2001).

Por otro lado, en lo que se refiere a las presunciones teóricas para un paradigma asiacéntrico, Miike (2001) sostiene que hay cuatro centros en Asia (China, India, Japón y Corea) de donde derivan tres temas centrales para la formación de un punto de vista asiacéntrico: la relacionalidad, la circularidad y la armonía. Para lo anterior es necesario detenerse en un conjunto de tres presunciones filosóficas (ontológicas, axiológicas y epistemológicas) y en tres concepciones centrales de la comunicación. Las *presunciones filosóficas* asiacéntricas según Miike son las siguientes: a) la presunción ontológica es que todos y todo está interrelacionado a través del tiempo (somos productos del pasado y del futuro) y del espacio (racionalidad y circularidad), es decir, se posiciona en contra del individualismo occidental; b) la presunción epistemológica de un paradigma asiacéntrico supone que cada uno y todo se convierte en significativo en relación a otros; y c) la presunción axiológica supone que la armonía es vital para la supervivencia de todo y todos.

Por su parte, en lo que se refiere a las presunciones comunicativas asiacéntricas, el autor (Miike, 2001) considera que la primera presunción central de la comunicación humana para un paradigma asiacéntrico es que la comunicación toma lugar en contextos de múltiples relaciones a través del tiempo (transtemporal) y del espacio (transespacial). Ni los individuos ni los mensajes son el centro de la reflexión sino en el contexto (político, histórico, económico, etc.). La segunda presunción supone que el comunicador es perceptual y conductualmente activo y pasivo en una variedad de contextos; y el tercer presupuesto supone que la mutua adaptación es de central importancia en procesos comunicativos armoniosos (ligado al supuesto axiológico antes descrito).

Es desde estas consideraciones que Miike (2001) considera que las posibilidades y retos de un paradigma asiacéntrico implican, primero que los profesionales asiacéntricos de la comunicación pueden tomar completamente ventaja de literatura nativa en Asia y en lenguaje asiático y conceptualizar las múltiples relaciones a través del tiempo y del espacio de los contextos de la comunicación, de igual forma, que pueden explorar más y más conceptos nativos/autóctonos en lenguajes asiáticos para un mejor

entendimiento de la complejidad de la comunicación asiática en vías a una evaluación apropiada de la pasividad y actividad del comunicador asiático y, finalmente, que sean capaces de voltear su atención hacia ricas historias de Asia y obtener una penetración hacia las vías alocéntricas o integrativas de la adaptación mutua hacia la comunicación armoniosa. Sin embargo, esto presenta por lo menos tres retos: el dilema entre "las grandes tradiciones" y las "pequeñas tradiciones", su observabilidad en la vida real y la paradoja de la especificidad cultural y la relevancia universal. Como es posible observar, retos y oportunidades que mezclan de manera compleja los niveles de análisis que nosotros hemos separado por conveniencia metodológica en las secciones precedentes.

De esta tradición que propone una revisión crítica del pensamiento occidental derivan también los trabajos de Min-Sun Kim (2002), una autora que ha profundizado seriamente en esta perspectiva y que propone una reformulación de las bases individualistas sobre las que se ha fundado y fundamentado el campo de la comunicación norteamericano en particular y occidental en general. Si bien la propuesta de Kim es por el desarrollo de una teoría de la comunicación propiamente humana, sus advertencias sobre la complejidad de un cambio de visión son sumamente relevantes. De acuerdo con la autora, la gran mayoría de las teorías e investigaciones en las ciencias sociales (incluida la comunicación humana) asumen que las personas tienen una noción individualista del ser. Por lo tanto, el modelo que se encuentra en la base de casi todas las ciencias sociales contemporáneas contempla al ser como una entidad que comprende una configuración delimitada de atributos internos y que se comporta primariamente como consecuencia de estos atributos internos (Kim, 2002). Así, comenta la autora,

> La mayor tarea normativa del individuo es mantener su independencia como una entidad auto-contenida o, más específicamente, ser consistente con sus propias estructuras internas de preferencias, derechos, convicciones y metas personales. De acuerdo con esta visión independiente del ser, hay una preocupación continua en expresar los atributos internos tanto en público como en privado. Este simple modelo general del funcionamiento humano prevalece a través del campo principal de pensamiento de la comunicación. Esta visión prevalece como un obstáculo mayor para el completo entendimiento de la comunicación humana (Kim, 2002:xi).

El problema de la visión individualista que identifica Kim tiene su máxima expresión en una forma etnocéntrica de pensar la

comunicación humana y en la forma en que se construye propiamente teoría de la comunicación a su alrededor. Por lo tanto, aquí se pueden plantear una serie de preguntas para una agenda de investigación posterior. ¿Cuál es la visión epistemológica que descansa detrás de las construcciones teóricas que se han propuesto sobre la comunicación en cada contexto particular? ¿Pueden ser estas visiones integradas a nivel epistemológico? ¿Cuáles son sus diferencias y cuáles sus semejanzas? ¿Cómo pensar más allá de nuestras propias matrices de pensamiento sobre la comunicación? ¿Es posible pensar *asiacéntricamente*? ¿Qué implicaciones tiene? ¿Qué otros campos y contextos emergentes de producción científica es posible identificar?

3.2 Lo institucional y lo teórico como campos especializados de investigación

En su texto publicado en la *International Encyclopedia of Communication*, David Seibold (2008) sugiere que la investigación aplicada de la comunicación es una forma de comunicación académica que enfatiza la creación de conocimiento sobre comunicación en contextos específicos aplicable a distintos temas sociales y frecuentemente para la solución de problemas sociales. Si bien la investigación es guiada teóricamente o tiene la posibilidad de reformular principios teóricos, la construcción de teoría no es ni el propósito inmediato ni el principal en la investigación aplicada en los estudios de la comunicación, sino propiamente la relevancia social de su aplicación. La aplicación de la investigación de la comunicación es considerada entonces como un sub-campo de la disciplina, por lo que se la puede entender como un sub-campo académico autónomo –así como lo propusiera Robert T. Craig (1999) para las teorías de la comunicación– lo que ha generado discusiones sobre la distinción entre investigación "básica" y "aplicada" y lo cual ha traído consigo también la discusión sobre la relación entre teoría y práctica.

Sin embargo, si es posible nombrar a las teorías de la comunicación como campo o un sub-campo de investigación como la comunicación aplicada, entonces es posible pensar que la reflexión sobre los fundamentos y las fundaciones de la comunicación corren el riesgo de convertirse en un sub-campo de reflexión académica dentro del gran campo de interés que articulan los estudios de la comunicación. Pero los fundamentos y las fundaciones del campo académico no son una dimensión particular

o un campo de especialización, sino que es la historia misma de la reflexión sobre la comunicación, por lo que cubre necesariamente al conjunto de fenómenos y acercamientos que se hacen en nombre de la comunicación desde el propio campo que así se autonombra. En consecuencia, se menciona como riesgo su reducción a sub-campo de reflexión porque significa la pérdida de su centralidad en la historia e identidad del propio campo. Es lo equivalente a deshistorizar el campo científica y prácticamente.

El problema es que a seis décadas de la emergencia e institucionalización del estudio de la comunicación, el movimiento contemporáneo de la reflexión académica parece confirmar el movimiento de desplazamiento que aquí advertimos, dado que la reflexión sobre la fundamentación teórica no es una prioridad académica, como tampoco lo es la historia de la fundación institucional del propio campo. Por lo tanto, un escenario posible es la inminente conversión de lo institucional y lo teórico en sub-campos de reflexión científica en los estudios de la comunicación, una reducción que ya anuncia las bases para seguir comprobando la hipótesis sobre el triunfo institucional sobre la reflexión científica con la que John Durham Peters (1988) resumía el estado del arte en los estudios de la comunicación más de dos décadas atrás. En este escenario, ¿por dónde continuar el debate? ¿Cómo re-colocar estos temas en las agendas nacionales e internacionales de investigación? ¿Vale la pena seguir haciendo estos esfuerzos de reconstrucción histórica y construcción conceptual? ¿Cuál es el justo lugar que le corresponde a la reflexión por los fundamentos y fundaciones del estudio de la comunicación? ¿Debe la reflexión sobre la comunicación localizarse en el espacio institucional que llamamos "campo de la comunicación" o debe eliminar la frontera institucional para colocarse en el diálogo contemporáneo de la ciencia en general? El riesgo es, por tanto, una dimensión que afecta a la práctica de investigación y a la dimensión institucional de los estudios de la comunicación, un efecto que ha producido lo que Raúl Fuentes ha denominado el inmediatismo superficial. En sus palabras:

> En función de la grave y endémica carencia de diagnósticos sistemáticos sobre las articulaciones entre la oferta académica y el desarrollo socioprofesional de la "comunicación", y de las crecientes dificultades teóricas y prácticas para generar un marco analítico mucho más pertinente y compartido, puede concluirse está rápida revisión del estado del campo académico de la comunicación en el inicio de la sexta década de su historia institucional en México con una hipótesis [...]: "el riesgo del

> inmediatismo superficial". Tal hipótesis está relacionada con la incapacidad, cada vez más extendida en nuestro entorno, para hacer referencia a un horizonte temporal relativamente alejado del presente inmediato, sea hacia el futuro o hacia el pasado, incapacidad que no es fácilmente separable de la capacidad reflexiva misma. Quizá esta sea la victoria más contundente, –la venganza, podría decirse– del objeto de estudio de las "ciencias de la comunicación", la comunicación contemporánea, sobre la constitución de los sujeto especializados en su comprensión, mediante la formación universitaria (Fuentes, 2009:112).

El problema del inmediatismo superficial que Fuentes reconoce tiene otras formas de ser nombrando cuando se traslada la reflexión de la dimensión institucional a la dimensión teórica y a la práctica misma de investigación y esto a es a lo que Robert T. Craig (1999) ha llamado las "rutas de la incoherencia", lo que Wolfgang Donsbach (2006) llama la "erosión epistemológica", lo que Jeffrey St. John, Ted Striphas y Gregory Shepherd (2006) han llamado el "pluralismo teórico indiferenciado" y lo que recientemente Carlos Vidales (2011a) ha reconocido como el "relativismo teórico". Es decir, términos todos que dan cuenta de un problema que tiene su propia historia. En este marco emerge la necesidad de una reflexión sistemática sobre estas problemáticas que han comprometido no sólo a las fundaciones y fundamentos de un campo académico de reflexión científica, sino sobre todo, su pertinencia social. De ahí la importancia y la responsabilidad de un ejercicio de re-historización conceptual e institucional de nuestro propio campo, una necesidad que se hace cada vez más apremiante cuando las preguntas y problemas más serios y urgentes de la comunicación comienzan a alejarse cada vez más del campo que supone un saber especializado sobre estos asuntos. Así, quizá el reto más importante que tenemos enfrente de nosotros sea recuperar en la agenda estos temas para discutirlos a la luz de los desarrollos científicos contemporáneos, lo cual quizá nos ponga, como sugería Martín Serrano (2007), en un lugar de pares con las otras ciencias y disciplinas científicas con las que compartimos un contexto sociohistórico sin precedentes.

Pero no partimos de cero, ya hay una gran cantidad de trabajo realizado y un largo camino recorrido como lo hemos mostrado en los aparatados anteriores, por lo tanto, si bien el reto es enorme, también estamos en la posibilidad de plantear rutas por donde continuar el debate. Por ejemplo, para Martín Serrano, "[...] el antropocentrismo comunicativo no ha impedido el desarrollo de los estudios evolutivos referidos a la comunicación; sólo los ha desaprovechado para la creación teórica. Se dispone de materiales

suficientes para pensar sobre los orígenes y las funciones de la comunicación humana y de la comunicación animal; y sobre las relaciones y diferencias que existen entre ambas. No tiene sentido que la Teoría de la Comunicación siga reproduciendo cortes artificiosos. El análisis de la información disponible permite emprender una tarea tan compleja como inaplazable: construir el marco teórico que necesitan los estudios de la comunicación para estar donde están las ciencias" (Martín Serrano, 2007:xvii). Se trata entonces de estudiar esas propuestas teóricas contemporáneas, de ponerlas a prueba, de relacionarlas con la dimensión institucional del campo y de ensayar propuestas explicativas mucho más generales. Así, quizá la tarea reconstructiva e histórica consolide de una vez la legitimación científica a nivel institucional que la comunicación desde hace tiempo merece por mérito propio.

Referencias

Abbott, Andrew (2004): *Methods of discovery: heuristics for the social sciences*. New York: W.W. Norton & Co.

Aguado, Juan Manuel (2003). *Comunicación y Cognición. Bases epistemológicas de la complejidad*. Sevilla: Comunicación Social, Ediciones y Publicaciones.

Anderson, James A (1996). *Communication Theory. Epistemological foudations*. New York: The Guilford Press.

Arredondo Ramírez, Pablo y Enrique E. Sánchez Ruiz (1986): *Comunicación social, poder y democracia en México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Ashmore, Malcolm (1988): "The life and opinions of a replication claim: reflexivity and symmetry in the sociology of scientific knowledge", in Woolgar (ed.), *Knowledge and reflexivity. New frontiers in the sociology of knowledge*. London & Newbury Park CA: Sage, p.125-153.

Ashmore, Malcolm (1989): *The reflexive thesis. Wrighting sociology of scientific knowledge*. Chicago: The University of Chicago Press.

Atwood, Rita (1980): "Communication research in Latin America: cultural and conceptual dilemmas", Paper prepared for the Intercultural Division, *XXX International Communication Association Convention*, Acapulco.

Barber, Bernard (1978): "Sociología de la ciencia" (reproducido de la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales,* Tomo 2, Aguilar, 1974, p.328-334), en *Ciencia y Desarrollo* No 22, México: CONACYT, p.75-83.

Barnes, Barry (1974): *Scientific knowledge and sociological theory*. London and Boston: Routledge & Kegan Paul.

Barnes, Barry (1977): *Interests and the growth of knowledge*. London and Boston: Routledge & Keagan Paul.

Barnes, Barry (1986): *T.S. Kuhn y las ciencias sociales* (1982). México: CONACYT/ Fondo de Cultura Económica, *Breviarios* No 390.

Beltrán S., Luis Ramiro (1974): "Communication research in Latin America: the blindfolded inquiry?", Paper submitted to the *IAMCR/AIERI Conference*, Leipzig.

Beltrán S., Luis Ramiro (1985): "Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en América Latina" (1976), en Moragas (ed.), *Sociología de la comunicación de masas. I: escuelas y autores*. Barcelona: Gustavo Gili, *Mass Media*, p.73-107.

Ben-David J. & R. Collins (1966): "Social factors in the origins of a new science: the case of Psychology", *American Sociological Review* Vol. 31 No. 4, p.451-465.

Berelson, Bernard (1959). "The state of Communication Research" en *Public Opinion Quarterly*, No. 23, pp. 1-6.

Berger, Peter y Thomas Luckmann (1968): *La construcción social de la realidad* (1967). Buenos Aires: Amorrortu.

Bertalanffy, Ludwig von (2003). *Teoría general de los sistemas: fundamentos, desarrollo, aplicaciones*. (1968). México: FCE.

Bloor, David (1976): *Knowledge and social imagery*. London: Routledge & Keagan Paul.

Boils, Guillermo y Antonio Murga (1979): "Sociedad y ciencia social en Latinoamérica", en *Las ciencias sociales en América Latina*. México: UNAM, p.9-31.

Bourdieu, Pierre (1975): "La specificité du champ scientifique et les conditions sociales du progrès de la raison", Paris: *Sociologie et Sociétés* Vol. VII, No 1, p.91-118.

Bourdieu, Pierre (1987): *A economia das trocas simbólicas*. São Paulo: Perspectiva, *Estudos* No 20.

Bourdieu, Pierre (1988a): *Homo Academicus* (1984). California: Stanford University Press.

Bourdieu, Pierre (1988b): *Cosas dichas* (1987). Buenos Aires: Gedisa.

Bourdieu, Pierre (1989): *O poder simbólico*. Lisboa: DIFEL.

Bourdieu, Pierre (2000): *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Boyd, Richard (1992): "Constructivism, realism, and philosophical method", in Earman (ed.), *Inference, explanation, and other frustrations. Essays in the Philosophy of Science*. Berkeley, Los Angeles & Oxford: University of California Press, p.131-198.

Brier, Søren (2008). *Cybersemiotics. Why information is not enough*. Toronto, Buffalo, London: University of Toronto Press

Brier, Søren (2010). "Cybersemiotics: an evolutionary World view going beyond entropy and information into the question of meaning" en *Entropy*, 12, pp. 1902-1920.

Brunner, José Joaquín (1990): *Educación superior en América Latina. Cambios y desafíos*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.

Bryant, Jennings and Dorina Miron (2004). "Theory and Research in Mass Communication", *Journal of Communication* Vol. 54 No. 4, pp. 662-704.

Carey, James W. (1989): *Communication as Culture. Essays on Media and Society*. New York & London: Routledge.

Chalmers, Alan F. (1990): *Science and its fabrication*. Minneapolis: The University of Minnesota Press.

CIESPAL (1963): *Las escuelas de periodismo en América Latina*, Seminario, Quito.

CIESPAL (1974): *La formación profesional del comunicador*, Seminario, San José CR.

Clark, Burton R. (1992): *El sistema de educación superior. Una visión comparativa de la organización académica* (1983). México: Nueva Imagen/Universidad Futura/UAM-Azcapotzalco.

Collins, H.M. (1985): *Changing order: Replication and induction in scientific practice*. Beverly Hills CA: Sage.

Condit, Celeste Michelle (1989): "Replacing oxymora: instituting communication studies", in Dervin Grossberg, O´Keeffe & Wartella (eds.), *Rethinking communication*, Vol. 1, Newbury Park CA: Sage, p.154-156.

Craig, Robert T. (1989): "Communication as a practical discipline", in Dervin, Grossberg, O´Keeffe & Wartella (eds.), *Rethinking Communication: Volume I: Paradigm Issues*. Newbury Park, CA: Sage, pp. 97-122.

Craig, Robert T. (1999): "Communication Theory as a Field", *Communication Theory* Vol. 9, pp.119-161. *Theorizing Communication. Readings across Traditions*. Thousand Oaks: Sage, 2007, pp.63-98.

Craig, Robert T. (2006). "Communication as practice" en Shepherd, St. John and Striphas (eds). *Communication as… Perspectives on Theory*. Thousand Oaks: Sage, pp. 38-47.

Craig, Robert T. (2008a): "Communication in the conversation of disciplines", *Russian Journal of Communication* Vol. 1 No. 1, pp.7-23.

Craig, Robert T. (2008b). "Communication as a Field and Discipline" en Donsbach, W. (Editor). *The International Encyclopedia of Communication*, Volumen II. UK: Blackwell Publishing, pp. 675-688.

Crane, Diana (1972): *Invisible colleges. Diffusion of knowledge in scientific communities*. Chicago and London: The University of Chicago Press.

De Lima, Venício Artur (1983): "Repensando a(s) teoria(s) da comunicaçao: notas para um debate", em Marques de Melo (coord.), *Teoria e pesquisa em comunicação*. Panorama latinoamericano. São Paulo: Cortez.

Dewey, John (1991). *How we think*. (1910). Prometheus Books. USA.

Donsbach, Wolfgang (2006). "The identity of communication research" en *Journal of Communication* Vol. 56, No. 3, pp. 437-448.

Duvignaud, Jean (comp.) (1982): *Sociología del conocimiento* (1979). México: Fondo de Cultura Económica.

Eco, Umberto (1976): *Tratado de semiótica general*. México: Lumen/Nueva Imagen.

Farfán, H. Rafael (1988): "La repercusión de los conceptos de paradigma y ciencia normal de Thomas S. Kuhn en las ciencias sociales", *Sociológica* No 7-8, México: UAM-Azcapotzalco, p.45-85.

Fernández Christlieb, Fátima (1982): *Los medios de difusión masiva en México*. México: Juan Pablosç

Fleck, Ludwik (1979): *Genesis and development of a scientific fact* (1935). Thaddeus J. Trenn & Robert K. Merton (eds.). Chicago & London: The University of Chicago Press.

Fuentes Navarro, Raúl (1992): *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. México: FELAFACS.

Fuentes Navarro, Raúl (1998): *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO/ Universidad de Guadalajara.

Fuentes Navarro, Raúl (1999): "La investigación de la comunicación en América Latina: condiciones y perspectivas para el siglo XXI", *Diá-logos de la Comunicación* No. 56, Lima: FELAFACS, p.53-67.

Fuentes Navarro, Raúl (2003): "La producción social de sentido sobre la producción social de sentido: hacia la construcción de un marco epistemológico para los estudios de la comunicación" en Vasallo de Lopes (org): *Epistemología da Comunicação*. Brasil: Edições Loyola (Comunicação Contemporânea, 1), pp. 15-40.

Fuentes Navarro, Raúl (2009). "Medio siglo del estudio universitario de la comunicación en México: el riesgo del inmediatismo superficial" en Ortiz, Ángel (coord,). *XVII Anuario de Investigación de la Comunicación CONEICC*. Mexicali, Baja California: Universidad Autónoma de Baja California, CONEICC, pp. 99-115.

Giddens, Anthony (1984): *The constitution of society. Outline of the theory of structuration*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.

Giddens, Anthony y Jonathan Turner (eds.) (1991): *La teoría social hoy* (1987). México: Alianza/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Col. *Los Noventa* No 51.

Galindo, Jesús (2005). *Hacia una Comunicología posible*. San Luis Potosí: Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

Galindo, Jesús (coord.) (2008). *Comunicación, Ciencia e Historia. Fuentes científicas históricas hacia una Comunicología posible*. Madrid: McGraw Hill-Interamericana.

Galindo, Jesús (2009). Relación entre problemas y preguntas. Apuntes para un taller de investigación en comunicación y cultura. En *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* Época II. Vol. XV. Núm. 29. Colima: Universidad de Colima, 149-160.

Gerbner, George (1983). The importance of being critical – In one's own fashion. *Ferment in the Field*, *Journal of Communication*, Volume 33, Number 3, 355-362.

Gilbert, G.N. & M. Mulkay (1984): *Opening Pandora's Box: a sociological analysis of scientists' discourse*. Cambridge: Cambridge University Press.

Glander, Timothy (2000): *Origins of Mass Communications Research during the American Cold War. Educational Effects and*

Contemporary Implications. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.

Gómez-Palacio Campos, Carlos (1989): *The origins and growth of mass communication research in Latin America*. PhD Thesis, Stanford University.

Graciarena, Jorge (1979): "Las ciencias sociales, la crítica intelectual y el Estado tecnocrático: una discusión del caso latinoamericano", en *Las ciencias sociales en América Latina*. México: UNAM, p.94-116.

Greimas, A.J. (1976): *Semiótica do discurso científico. Da modalidade*. São Paulo: DIFEL/SBPL, *Monografias de Semiótica e Lingüística* No 1.

Gross, Alan G. (1990): *The rhetoric of science*. Cambridge MA: Harvard University Press.

Hagstrom, Warren O. (1965): *The scientific community*. New York: Basic Books.

Hardt, Hanno (1992). *Critical Communication Studies. Communications, history & theory in America*. London and New York: Routledge.

Hardt, Hanno (2008). "Foreword" en Park, David and Jefferson Pooley (Editors) (2008). *The history of media and communication research. Contested Memories*. New York, Baltimore, Berlin, Brussels, Vienna, Oxford: Peter Lang Publishing, XI-XVII.

Jensen, Klaus Bruhn (1995). *The social semiotics of mass communication*. London, Thousand Oaks, New Delhi: Sage Publications

Jensen, Klaus Bruhn (2002a): "The humanities in Media and Communication research", in *A handbook of Media and Communication Reserach. Qualitative and Quantitative Methodologies*. London & New York: Routledge, pp. 15-39.

Jensen, Klaus Bruhn (2002b). "The complementarity of qualitative and quantitative methodologies in media and communication research" in *A Handbook of Media and Communication Research. Qualitative and Quantitative Methodologies*. London and New York: Routledge, pp. 254-272.

Jensen, Klaus Bruhn (2002c): "The social origins and uses of media and communication research" in *A handbook of Media and Communication Research. Qualitative and Quantitative Methodologies*. London and New York: Routledge, pp. 273-293.

Kim, Min-Sun (2002). *Non-Western perspectivas on human communication. Implications for theory and practice*. Thousand Oaks, London, New Delhi: Sage Publications.

Knorr-Cetina, Karin (1981): *The manufacture of knowledge. An essay on the constructivist and contextual nature of science*. Oxford: Pergamon Press.

Kuhn, Thomas S. (1970a): *The structure of scientific revolutions* (1962). 2nd edition, Chicago: The University of Chicago Press.

Kuhn, Thomas S (1970b): "Reflections on my critics", in Lakatos & Musgrave (eds.), *Criticism and the growth of knowledge,* Cambridge: Cambridge University Press, p.231-278.

Kuhn, Thomas S (1979): "Foreword" in Fleck, *Genesis and development of a scientific fact*. Chicago & London: The University of Chicago Press, p.vii-xi.

Kuhn, Thomas S (1982): *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*. México: Fondo de Cultura Económica/CONACYT.

Lamo De Espinosa, Emilio, José María González G. y Cristóbal Torres A. (1994): *La sociología del conocimiento y de la ciencia*. Madrid: Alianza Universidad Textos.

Lanigan, Richard (1988). *Phenomenology of communication. Merleau-Ponty's Thematics in communicology and semiology*. Pittsburgh, Pennsylvania: Duquesne University Press

Lanigan, Richard (1992). *The human science of communicology*. Pittsburgh, Pennsylvania: Duquesne University Press.

Latour, Bruno (1988): "The politics of explanation: an alternative", in Woolgar (ed.), *Knowledge and reflexivity. New frontiers in the sociology of knowledge*. London and Newbury Park CA. Sage. p.155-176.

Latour, Bruno & Steve Woolgar (1979): *Laboratory life: the social construction of scientific facts*. Beverly Hills & London: Sage.

Lazarsfeld, Paul F. (1993): *On social research and its language*. Edited by Raymond Boudon. Chicago and London: The University of Chicago Press

Lecourt, Dominique (1978): *Para una crítica de la epistemología*. México: Siglo XXI.

Lemaine, McLeod, Mulkay, Weingart (eds.), (1976): *Perspectives on the emergence of scientific disciplines*. The Hague-Paris/Chicago: Mouton/Aldine.

Löblich, Maria & Andreas Matthias Scheu (2011): "Writing the History of Communication Studies: A Sociology of Science Approach", *Communication Theory Vol. 21,* p.1-22.

Lynch, Michael (1985): *Art and artifact in laboratory science. A study of shop work and shop talk in a research laboratory*. London: Routledge & Keagan Paul.

Maldonado, Alberto Efendy (1999). "Reflexiones sobre la investigación teórica de la comunicación en América Latina" en Vasallo de Lopes y Raúl Fuentes Navarro (Comps.), *Comunicación, campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas*. Guadalajara: ITESO/ UAA/ Ucol/ UdeG, pp. 105-126.

Mancini, Paolo (1993): "The legitimacy gap: a problem of mass media research in Europe and the United States", *The future of the field I, Journal of Communication* Vol. 43 No. 3, p.100-109.

Martín-Barbero, Jesús (2002), "Itinerarios de la investigación", *en Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación*

en la cultura. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, pp. 207-255.

Martin, Olivier (2003): *Sociología de las ciencias*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Martín Serrano, Manuel (1990). "La epistemología de la comunicación a los cuarenta años de su nacimiento" en *TELOS. Cuadernos de comunicación, tecnología y sociedad*, Núm. 22. Madrid: FUNDESCO, pp. 65-75.

Martín Serrano, Manuel (2007). *Teoría de la comunicación. La comunicación, la vida y la sociedad*. Madrid: McGraw-Hill Interamericana.

Mattelart, Armand (1995). *La invención de la comunicación*. México: Siglo XXI Editores.

Mattelart, Armand (2006). "Toward the end of the French Exception in communication research?" en Leung, Kenny & Lee (eds.). Gl*obal trends in communication, education and research*. Cresskill, Nj: Hampton Press, pp. 73-95.

Mejía Barquera, Fernando (1989*): La industria de la radio y la televisión y la política del Estado mexicano I* (1920-1960). México: Fundación Manuel Buendía.

Melody, William H. and Robin E. Mansell (1983): "The debate over critical vs. administrative research: circularity or challenge", in *Ferment in the field, Journal of Communication* Vol. 33 No. 3. p.103-116.

Mendelsohn, Everett (1977): "The social construction of scientific knowledge", in Mendelsohn, Weingart & Whitley (eds.), *The social production of scientific knowledge*. Dordrecht-Holland/Boston-USA: D. Reidl.

Merton, Robert K. (1977): *The sociology of science. An episodic memoir*. Carbondale and Edwardsville: Southern Illinois University Press.

Merton, Robert K. (1980): "Los imperativos institucionales de la ciencia" (1942) en Barnes (comp.), *Estudios sobre sociología de la ciencia*. Madrid: Alianza Universidad, p.64-78.

Miike, Yoshitaka (2001): "Theorizing Culture and Communications in the Asian Context: An assumptive foundation". Ponencia en la 8th International Association for Intercultural Communication Studies Conference, Hong Kong, pp 31.

Morin, Edgar (1984): *Ciencia con consciencia*. Madrid: Anthropos.

Morin, Edgar (1988): *El Método III: el conocimiento del conocimiento. Libro primero: antropología del conocimiento* (1986). Madrid: Cátedra.

Mulkay, Michael (1988): "Don Quixote´s double: a self-exemplifying text", in Woolgar (ed.), *Knowledge and reflexivity. New frontiers in the sociology of knowledge*. London and Newbury Park CA: Sage. p.81-100.

Nixon, Raymond B. (1974): "La enseñanza del periodismo en América Latina", en *Comunicación y Cultura* No 2, Buenos Aires: Galerna, p.197-212.

Olivé, León (1988): *Conocimiento, sociedad y realidad. Problemas del análisis del conocimiento y el realismo científico*. México: Fondo de Cultura Económica.

Pacheco Méndez, Teresa (1990): "Algunos elementos conceptuales para el estudio del campo científico en México" en VVAA, *Universidad, investigación y desarrollo científico, tres líneas de análisis. Cuadernos del CESU* No 18. México: CESU UNAM, p.9-28.

Paisley, William (1984): "Communication in the communication sciences", in Dervin & Voigt (eds.), *Progress in communication sciences*, volume V. Norwood NJ: Ablex, p.1-43.

Peters, John Durham (1986): "Institutional sources of intellectual poverty in communication research", *Communication Research* Vol. 13 No. 4, p.527-559.

Peters, John Durham (1988): "The need for theoretical foundations. Reply to Gonzalez", *Communication Research* Vol. 15 No. 3. p.309-317.

Peters, John Durham (1999): *Speaking into the Air. A history of the idea of communication*. Chicago & London: The University of Chicago Press.

Peters, John Durham (2006). "Communication as dissemination" en Shepherd, St. John and Striphas (eds). *Communication as... Perspectives on Theory*. Thousand Oaks: Sage, p. 211-222.

Peters, John Durham (2008). "Institutional opportunities for intellectual history in communication studies" en Park, David and Jefferson Pooley (Editors) (2008). *The history of media and communication research. Contested Memories*. New York, Baltimore, Berlin, Brussels, Vienna, Oxford: Peter Lang Publishing, p. 143-162.

Pickering, Andrew (ed.) (1992): *Science as practice and culture*. Chicago & London: The University of Chicago Press.

Piñuel, José Luis y Carlos Lozano (2006). *Ensayo general sobre la comunicación*. Barcelona: Paidós.

Pinch, Trevor and Trevor Pinch (1988): "Reservations about reflexivity and new literary forms or why let the devil have all the good tunes?", in Woolgar (ed.), *Knowledge and reflexivity. New frontiers in the sociology of knowledge*. London and Newbury Park CA: Sage. p.178-197.

Potter, Jonathan (1988): "What is reflexive about discourse analysis? The case of reading readings", in Woolgar (ed.), *Knowledge and reflexivity. New frontiers in the sociology of knowledge*. London and Newbury Park CA: Sage. p.37-52.

Price, Derek J. De Solla (1963): *Little science, big science*. New York: Columbia University Press.

Remmling, Gunter W. (comp.) (1982): *Hacia la sociología del conocimiento. Origen y desarrollo de un estilo del pensamiento sociológico* (1973). México: Fondo de Cultura Económica.

Richards, Stewart (1987): *Filosofía y sociología de la ciencia* (1983). México: Siglo XXI.

Ritchie, L. David (1991). *Communication concepts 2: information*. Newbury Park, CA: Sage.

Rodrigo Alsina, Miquel (1989). *Los modelos de la comunicación*. Madrid: Tecnos.

Rogers, Everett M. (1976): "Communication and development: the passing of the dominant paradigm", in *Communication and development: critical perspectives*. Beverly Hills; Sage.

Rogers, Everett M. (1993): "Looking back, looking forward: a century of communication study", in Gaunt (ed.), *Beyond agendas: new directions in communication research*. Westport CT: Greenwood Press, p.19-39.

Rogers, Everett M. (1994): *A history of communication study. A biographical approach*. New York: The Free Press.

Rusill, Chris (2008). "Through a public darkly. Reconstructing pragmatist perspectives in communication theory" en *Communication Theory*, Volume 18, Number 4. Inernational Comunication Association, pp. 478-504.

Sánchez Ruiz, Enrique E. (1986): *Réquiem por la modernización: perspectivas cambiantes en estudios del desarrollo*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, *Cuadernos de Difusión Científica* No 7.

Schramm, Wilbur (1963). *The science of human communication*. New York: Basics Books, INC.

Schramm, Wilbur (1983). "The unique perspective of communication: a retrospective view" en *Ferment in the Field*, Journal of Communication, Volume 33, Number 3, pp. 6-17.

Schramm, Wilbur, David Riesman and Raymond A. Bauer (1959). "The state of communication research: comments" en *Public Opinion Quarterly*, No. 23, pp. 6-17.

Schütz, Alfred (1993): *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva* (1932). Barcelona: Paidós *Básica*.

Seibold, David R. (2008). "Applied Communication Research" en Donsbach, Wolfgang (Editor). *The International Encyclopedia of Communication*, Volumen I. UK: Blackwell Publishing, pp. 189-194.

Shepherd, Gregory, Jeffrey St. John & Ted Striphas (2006). *Communication as… Perspectives on Theory*. Thousand Oaks: Sage.

Sonntag, Heinz R. (1988): *Duda/Certeza/Crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina*. Caracas: UNESCO/Nueva Sociedad.

Thompson, John B. (1998): *Ideología y Cultura Moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. (1990). México: UAM X.

Trejo Delarbre, Raúl (1988): "La investigación mexicana sobre medios de comunicación: modas, mitos y propuestas", en Sánchez Ruiz

(comp.), *La investigación de la comunicación en México. Logros, retos y perspectivas*. México: Edicom/ Universidad de Guadalajara.

Varela, Francisco [1988] (2005). *Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspectivas. Cartografía de las ideas actuales*. Barcelona: Gedisa.

Verón, Eliseo (1998). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. (1987). Barcelona: Gedisa.

Vianna Meditsch, Eduardo Barreto (1991): "Adiós CIESPAL: ruptura brasileña en la enseñanza del periodismo", en *Comunicación y Sociedad* No 13, Guadalajara: CEIC Universidad de Guadalajara, p.11-23.

Vidales, Carlos (2009a). "La semiótica como matriz de estructuración de las teorías de la comunicación" en Tarasti, Eero (2009). *Communication: Understanding/Misunderstanding, Vol. 3. Procedings of the 9th Congreso f the IASS/AIS*. Finland: Acta Semiotica Fenica XXXIV, International Semiotic Institute, Semiotics Society of Finland, pp. 1884-1892.

Vidales, Carlos (2010). *Semiótica y teoría de la comunicación*. Tomo I. México: CAIEP.

Vidales, Carlos (2011a). "El relativismo teórico en comunicación. Entre la comunicación como principio explicativo y la comunicación como disciplina práctica" en *Comunicación y Sociedad*. Nueva Época, Núm. 16. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, pp. 11-45.

Vidales, Carlos (2011b). *Semiótica y teoría de la comunicación*. Tomo II. México: CAIEP.

Walker, Teri (1988): "Whose discourse?", in Woolgar (ed.), *Knowledge and reflexivity. New frontiers in the sociology of knowledge*. London and Newbury Park CA: Sage. p.55-79.

Wallerstein, Immanuel (Coord.) (1996): *Abrir las Ciencias Sociales*. México: CIICH UNAM/ Siglo XXI.

Wiener, Norbert [1948] (1982). *Cybernetics: or the control and communication in the animal and the machine*. Cambridge, Massachusetts: The M. I. T. Press.

Wiener, Norbert (1954). *The human use of human beings*. Garden City New York: Doubleday Anchor Books, Doubleday & Company, Inc.

Woolgar, Steve (1988): "Reflexivity is the ethnographer of the text", in Woolgar (ed.), *Knowledge and reflexivity. New frontiers in the sociology of knowledge*. London and Newbury Park CA: Sage. p.14-34.

Woolgar, Seteve & Malcolm Ashmore (1988): "The next step: an introduction to the reflexive project", in Woolgar (ed.), *Knowledge and reflexivity. New frontiers in the sociology of knowledge*. London and Newbury Park CA: Sage. p.1-11.

Wynne, Anna (1988): "Accounting for accounts of the diagnosis of multiple sclerosis", in Woolgar (ed.), *Knowledge and reflexivity*.

New frontiers in the sociology of knowledge. London and Newbury Park CA: Sage. p.101-122.

Acerca de los autores

Raúl Fuentes Navarro
Licenciado y maestro en Comunicación por el ITESO y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara. Miembro del SNI, nivel III. Miembro regular de la Academia Mexicana de Ciencias. Profesor - investigador en el Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO y en el Departamento de Estudios de la Comunicación Social de la Universidad de Guadalajara. Coordinador del Doctorado en Estudios Cientifico-Sociales del ITESO. Autor de varios libros y publicaciones académicas sobre el campo académico de la comunicación en México, la enseñanza y la investigación de la comunicación en América Latina. Algunas de sus publicaciones son: *Producción, circulación y reproducción académicas en el campo de la comunicación en México* (Coordinador, ITESO, 2004); *Instituciones y redes académicas para el estudio de la comunicación en América Latina* (Con Gustavo Adolfo León, Ángela Ma. Godoy y Oscar Bustamante, 2006); *La comunicación desde una perspectiva sociocultural. Acercamientos y provocaciones 1997-2007* (2008).

Carlos Vidales Gonzáles
Licenciado en Comunicación por la Universidad Latina de América y Maestro en Comunicación por la Universidad de Guadalajara. Es autor de varios artículos y capítulos de libros, todos ellos relacionados con la semiótica y la teoría de la comunicación. Es miembro de la Red de Estudios en Teorías de la Comunicación (REDECOM) y del Grupo Hacia una Comunicología Posible (GUCOM). Recientemente ha sido nombrado *Scholar* del International Communicology Institute (ICI) y Secretario General de la Asociación Mexicana de Estudios de Semiótica Visual y del Espacio (AMESVE). Actualmente es profesor investigador del Departamento de Estudios de la Comunicación Social de la Universidad de Guadalajara y cursa el Doctorado en Estudios Científico-Sociales en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Es autor de *Semiótica y teoría de la comunicación. Tomo I* (2010) y *Tomo II* (2011). Monterrey: CAEIP.

El Proyecto Centro de Altos Estudios e Investigación Pedagógica (CAEIP), representa una de las cuatro funciones sustantivas del CECyTE, N.L.: Investigación (las otras tres son la Docencia, la Vinculación y la de Tutorías).

El Dr. Luis Eugenio Todd Pérez, Director General del CECyTE, N.L. es el autor de este Proyecto que se planta como objetivo general: Generar información y nuevos conocimientos de educación, útiles para el diseño de las políticas y acciones educativas.

Sus objetivos particulares son:

1. Formar recursos humanos para la investigación educativa.

2. Incidir mediante la investigación en la creación de conocimientos en la educación básica.

3. Contribuir a la formación de recursos humanos de extracción magisterial para la investigación educativa en Nuevo León.

4. Divulgar los conocimientos derivados de los hallazgos de las investigaciones mediante conferencias, publicaciones e inserción en la red.

Obras publicadas
Disponibles en www.caeip.org

SERIE: ALTOS ESTUDIOS

1. Aprender a enseñar Español
2. Aprender a enseñar Matemáticas
3. Aprender a enseñar Ciencias Naturales
4. Aprender a enseñar Historia
5. Aprender a enseñar Geografía
6. Aprender a enseñar Educación Cívica
7. Aprender a enseñar Educación Artística y Educación Física
8. Aprender a enseñar... en la escuela primaria
9. Educación. Presencia de mujer
10. La democracia en la escuela. Un sueño posible
11. Pescador. Pensamiento educativo
12. Formación ciudadana. Una mirada plural
13. Reconocimiento. A personajes nuestros
14. El medio ambiente. En la formación de los futuros profesores
15. Lo esencial de los valores
16. Educación ciudadana para una cultura de la legalidad
17. Utopía es compromiso y tarea responsable
18.Concepto y fundamentos de los derechos humanos
19.Arte, Ciencia y técnica
20.Democracia, cultura y sociedad
21. La utopía de Hidalgo
22. El enfoque por competencias
23. Semiótica y teoría de la comunicación. Tomo I
24. Semiótica y teoría de la comunicación. Tomo II
25. Aproximaciones al arte contemporáneo
26. La negociación en la psicología social. Nuevos campos, nuevos conceptos
27. Valores democráticos, Arte y Utopía
28. Pensando después de 200 años
29. Políticas democráticas de seguridad pública. (Criminalidad, participación ciudadana y Administración Pública)
30. Derecho y política a través de las artes narrativas. (Desarrollos didácticos y curriculares)
31. Economía, política y cultura transfronteriza. 5 ensayos
32. Fundaciones y fundamentos del estudio de la comunicación.

Fundaciones y fundamentos del estudio de la comunicación;
terminó de imprimirse en octubre de 2011,
en su composición se utilizaron fuentes del tipo Georgia.
La edición fue coordinada y supervisada
por Ismael Vidales Delgado.